

CORNELIA  
FUNKE

NO HAY  
GALLETAS  
PARA LOS  
DUENDES



de

Una vez más, un inquietante y mágico mundo lleno de pequeños y misteriosos seres en este ameno y simpático cuento que es un bello canto a la amistad. Antes los duendes recolectaban, comían y vivían de las bayas y las setas que encontraban en los bosques. Pero como ahora los humanos están cogiéndolas y arrasan con todo, ellos se ven obligados a robar comida... Llega el frío y el camping al que suelen acudir queda desierto en invierno. Esto les ha creado un grave problema: tienen mucha hambre y deben sobrevivir. Finalmente, en una caravana logran encontrar algo de alimento, pero unos malvados duendes a las órdenes de un duende albino se lo roban. Bisbita, Cabeza de Fuego y Sietepuntos deberán descubrir dónde está la guarida de estos para intentar recuperarlo. La aparición de una rata en el escondite cambiará los acontecimientos...



Cornelia Funke

# **No hay galletas para los duendes**

ePub r1.1  
fenikz 30.09.14

Título original: *Kein Keks für Koblode*

Cornelia Funke, 1989

Traducción: Rosa Pilar Blanco

Ilustraciones: Cornelia Funke

Editor digital: fenikz

ePub base r1.1



# Primera Parte



# 1

*En el que comienza la historia una húmeda y fría mañana de otoño*



Un viento húmedo y frío entró en la cueva de Bisbita y la despertó. El viento hundió sus dedos gélidos en las hojas y plumas bajo las que Bisbita se había acurrucado confortablemente y las dispersó. Bisbita se incorporó adormilada y bostezó profusamente. Después sus ojos somnolientos atisbaron hacia afuera

parpadeando.

Su cueva estaba situada muy arriba en un viejo roble, y en invierno oteaba desde allí el bosque hasta muy lejos, entre los árboles desnudos. Pero aún no había llegado el invierno. Corrían las postrimerías del otoño. El follaje de colores se había tornado pardo, y algunos árboles ya alargaban sus ramas desnudas hacia el cielo gris encapotado. Hasta entonces los días y las noches habían sido benignos. Pero hoy... hoy se presagiaba por primera vez la proximidad del invierno.

Bisbita se asomó, cautelosa, y olfateó el aire fresco de la mañana. Sí, ella venteaba el invierno, lo veía. Cada tallo de hierba, cada rama estaba cubierta de escarcha. Una niebla fría, gris, se cernía sobre las hierbas plateadas y los troncos verde grisáceos de los árboles, envolviéndolos.

—¡Lo sabía! —gruñó Bisbita.

Se estiró, malhumorada, y, tras limpiarse los mocos con una hoja, se acarició el pelaje con las manos, siempre sedoso y liso, que se adaptaba a su delgado cuerpo y relucía pardo oscuro. Ese día, sin embargo, los pelos se erizaban en todas las direcciones como los de un cepillo viejo.

—Se lo he repetido cientos de veces a los otros —despotricó mientras se deslizaba con prudencia fuera de la estrecha abertura de la cueva.

Agarrándose con los dedos de las manos y de los pies a la corteza resquebrajada y fría del árbol, empezó a descender con agilidad por el poderoso tronco. A dos metros del suelo miró cautelosa en todas las direcciones antes de deslizarse apresuradamente por el último tramo del árbol. Una vez abajo corrió hacia una fronda de helechos y se acucilló entre los altos tallos sobre la hierba rígida por la helada. Sus ojos negros acecharon de nuevo con desconfianza. En los últimos días había visto merodear un zorro por la zona, de modo que se imponía la cautela. Escuchó, tensa, el silencio matinal, pero sólo oyó el murmullo del viento pasando entre los helechos marchitos.

—Bien —murmuró—, entonces veamos si los demás me dan la razón. ¿Que el invierno venía con retraso? ¡Y un cuerno! —comenzó a serpentear, presurosa, entre los tallos de los helechos—.

Les habría bastado con observar a los pájaros. O a las ardillas.

Bisbita trepaba por encima de las raíces de los árboles, correteaba por el musgo húmedo y rodeaba altas toperas, se izaba con esfuerzo por los troncos derribados y se abría paso entre la crujiente y amarillenta hierba otoñal. Se sabía el camino de memoria, que ese día se le antojaba especialmente largo y esforzado. El único ser viviente con que se topó fue un conejo gordo que se sentaba, aburrido, delante de su madriguera.

—¡Que viene el invierno! —le gritó Bisbita, pero él, dirigiéndole una mirada malhumorada, continuó royendo unas puntas de hierba seca.

Al fin, alcanzó su objetivo.

La niebla se había despejado algo, pero el día seguía siendo gris y triste, húmedo y frío, muy frío. Bisbita se arrimó a un delgado tronquito de árbol, apenas más grueso que ella misma, y atisbo hacia el enorme calvero del bosque que tenía delante. En el fondo sólo era un prado deslucido y lleno de rastrojos con grandes calvas en las que ni siquiera crecían los cardos. Estaba rodeado por un frondoso bosque. Sólo en un lugar se había talado una vereda en medio de la espesura. Allí se veía una gran puerta y detrás, Bisbita lo sabía, un camino ancho se abría paso vorazmente por el bosque. Junto a la puerta se alzaba una cabaña de madera destartalada. Dentro vivía el Pardo con su perro. Bisbita y sus congéneres lo llamaban el Pardo porque tenía los cabellos y la piel de ese color y llevaba siempre camisas pardas. Todos ellos sabían que con el Pardo había que andarse con cuidado. Aquella mañana el enorme coche negro no estaba aparcado delante de su cabaña. Eso quería decir que no estaba en casa. Bisbita, más tranquila, continuó mirando a su alrededor. En el claro ya sólo se veían tres caravanas de un blanco sucio. A veces eran más. En los buenos tiempos habían llegado a treinta, pero los buenos tiempos hacía mucho que habían transcurrido.

—¡Maldición! —renegó Bisbita, lanzando una mirada sombría a los vehículos con cortinas y geranios detrás de las ventanas.

Por más que contara, sólo eran tres. De eso ni siquiera podía vivir ella sola, y no digamos los otros duendes. Pensar en aprovisionarse para el invierno era impensable. Y eso le preocupaba sobremanera.

—¡Eh, Bisbita! —exclamó una voz queda a sus espaldas.

Asustada, se volvió bruscamente. Ante ella estaba un duende negro como ala de cuervo con el pelo de la cabeza, hirsuto y rojo y ojos verdes como el cardenillo.

—¡Cabeza de Fuego! —siseó Bisbita, irritada—. ¿Dónde están los demás?

Cabeza de Fuego se encogió de hombros con aire aburrido.

—Bueno, hasta ahora sólo he visto a Sietepuntos. Con este frío seguro que los otros no tienen ganas de salir de sus lechos de hojas.

—¡Os lo advertí! —bufó Bisbita—. ¿No os dije que se adelantaba el invierno? Las caravanas desaparecerán muy pronto este año. Pero no quisisteis creerme.

—¡No te sulfures! —Cabeza de Fuego soltó una risita y se sentó en una piedra—. Ya hemos tenido muchos otoños cortos y muchos inviernos tempranos. Y a pesar de todo seguimos vivos.

—Pero todavía no hemos tenido nunca una primavera magra, un verano magro y un otoño

magro. —Bisbita, iracunda, miró al duende negro echando chispas—. Este año han venido en total tantos vehículos como antes en un solo mes.

—Lo admito, tenemos un pequeño problema —reconoció Cabeza de Fuego rascándose con fruición detrás de sus grandes orejas—. Pero no es irresoluble.

Durante un momento, Bisbita lo miró en silencio, muda ante tamaña estupidez. Después dio media vuelta y se fue en la dirección en que esperaba encontrar a Sietepuntos.



*En el que se habla de barrigas vacías y Cabeza de Fuego presenta una propuesta imposible*



Sietepuntos, acurrucado entre unos cardos, se disponía a meterse de cabeza en una bolsa de basura.

—Hola, Sietepuntos —lo saludó Bisbita.

La bolsa de basura desprendía un hedor espantoso, y ella torció el gesto asqueada. Sietepuntos sacó la cabeza de la basura y sonrió abochornado.

—Hola, Bisbita —contestó.

—Huelga preguntarte cómo andas de provisiones para el invierno, ¿verdad?

—¡Mal! —gimió Sietepuntos—. ¡Muy mal! —y desapareció de nuevo en la bolsa de basura.

Apareció de nuevo con el pelaje apestoso y tres cacahuetes de aspecto rancio en la mano.

—¿Cómo piensas pasar el invierno? —preguntó Bisbita.

—A lo mejor vienen pronto un par de caravanas —comentó Sietepuntos abriendo sus cacahuetes.

—Ni tú te lo crees.

—Pues entonces acaso consigamos recolectar algo en el bosque.

—¿Recolectar? ¿Qué? ¿Las cuatro miserables bayas que han olvidado los humanos y los pájaros? ¿O sabes algo que podamos comer todavía sin envenenarnos? Todo eso nos lo cominos hace tiempo. Porque siempre ha sido mucho más cómodo venir a buscar algo aquí.

Sietepuntos frunció el ceño moteado con gesto de preocupación.

—¡Ahora muchas veces no consigo saciarme!

—Yo tampoco —suspiró Bisbita.

—Seguro que el Pardo tiene de sobra en su cabaña —opinó Cabeza de Fuego detrás de ellos.

—Pero ¿qué bobadas estás diciendo? —Bisbita se volvió hacia él, irritada—. Aún podemos alegrarnos de que no nos atrape aquí fuera. ¿De qué nos sirve que tenga algo en su cabaña?

—Sólo pensaba en voz alta. —Cabeza de Fuego se encogió de hombros—, antes de morirnos de hambre...

—¿Morirnos de hambre? —Sietepuntos miró, horrorizado, al duende negro.

—Bueno...

—¡Yo no quiero morir de hambre! —exclamó Sietepuntos estremeciéndose—. Bisbita, ¿tú

también crees que podemos morir de hambre?

—¡Lo creo desde hace mucho! —rugió Bisbita—. Desde este verano lluvioso no he hablado de otra cosa. Pero vosotros os habéis negado a creerlo.

—Podríamos coger provisiones de sobra en la cabaña del Pardo —insistió, tozudo, Cabeza de Fuego.

—¡Estás mochales! —Bisbita dirigió una mirada nerviosa hacia la cabaña de madera—. El hambre ha debido de hacerte perder el juicio.

—Guarda chocolate ahí dentro —dijo Cabeza de Fuego.

Sietepuntos dejó caer sus cacahuetes resacos.

—¡Chocolate! —musitó.



—Sí. —Cabeza de Fuego asintió—, y bolsas y bolsas de esas cosas amarillas, rojas y verdes.

—¡Ositos de goma! —susurró Sietepuntos con veneración.

Bisbita puso los ojos en blanco.

—Genial. Entonces pasad el invierno alimentándoos de chocolate y de ositos de goma.

—También tiene queso y salchichas y huevos y pan y un montón de latas de conservas...

—¡Estás loco, loco de remate! —Bisbita se levantó—. Y también un perro capaz de zamparse de un bocado a cada uno de vosotros. Voy a echar un vistazo entre las últimas caravanas antes de que se marchen.

—¡Olvídalo! —gritó Cabeza de Fuego, pero ella corrió sin hacerle caso hasta una de las caravanas, aparcada muy cerca del lindero del bosque.

# 3

*En el que Bisbita se mete en una situación peliaguda, muy peliaguda*



Era una caravana enorme, oxidada, con cortinas floreadas y un letrero de madera con el nombre encima de la puerta de entrada. Estaba tan cerca del lindero del bosque que una corpulenta haya extendía por encima de ella sus ramas y hojas con gesto protector y había cubierto

el tejado con un gorro de óxido rojo formado por las hojas caídas.

Ágil como una comadreja, Bisbita salió disparada de detrás del tronco de árbol y se metió bajo la tripa de la caravana. Era evidente que el Pardo no estaba en casa, pero todas las precauciones eran pocas para un duende. Bisbita acechó a su alrededor.

En la penumbra sólo se veían unos charcos helados, unas cuantas latas de cerveza vacías tiradas por ahí, una bolsa de plástico rota y un montón de pañuelos de papel sucios, medio podridos. ¡Nada! ¡Absolutamente nada! Ni siquiera un mísero corazón de manzana que llevarse a la boca. Ni un mendrugo de pan con mantequilla mordido o una corteza de queso dura. ¡Maldita sea!

Bisbita se deslizó detrás de una de las enormes ruedas y atisbo cautelosa hacia afuera. Apenas a unos metros de distancia estaba el lugar en el que los humanos encendían fuego para asar carne. Al recordar los exquisitos aromas que flotaban entonces por el claro, a la hambrienta Bisbita se le hizo la boca agua. A veces encontraban allí patatas o restos de carne entre la ceniza fría. Seguro que Cabeza de Fuego aún no había inspeccionado esa zona. Era muy arriesgado, pues no ofrecía posibilidad alguna de esconderse, sólo la tierra desnuda y la hierba baja. Pero el hambre pellizcaba y mordía su estómago, y además le habría encantado demostrarle a Cabeza de Fuego que ella era más lista y más valiente que él.

Su mirada se dirigió a las otras caravanas. Por debajo de las cortinas corridas de una de ellas salía luz. Pero se encontraba al otro extremo del claro. Otra era más amenazadora, pues sólo estaba alejada unos pasos del lugar donde los humanos encendían fuego. Pero a pesar de la mañana sombría allí no había luces encendidas... «Una buena señal», pensó Bisbita.

Lanzó una rápida ojeada a la cabaña de madera: también estaba a oscuras. Bisbita se mordió los labios. Después, con un salto elástico salió de detrás de la rueda gorda, corrió agachada sobre la tierra desnuda y se lanzó jadeando detrás de una de las grandes piedras que rodeaban el lugar donde encendían fuego. Se quedó tumbada, resguardada por ella.

En el claro reinaba un silencio sepulcral a la luz grisácea de la mañana, como si el tiempo se hubiera detenido con la primera helada. Bisbita dirigió su aguda mirada de duende hacia el lindero del bosque. A punto estuvo de soltar una carcajada. Dos pares de ojos atónitos miraban desde allí hacia ella. ¡Bueno, menudo lo que les había enseñado a esos dos! No pudo reprimir una risita ahogada. Jamás se había atrevido un duende a acercarse al hogar a plena luz del día.

Como una pequeña serpiente peluda, Bisbita se deslizó al centro del anillo de piedras. La ceniza y el carbón vegetal cubrían la tierra desnuda. Ella olfateó y rebuscó, pero por lo visto el perro del Pardo ya se había zampado todos los restos y había dejado un olor tan intenso que el pelo de la nuca de Bisbita se erizó y a cada momento temía sentir el aliento cálido del can en el pescuezo. Sin embargo, todo seguía en silencio, en un silencio sepulcral.

Entonces... un olor interesante llegó de repente a su nariz. Avanzó un poco más... y en efecto: en medio de la ceniza había dos patatas. Bastante grandes incluso. ¿Debía comérselas allí? Imposible. Demasiado peligroso. Tenía, pues, que llevárselas. Pero ¿cómo?

Bisbita, acuclillándose, rodeó con sus garras uno de los arrugados tubérculos y se lo metió debajo del brazo. ¡Sí, eso funcionaría!

Se incorporó con una patata debajo de cada brazo y corrió de nuevo hacia una de las piedras grandes. De Sietepuntos y Cabeza de Fuego no se veía ni rastro. Bueno, daba igual. Seguro que estaban esperándola detrás de la caravana. Con una sonrisa triunfal se deslizó fuera de su escondrijo y emprendió el camino de regreso, tambaleándose ligeramente bajo su pesada carga. Miró hacia la casa del Pardo. Nada. También las caravanas seguían silenciosas y somnolientas. Dirigió la mirada a su meta, la sombra protectora situada detrás de la rueda grande, y se detuvo en seco. Primero pensó dejar caer las patatas. Pero sus garras se negaban a soltar el valioso botín. Así que se limitó a quedarse allí, en medio del claro, como si hubiera echado raíces. Dos ojos gigantes amarillos verdosos la miraban fijamente desde la oscuridad de debajo de la barriga de la caravana.

Se había olvidado del gato. Los gatos son sigilosos. ¡Pero habría debido olerlo!

—¡Maldición! —masculló entre dientes.

No se atrevía a moverse. Sabía de sobra en qué momento saltaría el felino.

—¡Vamos, hazlo de una vez! —se dijo Bisbita.

Y el gato saltó. Su cuerpo atigrado salió disparado de la sombra, pasó ante la atónita Bisbita a la velocidad del rayo y trepó al tronco de un haya esbelta como si lo persiguiera el diablo. Cuando desapareció arriba, entre las hojas de un rojo herrumbroso, Bisbita oyó sus bufidos iracundos.

—¡Rápido! —oyó la voz de Cabeza de Fuego, y sus cabellos rojos aparecieron un momento por detrás de la rueda de la caravana—. ¡No te quedes ahí parada! —siseó él—. ¡Vamos!

Bisbita se movió y, tambaleándose se dirigió tan deprisa como pudo hacia la caravana protectora con su valiosa carga. Allí, Cabeza de Fuego y Sietepuntos cogieron las patatas y los tres se adentraron en el bosque, corriendo cuanto podían.

Huían hacia la casa de Sietepuntos, una conejera grande, abandonada tiempo atrás y muy próxima al camping. La única entrada estaba bien escondida debajo de la copa seca y cubierta de ortigas y zarzas de un árbol caído. Los tres duendes alcanzaron jadeando el árbol muerto. A toda

prisa se apretujaron entre las ramas espinosas del zarzal y las secas del árbol hasta llegar a la entrada pequeña y oscura. Sietepuntos retiró el trozo de gomaespuma con el que siempre tapaba el agujero y a continuación los tres se pusieron a salvo en la oscuridad.



—¡Esperad, voy a encender la luz! —advirtió Sietepuntos.

Los otros dos, extenuados, se dejaron caer en las blandas hojas con las que Sietepuntos había mullido su hogar.

—¿Luz? —preguntó Cabeza de Fuego.

Hasta los duendes diurnos como Bisbita, Sietepuntos y Cabeza de Fuego veían de maravilla en la oscuridad.

—A mí la luz me parece confortable —dijo Sietepuntos mientras hurgaba en un tubo grande hundido hasta la mitad en uno de los numerosos corredores que conducían al exterior de la madriguera.

—¡Atención! —exclamó él, y un gran disco luminoso redondo iluminó la cueva con luz mortecina.

—¿Qué demonios es eso? —Cabeza de Fuego se acercó, curioso, y palpó con los dedos el disco brillante.

—Lo encontré debajo de una caravana —explicó Sietepuntos, henchido de orgullo—. Menudo esfuerzo me costó traerla hasta aquí.

—Es una linterna de bolsillo —dijo Bisbita, mientras quitaba la piel arrugada de una de las patatas, ya repuesta del susto—. Y ahora contadme qué hicisteis con el gato, pues creo que he de agradecerlos a ambos no estar ahora deshaciéndome en su barriga.

—No hay de qué —respondió Cabeza de Fuego—. De todos modos sólo te hemos salvado para no perdernos esas estupendas patatas.

—¡Eso es una mentira gordísima! —Sietepuntos sacudió con energía su cabeza desgredada.

—¡Él tiene razón! —Cabeza de Fuego sonrió—. No es verdad. Lo del gato sucedió así: estábamos observándote durante tu valerosa empresa, cuando Sietepuntos reparó de repente en un gran peligro. Ese pequeño y diabólico gato atigrado se había instalado a sus anchas debajo de la caravana, esperando plácidamente el momento de devorarte. Como es natural, no podíamos permitirlo, así que nos deslizamos detrás de la caravana y yo imité al perro del Pardo, ese gruñido que suelta cuando está furioso y hambriento. Así más o menos. —Cabeza de Fuego echó la cabeza hacia atrás y profirió un gruñido profundo y amenazador. Sonó tan auténtico que Sietepuntos y Bisbita notaron un escalofrío recorriendo su espalda.

—¡Caramba, yo también habría mordido el anzuelo! —exclamó Bisbita—. Menos mal que no lo oí, pues de lo contrario seguro que habría pensado que el perro y el gato habían puesto sus miras en mí. Pero ahora —retiró el último trocito de monda de su botín—, de momento tenemos algo que comer. Al fin y al cabo nos lo hemos ganado a pulso.

Clavaron con fruición sus garras afiladas en las blandas patatas y bocado a bocado llenaron sus barrigas vacías. De las dos patatas no quedó ni un trocito minúsculo. Y por primera vez después de muchos días y noches, los tres duendes se enroscaron satisfechos y saciados para dormir un ratito.

# 4

*En el que Sietepuntos cuenta algo que en realidad conoce desde hace tiempo*



Se duerme mejor con la tripa llena que vacía. Cuando Sietepuntos, Cabeza de Fuego y Bisbita despertaron, habían dormido una tarde, un crepúsculo y una noche entera.

La nueva mañana no fue ni un ápice más amable que la anterior.

Cuando los tres asomaron la punta de sus narices por la cueva de Sietepuntos, el aire frío y húmedo del invierno los golpeó.

Se deslizaron fuera tiritando. Cabeza de Fuego trepó a la copa del árbol muerto y, bostezando, se sentó sobre una gruesa rama. Los demás lo siguieron.

Con gesto malhumorado alzaron la vista hacia el sol, que era una mancha lechosa en el cielo gris.

—Tan pequeño y pálido, parece mucho más lejano que nunca —comentó Bisbita.

—¡Ojalá no nos abandone del todo! —gruñó Cabeza de Fuego, sacudiéndose—. Todos los años ocurre lo mismo. A todos les nace un tupido pelaje invernal menos a nosotros.

—Bueno. —Bisbita acarició su grueso pelaje negro—, a mí me parece que no tienes motivos de queja —se estiró, suspirando—. ¡Ah, qué sensación tan maravillosa es volver a sentirse llena!

—Sí, es maravillosa. —Sietepuntos asintió y chasqueó la lengua satisfecho.

—Y para proseguir el resto del invierno tan deliciosamente atiborrados —intervino Cabeza de Fuego—, deberíamos coger unas cuantas provisiones de la cabaña del Pardo.

—No me vengas otra vez con esas. —Bisbita le dirigió una furiosa mirada de reojo—. ¡Es demasiado peligroso!

—¿Y tú qué hiciste ayer, eh?

—Eso... eso era diferente.

—Opino. —Sietepuntos carraspeó con timidez—, opino que existe otra posibilidad para conseguir provisiones para el invierno. Los otros dos lo miraron sorprendidos.

—¿Cuál? —preguntó Cabeza de Fuego.

—Desde hace algún tiempo tengo un pequeño mirador en un viejo olmo —refirió Sietepuntos—, justo al lado del claro. Muy tranquilo. Resguardado del viento y muy calentito cuando luce el sol. Al anochecer suelo sentarme allí para contemplar lo que sucede en el claro, echar una

parrafadita con el cuervo, en fin... De ese modo descubrí que la caravana situada junto al lindero del bosque debe llevar bastante tiempo deshabitada. Sólo el Pardo acude de vez en cuando para sacudir la puerta y atisbar por las ventanas.

—¿Y? —Cabeza de Fuego se impacientaba.

—Pues que a lo mejor todavía encontramos provisiones en el interior —opinó Sietepuntos encogiéndose de hombros—. Y seguro que es menos peligroso entrar a echar un vistazo que ir a la cabaña del Pardo.

—No es mala idea. —Bisbita se rascó la tripa, meditabunda—. Pero no tengo ni idea de cómo entrar en una de esas enormes latas. ¿Y vosotros?

—Yo sí sé cómo —repuso muy orgulloso Sietepuntos.

—¿Y por qué no nos lo has contado antes? —preguntó Cabeza de Fuego, irritado.

—Porque me parecía demasiado peligroso. Pero antes que morir de hambre...

—Suéltalo ya. —Bisbita miró expectante a Sietepuntos—, ¿cómo podemos entrar?

—Muy abajo, en un lateral —explicó el duende con voz de conspirador—, hay un agujero oxidado en la pared, un poco mayor que mi cabeza. Creo que cabremos por ahí.

—En ese caso deberíamos comprobarlo esta misma noche. —Cabeza de Fuego pataleó encima de la rama tan excitado que estuvo a punto de caerse de cabeza—. A lo mejor resulta que no estamos condenados a morirnos de hambre.



# 5

## *Raviolis con tomate y pasos en la oscuridad*



Se pusieron en marcha a la caída del sol. El cielo continuaba cubierto de nubes y ni la luna ni las estrellas tornaban más amable la creciente oscuridad. Las tres pequeñas figuras caminaban a tientas y en silencio en medio de la alta hierba entre plantas marchitas y zarzales sombríos. Las numerosas hojas caídas

dificultaban la marcha. Por fortuna tan cerca del claro apenas había animales grandes de los que tener que cuidarse.

Cuando llegaron al borde del claro, estaba oscuro como boca de lobo. Incluso sus ojos de duende penetraban con esfuerzo la negrura de la noche. El coche del Pardo estaba aparcado delante de la puerta, y de su cabaña salía un débil resplandor. Sabían que el perro lo acompañaba en el interior. El Pardo siempre lo metía dentro. Las tres caravanas estaban a oscuras y parecían tres enormes piezas de construcción entre los árboles.

—¡Vamos! —susurró Bisbita, y corrieron ligeros hacia la enorme haya y desde allí hasta debajo de la caravana abandonada.

—¿Qué lado es? —preguntó Cabeza de Fuego.

—El izquierdo —contestó en voz baja Sietepuntos, colocándose en cabeza—. Está ahí arriba —musitó, saliendo con cuidado de debajo de la caravana.

Encima de ellos, a un cuerpo de duende de distancia, un agujero negro se abría en la pared oscura.

—¡Tú ponte aquí! —Bisbita colocó a Cabeza de Fuego con la espalda contra la pared de la caravana—. Yo soy la más ligera y pequeña de los tres. Treparé por encima de tus hombros e intentaré entrar.

—Vale —asintió Cabeza de Fuego—. Y luego, ¿qué?

—Tú te subes encima de los hombros de Sietepuntos y después subiremos a Sietepuntos tirando de él entre los dos.

—¿Y quién montará guardia?

—¡Yo ni soñarlo! —susurró Sietepuntos—. Me resulta demasiado inquietante.

—Pues entonces Cabeza de Fuego.



—Ni hablar del peluquín —replicó este—. ¿Te has creído acaso que voy a quedarme aquí abajo muerto de aburrimiento mientras vosotros vivís aventuras? ¡De eso, nada!

—Bueno, pues entonces lo haremos sin vigilancia. —Bisbita se situó ante Cabeza de Fuego—. Junta las manos para que pueda subir.

En un abrir y cerrar de ojos se subió a los hombros de Cabeza de Fuego y desde allí se agarró al agujero oxidado que se abría en la lisa pared metálica.

—¡Maldición! —despotricó—. ¡Qué afilados están los bordes!

Sobre Sietepuntos y Cabeza de Fuego llovieron unos finos fragmentos de óxido, y de repente Bisbita desapareció.

Unos segundos después la oyeron reír en voz baja.

—¡No hay ningún problema! —susurró desde arriba—. ¡Subid!

Fue difícil tirar del hirsuto y orondo Sietepuntos e introducirlo por el estrecho agujero, pero al

fin los tres estaban en el interior de la caravana. Por suerte, el agujero estaba a escasos centímetros de altura por encima del suelo, y sólo tuvieron que dejarse caer. Justo encima de ellos había unos tubos, y casi delante de sus narices se alzaba la trasera de un armario.

Tantearon hasta un rincón y salieron al descubierto. Ante ellos se abría el interior de la caravana. Distinguieron un banco y una mesa, un chisme de los que los humanos utilizan para cocinar, un armario pequeño y un estante.

—¡Venga, manos a la obra! —exclamó Cabeza de Fuego.

—¡Uf, qué olor tan apestoso hay aquí! —exclamó Bisbita arrugando la nariz—. Creo que me alegraré de volver al exterior.

El armario pequeño fue un premio gordo. Al parecer los propietarios de la caravana tenían intención de regresar antes del invierno. Allí había latas de conservas de judías, guisantes, raviolis con tomate y un envase de leche condensada. En el estante se veía una bolsa con manzanas, y sobre la mesa un cuenco con nueces.

—Podemos tirar las manzanas una a una por el agujero —sugirió Bisbita—. Las nueces también, e incluso la leche condensada. Pero ¿puede decirme alguien cómo vamos a sacar las malditas latas de conserva?

—Las pequeñas, de guisantes, cabrán por los pelos —aventuró Cabeza de Fuego—, pero las otras —se rascó la cabeza—, vamos a tener que dejarlas aquí.

—¡Oh, no! —Sietepuntos gimió, desilusionado—. ¿Dejar aquí los raviolis con tomate?

—Podemos tirarlos por la ventana. —Cabeza de Fuego sonrió—, pero entonces con toda seguridad el Pardo se nos echaría encima. ¿Crees que merece la pena correr ese riesgo por las dichosas latas?

—De acuerdo, de acuerdo —suspiró Sietepuntos—. Pero al menos podríamos comernos una de ellas aquí, ¿no? —sugirió lanzando una mirada suplicante a los otros dos.

—Pues no sé... —vaciló Bisbita—. Yo no me siento muy a gusto aquí.

—Bah, ¿qué puede pasar? —terció con tono de indiferencia Cabeza de Fuego—. Al fin y al cabo, de ese modo llenaríamos la barriga para los próximos días. ¡Y eso es algo, creo yo!

—En el armario pequeño he visto un abrelatas —informó Sietepuntos solícito, yendo veloz hacia allí—. ¿Lo veis?

—Menos mal que no es de esos modelos sencillos —afirmó Cabeza de Fuego.

—Es cierto. —Sietepuntos sonrió y se relamió los labios rebosante de alegría anticipada—. Basta con girar esta manivela y ¡zas!, la lata quedará abierta.

Cabeza de Fuego tiró del abrelatas para sacarlo del armario y Bisbita se metió dentro de un ágil salto.

—Raviolis —murmuró contemplando las latas con el ceño fruncido—. Esta de aquí debería servir —dijo al fin empujándola con su hombro peludo—. Tened cuidado, o esta maldita lata cruzará rodando toda la caravana.

La lata cayó con estrépito, pero Cabeza de Fuego la frenó hábilmente con el abrelatas.

—¡Este trabajo es siempre endiablado! —jadeó Sietepuntos mientras ayudaba a levantar la lata.

—Bueno, eras tú quien estaba empeñado en comer raviolis —gruñó Bisbita.

Al fin, lograron poner de pie el pesado objeto. Sietepuntos levantó el abrelatas y Cabeza de Fuego lo giró. Los dientes metálicos mordieron la tapa del bote con un chasquido. Por la rendija que iban abriendo brotaba un aroma exquisito.

Sietepuntos olfateó complacido y después echó mano a la tapa muy deprisa.

—¡Ay! —se quejó, contemplando su mano con preocupación.

—Siempre igual. —Bisbita rio en voz baja—, siempre se corta los dedos con todas las latas. ¡Eres demasiado ávido, Sietepuntos!

El duende regordete la miró, ofendido, y tocó la tapa con más cuidado.

—Los frascos con tapa de rosca son mucho mejores que estas malditas latas —rezongó mientras doblaban la tapa dentada hacia atrás.

—Tendríamos que llevarnos este abrelatas —dijo Cabeza de Fuego, luego metió la mano en la lata y sacó un ravioli empapado en salsa—. El mío ya no es capaz de abrir ni la lata más diminuta.

—Y el mío, menos. —Sietepuntos chasqueó la lengua mientras se limpiaba la salsa de tomate de la barbilla.

—Como sigáis manchándoos así con la dichosa salsa —los riñó Bisbita—, cualquier perro os encontrará por el rastro que iréis dejando.

Los dos se miraron de arriba abajo, compungidos. Tenían la piel completamente salpicada de salsa de tomate grasienta.

—Revolcaos en esa alfombra —gruñó Bisbita—, y larguémonos de aquí.

Obedientes, Cabeza de Fuego y Sietepuntos rodaron por la dura alfombra que olía a moho, hasta quedar medianamente limpios. A continuación empujaron la lata casi vacía por debajo del banco hasta el fondo y acercaron al agujero oxidado todo lo que pensaban llevarse.

—Primero saltaré yo —dijo Cabeza de Fuego sacando una pierna negra por el orificio—. Después, tiradme las cosas y yo las trasladaré rodando debajo de la caravana, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Cabeza de Fuego desapareció. Oyeron un golpe sordo y poco después su voz llegó hasta arriba.

—Ya podéis empezar.

Cuando habían lanzado por el agujero tres latitas de guisantes, la leche condensada, el abrelatas, dos manzanas y varias nueces, y se disponían a introducir la última manzana, Sietepuntos profirió un grito agudo.

—¡La puerta...! —tartamudeó mientras sacudía, desesperado, el brazo de Bisbita—. ¡Mira, Bisbita, la puerta!

Bisbita se dio cuenta en el acto.

—¡Lárgate, Cabeza de Fuego! —susurró—. ¡Corre, que viene el Pardo!

Pero Cabeza de Fuego no la oyó. Estaba rodando las latas debajo de la caravana mientras soltaba unos terribles juramentos porque una le había pasado por encima del pie.

En la oscuridad se había encendido una linterna de bolsillo. Bisbita miró, horrorizada, el delgado cono de luz que tanteaba por el tenebroso claro y la sombra gigantesca que se acercaba con pasos pesados a la caravana.

—¡Cabeza de Fuego! —desesperada, intentaba descubrir por allí abajo al duende negro.

Mascullando maldiciones, Cabeza de Fuego salió de debajo de la caravana, y cuando se disponía a llevarse rodando una manzana, oyó los pasos. Se volvió bruscamente, aterrado, y en ese preciso momento la luz de una linterna cayó sobre él. Se quedó quieto, deslumbrado, mientras Sietepuntos y Bisbita se quedaron helados del susto. Pero antes de que el Pardo comprendiera del todo qué era lo que tenía ahí delante, junto a la vieja caravana, y justo cuando su perro saltaba hacia Cabeza de Fuego, este puso pies en polvorosa para salvar la vida, y con la celeridad del rayo se metió debajo de la caravana, adonde por suerte no podía seguirlo el perro, pues era demasiado grande. Cabeza de Fuego cruzó por debajo a toda velocidad, dirigiéndose hacia el haya grande y trepó por el tronco raudo como una ardilla. El Pardo caminó con desconfianza alrededor de la caravana, alumbró las ventanas, sacudió la puerta y finalmente se detuvo justo delante del agujero oxidado. Bisbita habría podido rozar su pantalón con sólo alargar la mano.

—¡Qué raro! —le oían refunfuñar.

Dos manzanas y una nuez yacían delante de sus botas. Tras propinarles una patada, rodaron debajo de la caravana. El perro seguía olisqueando alrededor del haya.



—¡Ven, Brutus! —gritó el Pardo, dando la espalda a la caravana—. Deja en paz a la maldita ardilla.

El perrazo obedeció, vacilante.

—Mañana montaré por aquí unas cuantas ratoneras —gruñó el Pardo antes de regresar a su

cabaña.

Brutus lo siguió a regañadientes, pero al final ambos desaparecieron en el interior de la casa. Cuando la puerta se cerró, el claro volvió a quedar oscuro y silencioso. Sietepuntos y Bisbita seguían petrificados en la caravana. Al final, Bisbita se movió.

—¡Qué poco ha faltado! —suspiró—. Otro día como este y caeré muerta en el sitio, créeme.

—Yo creo que ya estoy muerto —se lamentó Sietepuntos.

—Ni por asomo —afirmó Bisbita serena, arrojando fuera la última manzana—. Pero me gustaría saber qué ha sido de Cabeza de Fuego. Está todo tan silencioso ahí abajo —con sumo cuidado deslizó su cuerpo peludo por el agujero de bordes afilados—. Sígueme —le dijo a Sietepuntos antes de lanzarse.

Aterrizó bruscamente en el duro suelo, pero se incorporó al momento acechando a su alrededor.

—Cabeza de Fuego —llamó en voz baja—, ¿dónde te has metido?

El gordo Sietepuntos aterrizó a su lado con un fuerte golpe. Bisbita corrió debajo de la caravana. Allí estaba su botín, pulcramente alineado. Y sobre la lata más grande se sentaba el duende negro, como en un trono.

—Aquí estoy —dijo—, me han tomado por una ardilla. Al menos el Pardo. Con su perro, ya no estoy tan seguro.

—Creía que te habían atrapado —suspiró Bisbita.

—¡Qué más quisieran! —Cabeza de Fuego se bajó de un brinco de la lata, sonriendo—. Vamos, tenemos todavía mucho que hacer antes de que amanezca.

# 6

*Que comienza con una mala sorpresa y termina con una decisión audaz*



—¡Rediez! —rugió Cabeza de Fuego pegando una patada a la lata de conservas que tenía delante—. ¡Rediez, rediez y rediez!

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Bisbita—. Es la tercera que hallamos en mal estado.

—Ante todo deberíamos sacar de mi cueva esa cosa apestosa —se quejó Sietepuntos—, o tendré que buscarme una vivienda nueva para el invierno.

—¡Menudo chasco! —Cabeza de Fuego iba y venía entre las latas abiertas, resoplando de ira—. Jamás me había sucedido esto. Estos chismes son eternos.

—Pues los de aquí, no —repuso Bisbita comenzando a bajar de nuevo las tapas de las latas—. Debían llevar años en esa caravana.

—Sólo nos quedan las manzanas y las nueces —precisó, enfurecido, Cabeza de Fuego—, y quién sabe si no estarán también podridas.

Sietepuntos rompió una de las cáscaras claras, onduladas, y olfateó preocupado su interior.

—Parecen en buen estado —constató, aliviado.

—En fin, algo es algo. —Bisbita apoyó su hombro peludo contra una de las latas—. Venga, empujémosla nuevamente hasta fuera.

—Pero por favor, bien lejos de mi casa —rogó Sietepuntos—, el hedor es espantoso.

Sacar las latas de la casa de Sietepuntos fue casi el doble de cansado que meterlas. Con la alegría del triunfo y el orgullo por su botín el peso les había resultado ridículo, pero ahora la decepción tornaba a esos malditos chismes muy pesados. Además, era imposible rodar las latas abiertas.

Cuando al fin lo consiguieron, se sentaron encima de la hierba, delante del árbol seco, cansados y tristes. El sol estaba en lo alto del cielo. Un trozo de azul asomaba, brillante, entre grandes montañas de niebla gris, pero ahora el frío había aumentado y el viento arrancaba a montones las hojas secas de los árboles. Los tres duendes contemplaron el cielo preocupados. Con un tiempo así, en el verano las copas de los árboles habrían susurrado por encima de sus cabezas, pero ese día los árboles crujían y crepitaban al viento frío, como si fueran de hielo.

—Hemos hecho una de las incursiones más valientes en busca de botín que jamás haya osado

emprender un duende —gruñó Cabeza de Fuego—, ¿y cómo se han recompensado nuestros esfuerzos? —irritado, comenzó a partir en trozos diminutos una de las hojas caídas.

—Ahora tenemos provisiones para una semana más o menos —reconoció Bisbita—, pero necesitamos como mínimo para tres meses.

—Podríamos alimentarnos de hojas —refunfuñó Cabeza de Fuego—, hay de sobra.

—Yo ya las probé una vez —informó Sietepuntos con voz acongojada—. Saben fatal y te llenan lo mismo que un bocado de aire.

Bisbita suspiró y se miró los pies en silencio durante un rato. Después, respirando profundamente, dijo:

—No me gusta reconocerlo, pero creo que Cabeza de Fuego tiene razón. Debemos buscar las provisiones para este invierno en la cabaña del Pardo.

Los otros dos la miraron de hito en hito en silencio.

Una repentina sonrisa se dibujó en el rostro negro y peludo de Cabeza de Fuego.

—Ya os lo había dicho —se incorporó, henchido de orgullo—, ahí dentro tiene que haber provisiones a montones. Porque a fin de cuentas este año la gente le ha comprado muy poco.

—Eso... —Sietepuntos tragó saliva—, eso... —volvió a tragar saliva—, ¡eso es demasiado peligroso! —sus ojillos miraban a Bisbita incrédulos—. ¡Tú misma has reconocido que es demasiado peligroso!

Bisbita se encogió de hombros, fatigada.

—Y sigo opinando lo mismo. Es demasiado peligroso, una verdadera locura. Un auténtico suicidio. ¡Pero no se me ocurre nada mejor!

—¡Bah! —Cabeza de Fuego volvía a sentirse belicoso—. Creo que tenemos que trazar ahora mismo un plan.

—¡No! —Bisbita se levantó meneando la cabeza—. De momento, tengo más que suficiente. Necesito unos días de descanso. Deseo disfrutar un poco de la vida antes de que el perro del Pardo me coja entre los dientes. Me llevaré una nuez, me meteré en mi cueva, meditaré un rato y haré acopio de fuerzas. Unos cuantos días carecen de importancia —lanzó una mirada a las nubes grandes—. La nieve aún está lejos —observó su cuerpo—. ¿Lo veis? Se me eriza el pelaje. Ya va siendo hora de llegar a las hojas.

Se giró de nuevo hacia Sietepuntos, que la miraba con los ojos teñidos de tristeza.

—No te preocupes —dijo acariciando su cabeza desgredada—, que no te morirás de hambre. Hasta ahora siempre se nos ha ocurrido algo.

—Ella tiene razón, muchacho —añadió Cabeza de Fuego, propinando al duende gordo un codazo amistoso en el costado—. Descansemos unos días de nuestras heroicas hazañas, y ya nos ocuparemos del invierno más tarde.

—Vuelvo a estar hambriento —dijo suspirando Sietepuntos.

—Tú siempre estás hambriento —rio Bisbita—, eso no significa nada —desapareció en el interior de la cueva de Sietepuntos y volvió a salir con una nuez debajo del brazo—. Que os vaya bien —se despidió—. Propongo que la próxima vez, para variar, nos reunamos en casa de Cabeza de Fuego. Concretamente dentro de dos días, a la salida del sol.



—De acuerdo —accedió Cabeza de Fuego, levantándose—. Me llevaré mi nuez la próxima vez. Pero ¡ay de ti si te la comes! —y dirigiendo a Sietepuntos otra sonrisa de ánimo, su pelo rojo desapareció entre la hierba amarilla y el remolino de hojas.

Sietepuntos se quedó un rato sentado. Luego se levantó, cerró su cueva y se dirigió hacia su mirador en el olmo. Le apetecía observar un rato al Pardo.

# 7

## *En el que Bisbita no puede conciliar el sueño y la asaltan pensamientos muy sombríos*



Durante los dos días siguientes el viento sacudió con saña las ramas de los árboles. Al fin, las últimas hojas se desprendieron y revolotearon, cansadas, hasta el suelo. El viento deslizó su rostro malhumorado entre las desnudas copas de los árboles y con su aliento

helado expulsó al otoño hasta los confines del bosque. A pesar de todo Bisbita tenía razón: la lluvia gélida no se convirtió en nieve y sólo un par de charcas estaban cubiertas de una delgada capa de hielo.

Al anochecer del segundo día Bisbita, sentada a la puerta de su cueva arbórea, observaba al sol hundirse tras los árboles desnudos. Unas cornejas rondaban el tronco del alto roble, llenando el silencio con sus roncos gorjeos. Bisbita se estremeció. En cierta ocasión había entablado un terrible combate con dos cornejas y recordaba con desagrado ese acontecimiento. Bostezando, lanzó una última mirada hacia el exterior: en el firmamento aparecían las primeras estrellas. Después rebuscó entre las hojas que mullían su cueva y extrajo un viejo calcetín de gran tamaño. Lo había encontrado un día entre las caravanas. Esa prenda horrenda era la más adecuada para las frías noches de invierno, y a partir de ese momento habría muchas. El calcetín, hecho de gruesa lana roja, sólo tenía dos agujeritos en los dedos. Bisbita mulló con las manos unas hojas por encima del tubo de lana formado por el calcetín. Después se deslizó tan dentro de él que sólo asomaban su nariz, sus ojos y sus orejas. Estaba caliente, blando y ningún sonido inquietante del exterior llegaba hasta sus oídos. A pesar de todo Bisbita no lograba conciliar el sueño. Durante los dos últimos días no había dejado de pensar ni un minuto en las malditas provisiones para el invierno. Había recordado todo lo que había oído antes a otros duendes sobre cualesquiera fuentes de alimentos. Pero no se le había ocurrido nada... Nada capaz de librarlos de asaltar la cabaña del pardo. Antes había una pequeña granja no lejos de allí, justo al lado del lindero del bosque, que les había permitido birlar unos huevos, algo de leche o de queso. Pero ahora llevaba unos años abandonada. Y las numerosas excursiones que les habrían permitido reunir abundantes provisiones, ese verano las habían arruinado literalmente las lluvias. Seguro que ese año había habido una excelente cosecha de setas, pero hordas de humanos se las habían llevado a casa en sus cestas. Con las bayas había sucedido otro tanto. Una vez, siendo niña, Bisbita oyó decir que otrora

los duendes se alimentaban de hojas, raíces y cosas por el estilo. Pero ya nadie sabía a ciencia cierta de cuáles.

Suspiró y rodó inquieta poniéndose de lado, de espaldas y nuevamente de lado... Pero el sueño era obstinado y se negaba a venir. En lugar de eso el Pardo se presentaba continuamente ante sus ojos, con sus botas gigantescas, sus manazas pardas y sus ojos azules de humano. O veía a su perro abalanzándose sobre ella mientras le enseñaba los dientes.

Bisbita se incorporó, soltando un denuesto. Fuera reinaba una profunda oscuridad. ¿Qué pasaría si el Pardo no se marchaba al día siguiente? ¿O si dejaba allí al perro? ¿Qué sucedería entonces?

Bisbita suspiró. Conocía la respuesta demasiado bien. ¡Tendrían que partir a la búsqueda! Eso ya lo habían hecho otros duendes antes que ellos. Aunque sólo unos pocos habían regresado. Uno de ellos había sido la anciana Milvecesbella. Un día, hace muchos, muchísimos años, había salido a correr mundo. A lo mejor ella les podría decir qué dirección debían tomar. Porque desde allí arriba el bosque era igual de infinito y de insondable en todas direcciones. Y tomar la dirección equivocada podía significar la muerte.

Bisbita se estremeció y volvió a tumbarse. Comparada con la perspectiva de vagar sin rumbo por el bosque invernal, asaltar las provisiones del Pardo era una verdadera bicocha.

«¡Maldito invierno!», pensó Bisbita. Y acto seguido se durmió.



*Que conduce directamente a la cueva del león*

La madriguera de Cabeza de Fuego era un profundo agujero excavado en el talud de la orilla de un arroyo. Permanecía oculta a las miradas indiscretas gracias a un estrecho y desvencijado puente de madera tendido sobre el pequeño curso de agua, justo por encima del hogar de Cabeza de Fuego. Este había excavado su cueva en la orilla justo a la altura precisa para que el agua no inundara su vivienda incluso en el caso de lluvias torrenciales o de deshielo.

Cuando Sietepuntos y Bisbita aparecieron encima del puente, Cabeza de Fuego estaba sentado en una enorme piedra en medio del arroyo con los dedos de los pies sumergidos en el agua helada.

—Pero ¿qué haces? —gritó Sietepuntos desde arriba antes de dejarse resbalar pesadamente talud abajo.

—Es el mejor método para despertarse —contestó Cabeza de Fuego con voz somnolienta.

Bisbita seguía encima del puente, contemplando fascinada el agua que resplandecía. Era una mañana clara. El sol se deslizaba apacible sobre las copas de los árboles y hacía rielar al arroyo con sus rayos suaves. A la luz de esa mañana de invierno el mundo entero parecía recién nacido. De no haber sido por el hambre, a Bisbita le habría encantado el invierno.

—¡Será mejor que no te quedes tanto rato ahí arriba! —gritó Cabeza de Fuego—. ¡A saber quién no habrá desayunado todavía esta mañana!

—Vale, vale —contestó Bisbita saltando de buen humor cuesta abajo—. Pero al menos sentémonos un ratito al sol.

—De acuerdo. —Cabeza de Fuego asintió y saltó de piedra en piedra hasta que aterrizó en una tan grande como para acoger a los tres duendes—. ¡Venid aquí! —gritó haciendo una seña a los otros dos para que se aproximasen—. Este sitio es una maravilla. No está frío ni mojado, sino bien mullidito.

Se estiró plácenteramente sobre el tapiz de musgo que cubría casi toda la piedra. Sietepuntos y Bisbita se sentaron a su lado y parpadearon al contemplar el sol naciente. Sietepuntos comenzó a repasarse la piel con las garras en busca de pulgas.

—Estos dos últimos días he permanecido casi todo el tiempo en mi mirador junto al claro —informó.

—¿Y? —los otros dos lo miraron esperanzados.

Sietepuntos estrujó una pulga entre los dedos.

—No ha llegado ninguna caravana más. Incluso se ha ido otra. La del gato.

—Espléndido —suspiró Bisbita, aliviada.

—Respecto al Pardo —prosiguió Sietepuntos—, en los dos últimos días casi no ha salido de su cabaña. Ha estado trajinando en su coche, pero salvo eso apenas se le ha visto el pelo.

—Así que es muy posible que hoy salga de viaje —opinó Cabeza de Fuego, meditabundo—. Porque casi nunca aguanta más de dos días seguidos en su cabaña.

—Cierto —comentó Sietepuntos.

—Es decir, que aún nos quedan dos horas para vagar —dijo Cabeza de Fuego—, porque el Pardo es un dormilón.

—Genial. —Bisbita suspiró, cerrando los ojos—. Despertadme, por favor.

—¿Y qué hay de nuestro plan? —preguntó Sietepuntos.

—No necesitamos ningún plan —murmuró Bisbita adormilada—. Intentaremos entrar y salir sanos y salvos de la cabaña. Eso es todo.

Sietepuntos frunció el ceño.

—No sé... —musitó quejumbroso.

—Ella tiene razón —dijo Cabeza de Fuego, cerrando también los ojos—, esta noche estaremos saciados o...

—¿O qué? —preguntó temeroso Sietepuntos.

—Prefiero no pensarlo —contestó Cabeza de Fuego.

—¡Ay de mí! —gimió Sietepuntos clavando la vista en el arroyo relumbrante—. ¡Ay, ay! —pero después terminó sentándose junto a sus amigos para echar un sueñecito.

El sol calentaba su piel cuando Cabeza de Fuego se incorporó.

—Ha llegado la hora —anunció.

Bisbita parpadeó, adormilada, al mirar al sol.

—Por desgracia vuelves a tener razón —afirmó, repantigándose y sacudiendo al duende gordo, que roncaba, para despertarlo—. Vamos, Sietepuntos, despierta. Tenemos que irnos.

Sietepuntos abrió los ojos a disgusto.

—¿Irnos? ¿Adónde? —pero en ese mismo momento lo recordó—. Ah, sí —musitó, levantándose con expresión sombría—. No entiendo por qué tenéis tanta prisa —añadió jadeando, mientras trepaba en pos de los otros dos.

Cuando llegaron al claro estaban los tres sin aliento, pero despiertos y bien despiertos. Y llegaron justo a tiempo. El Pardo abría en ese momento el herrumbroso portón de hierro tras el que se extendía el camino que conducía al bosque. Después entró en la cabaña y salió con su perro y una bolsa. Colocó al perro en el asiento de atrás y la bolsa en el maletero.

—¡Qué suerte tenemos! —cuchicheó Cabeza de Fuego, y sus verdes ojos de duende relampaguearon por su espíritu emprendedor—. Eso nos proporciona un montón de tiempo para buscar. Jamás regresa antes de mediodía.

Eso también lo sabía Bisbita. Todos ellos conocían bastante bien las costumbres del Pardo. A pesar de todo, su estómago se contrajo de miedo y nerviosismo.

—Quizá deberíamos limitarnos primero a echar un vistazo a la cabaña —susurró ella—. A lo mejor los tres solos no podemos llevarnos lo bastante, ¡ni tampoco con la suficiente rapidez! ¿Qué os parecería si avisásemos además a Cola de Milano y a Libélula Azul?

—Ya se me había ocurrido —dijo Cabeza de Fuego—, y por eso fui a verlos ayer, pero no estaban.

—¿Cómo que no estaban? —preguntó Bisbita en voz baja sin quitar el ojo de encima al Pardo, que en ese momento cerraba la cabaña.

—¿Pues qué va a significar? —susurró Cabeza de Fuego—. Que se han ido. Que han desaparecido. Sus viviendas están cerradas a cal y canto. Eso no lo hace ningún duende si sólo se va un momento, ¿no?

—¿Habrán salido a ver mundo? —inquirió Sietepuntos, girando horrorizado los ojos en sus cuencas—. ¡Ay, madre!

El Pardo subió al coche y cerró la puerta. El fuerte ruido sobresaltó a los tres. El motor escupió, petardeó y se apagó.

—Maldito coche, ponte en marcha —gruñó Cabeza de Fuego.



El motor tosió... y se apagó de nuevo. El Pardo descendió mascullando maldiciones y levantó el capó.

—¡Estúpido y viejo cacharro! —despotricó Cabeza de Fuego—. ¿Cuándo se comprará por fin un coche nuevo?

El Pardo, iracundo, cerró de golpe el capó y volvió a meterse en el vehículo. Esta vez funcionó. El motor dio un aullido y el enorme coche negro salió traqueteando por el portón. Los tres duendes sonrieron aliviados.

—¿Qué hay de la segunda caravana? —preguntó Cabeza de Fuego a Sietepuntos.

El duende gordo se encogió de hombros.

—Está habitada. Un hombre, una mujer y un niño. Pero salen muy poco. Sabe Dios lo que harán dentro.

—¿Quieres decir que ahora mismo están ahí?

Sietepuntos asintió.

—Es muy posible.

—Vale. —Cabeza de Fuego se rascó el tupé rojo—. En ese caso nos acercaremos a la cabaña desde atrás. Por donde no se nos pueda ver desde la caravana. ¿De acuerdo?

—¡Qué remedio! —comentó Bisbita—. ¡Venga, terminemos este asunto cuanto antes!

Se deslizaron sigilosos por el lindero del bosque. Tuvieron que dar un rodeo tremendo, pero era preferible a dar la espalda a las ventanas oscuras de la caravana.

La cabaña del Pardo se alzaba a tan sólo unos pasos del protector lindero del bosque, ofreciéndoles su tenebrosa pared trasera.

—Parece una chatarrería —susurró Bisbita.

El suelo entre la linde del bosque y la cabaña estaba cubierto de trastos viejos.

—Pero ¿qué pretenderá hacer con todos estos cacharros oxidados? —murmuró Sietepuntos.

—Bueno, sea como fuere todos estos chismes nos proporcionan una excelente protección visual —susurró Cabeza de Fuego.

Viejos neumáticos de automóvil, dos bidones de aceite y un buen montón de ladrillos yacían sobre la hierba corta. La hiedra rodeaba con sus brazos verdes una vieja bañera, y encima de una anticuada motocicleta estaban posadas dos gallinas flacas, medio dormidas.

—¡Oh, no, gallinas! —gimió Sietepuntos—. ¡Qué asco!

—¡Bobadas! —Cabeza de Fuego hizo un ademán desdeñoso—. Esos animales son estúpidos. A lo sumo nos mirarán fijamente, aleladas.

—¡No te hagas el indiferente! —le siseó malhumorada Bisbita.

—Vale, vale —gruñó Cabeza de Fuego atisbando desde detrás de la bañera.

Agachado, se apresuró hacia uno de los neumáticos viejos, luego hasta los ladrillos y por fin hasta los bidones.



Las dos gallinas estiraron el cuello, asombradas, y clavaron en ellos sus ojos hostiles parecidos a botones. Pero no se movieron del sitio. Sietepuntos, tras alcanzar jadeando la pared de la cabaña junto a Cabeza de Fuego, miró de reojo a las gallinas, inquieto. Las aves ladearon la cabeza, y sus rojas crestas se bambolearon sobre los ojos. De pronto una se levantó, sacudió el plumaje, saltó de la motocicleta y cayó al suelo sobre sus patas rojas. Por lo visto pretendía contemplar de cerca a esas extrañas criaturas. Sietepuntos, asustado, se aferró al brazo de Cabeza de Fuego.

—¡Que viene el monstruo! —gimió—. ¡Nos sacará los ojos a picotazos! ¡Tenemos que salir de aquí!

Bisbita también se había reunido con ellos. Sus dedos inquisitivos palparon las ásperas tablas de madera de la pared de la cabaña. La gallina se les aproximaba con pasos lentos y desgarrados.

—Tregar por la pared será un juego de niños —cuchicheó Bisbita—. Lo mejor será que comprobemos si la ventana de ahí arriba está abierta.

Con gesto decidido, comenzó a subir por la alta pared con ayuda de sus garras. Cabeza de Fuego la siguió, ágil como una comadreja. Sietepuntos, sin embargo, se quedó abajo petrificado, mirando fijamente a la gallina, que se encontraba apenas a un par de pasos de distancia.

—¡Sietepuntos, sube de una vez! —rugió Cabeza de Fuego desde arriba.

—No puedo —contestó el duende regordete con un hilo de voz.

La gallina estaba justo delante de él, observándolo con interés. Al final proyectó su cabeza hacia delante y comenzó a tironear el pelaje de Sietepuntos con su enorme pico rojo. Eso fue una ayuda: el duende gordo subió como un cohete por la pared de la cabaña, adelantó a Cabeza de Fuego y a Bisbita y por fin se quedó colgado sin aliento debajo del ventanuco situado en el centro



del muro. Sollozando, se izó hasta el alféizar, se acurrucó en un rincón y se quedó allí sentado, temblando.

—¡Sietepuntos! —Bisbita ascendió hasta llegar junto al duende tembloroso y le pasó un brazo alrededor de los hombros con ademán consolador—. Cálmate, Sietepuntos. Es una simple gallina. Las gallinas no son peligrosas, salvo para las lombrices de tierra.

—¡Quería devorarme! —Sietepuntos se apretó las manos peludas contra su cara redonda.

—¡Tonterías! —replicó Bisbita—. Las gallinas no comen duendes.

—¡Ja, ja, ja! —el tupé rojo de Cabeza de Fuego apareció encima del alféizar. Se desplomó muerto de risa junto a Bisbita y sacó la lengua afilada a la gallina.

El ave lo miraba estupefacta. Luego empezó a picotear como loca el lugar que momentos antes habían ocupado los pies peludos de Sietepuntos.

—¿Sabes una cosa, Sietepuntos? —Cabeza de Fuego se apoyó en el cristal de la ventana riendo—. Ha debido tomarte por un manojito de hierba muy jugoso. No es de extrañar, con esa piel tan hirsuta que tienes...

Sietepuntos se apartó las manos del rostro y lanzó una mirada furiosa a Cabeza de Fuego.

Bisbita se levantó y miró por el sucio cristal.

—¡Ahí arriba hay una hoja abierta! —afirmó—. Trepemos hasta ahí, nos colaremos en el interior y luego intentaremos descolgarnos por la cortina. ¿Conformes?

Cabeza de Fuego y Sietepuntos asintieron.

Comenzaron a trepar por el marco de la ventana uno detrás de otro. Ocurrió lo que había dicho Bisbita. La hoja de la ventana estaba floja y la ranura era lo bastante ancha para permitir el paso del delgado cuerpo de un duende. Por el interior colgaban a los lados gruesas cortinas con rayas. Tras descolgarse por ellas, aterrizaron en mitad de la cama del Pardo y se hundieron en un gigantesco edredón blanco.

—Así es como yo me imagino las nubes —dijo Bisbita cuando consiguió salir con esfuerzo.

—Sólo que allí seguro que no apesta tanto al Pardo —comentó Cabeza de Fuego echando una ojeada por encima del borde de la enorme cama.

—Aquí no parece haber nada interesante. —Sietepuntos inspeccionaba inquieto la pequeña habitación oscura. Su voz todavía traslucía cierto temor—. Tenemos que atravesar esa puerta.

—¡Cierto! —Bisbita se dejó resbalar por el borde de la cama y aterrizó de un batacazo en el duro y mugriento suelo de madera de la cabaña.

Los otros dos la imitaron. Con cuidado y muy juntos, se deslizaron hacia la puerta entreabierta.

—¡Aaaaaah! —Cabeza de Fuego retrocedió de un salto, horrorizado.

Sobre el suelo de la otra habitación yacía una piel de oso enorme y harapienta. Sus fauces muy abiertas con los afilados colmillos señalaban justo hacia ellos. Los ojos de cristal les dirigían una mirada fija y amenazadora.

—¡Repugnante! —exclamó Cabeza de Fuego enfurecido.

Bisbita y Sietepuntos se tronchaban de risa, y el duende rollizo se aproximó a la enorme boca y metió la cabeza dentro.

—¡No te preocupes, Cabeza de Fuego! —rio volviendo a sacar la cabeza—. Este es muy manso.

Cabeza de Fuego le sacó la lengua, irritado.

—Al parecer esta es la cueva principal del Pardo —dijo Bisbita escudriñando a su alrededor—. Creo que los humanos llaman a esto salón. A mí no me gusta —su mirada llegó hasta la descomunal y pesada puerta de entrada—. Y por ahí se sale —a la izquierda de ellos se veía una tercera puerta, hacia la que se encaminó Bisbita con paso decidido—. Creo que esa es la puerta que más nos interesa.

Por fortuna, también estaba abierta, y los tres duendes con una simple ojeada se percataron de que se encontraban en el lugar indicado.

El Pardo tenía desde hacía algunos años un pequeño quiosco en su cabaña, con un ventanal que abría en verano para vender comida, bebidas, helados y chocolatinas. Los duendes habían observado muchas veces cómo la gente hacía cola. Pero nunca se les había ocurrido imaginar que el Pardo ocultase allí una verdadera tienda.

Todas las paredes de la estancia estaban cubiertas de estantes atiborrados. A un lado, las bebidas, que carecían de interés para los tres duendes. Pero en la pared trasera, más larga, se apilaban tantas cajas de galletas y dulces que les habría bastado para vivir cien inviernos. Por último, en el tercer lado se apilaban frascos de salchichas, latas de sardinas y conservas de todas clases... Provisiones para otros cien inviernos más.

# 9

*En el que al principio todo sale bien y al final se tuercen algunas cosas*



Los tres se quedaron petrificados y atónitos mientras miraban boquiabiertos y con el estómago gruñendo todas aquellas maravillas.

—Santo cielo —susurró finalmente Bisbita, sentándose—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Yo os lo enseñaré. —Cabeza de Fuego corrió hacia la descomunal estantería de la pared del fondo, trepó hasta el cuarto estante, tiró de una bolsa grande para separarla del montón y con un par de patadas vigorosas la empujó por el borde.

La bolsa cayó siseando y chocó contra el suelo.

—Ahora voy a atiborrarme la barriga de ositos de goma hasta explotar —anunció Cabeza de Fuego mientras se descolgaba a la velocidad del rayo.

Sietepuntos ya había rajado la bolsa a lo largo con sus garras afiladas.

—¡No estaréis hablando en serio! —les riñó Bisbita.

Cabeza de Fuego y Sietepuntos comenzaron a sacar de la bolsa un oso pegajoso tras otro para zampárselos.

—Pues sí —resopló Cabeza de Fuego—. El Pardo nunca regresa antes de mediodía.

—¿Y nuestras provisiones? —Bisbita, muy enfadada, se puso en jarras—. Ni siquiera sabemos cómo vamos a sacarlas de aquí.

—Romperemos una ventana —dijo Cabeza de Fuego arrancando la cabeza a un oso rojo de un mordisco.

—Muy bien. —Bisbita hervía de furia—, para que el Pardo se dé cuenta y jamás podamos volver a entrar aquí.

Cabeza de Fuego dejó de masticar y se quedó pensativo.

—Tienes razón —gruñó—, eso no estaría bien. Quién sabe cuánto nos podremos llevar hoy —y dejando caer al suelo el oso de goma mordido que sostenía entre sus garras, inspeccionó la estancia.

—Eh, Sietepuntos —llamó—, deja de comer y piensa.

Sietepuntos se metió en la boca lo que quedaba de un oso verde y después miró indeciso primero a Bisbita y después a Cabeza de Fuego.

—No sé —dijo desconcertado—, es que con tanta comida alrededor no se me ocurre una sola

idea razonable.

Bisbita le lanzó una mirada severa.

—Lo más importante es llevarnos únicamente lo que pueda saciarnos de verdad y que no sea una carga muy pesada. O sea, galletas, chocolate, nueces, pasas, conservas de pescado, frutos secos si es que los hay, y quizá también pan tostado. Por el momento estoy hasta las narices de latas de conservas. Meteremos todo lo que podamos en esas bolsas de plástico que hay delante de la ventana, las arrastraremos hasta la cama y luego... —frunció el ceño—, luego... no sé seguir.

—¡Pero yo sí! —Cabeza de Fuego sonrió—. Abriréis una de las hojas de la ventana con la palanca que las sujeta. No debería ser difícil. A continuación tiraréis las bolsas de plástico por la ventana y yo esperaré abajo para transportarlas hasta el lindero del bosque. Pero a cambio... —guiñó un ojo a sus dos amigos—, a cambio me largaré un momento.

—¿Qué quieres decir? —Bisbita lo miró con desconfianza.

—Que vosotros llenaréis las bolsas y abriréis la ventana, y mientras tanto yo me ocuparé del transporte.

—¿Qué demonios significa eso? —rugió furiosa Bisbita.

Pero Cabeza de Fuego salió por la puerta, saltó por encima de la piel de oso y desapareció en el dormitorio del Pardo.

Sietepuntos y Bisbita corrieron tras él. Pero únicamente les dio tiempo a verlo desaparecer a toda velocidad entre la chatarra esparcida por detrás de la cabaña.

—¡Ese tipo acabará volviéndome loca! —gruñó Bisbita.

Sietepuntos miraba, horrorizado, por la ventana.

—Siéntate en la cama —le dijo Bisbita y luego trepo por el marco de la ventana hasta la palanca de la que había hablado Cabeza de Fuego—. Ahora intentaré abrir este chisme.

Sietepuntos observó acongojado cómo Bisbita apretaba y daba tirones a la enorme palanca. Finalmente esta se movió un poco. A pesar de todo, en la ventana nada pareció cambiar. Bisbita apretó y estiró jadeando por el esfuerzo. Nada. Finalmente apretó una pierna contra la otra hoja de la ventana. La ventana se abrió con un sonoro chirrido y pasó siseando a un pelo de distancia de la peluda cabeza de Sietepuntos. Bisbita voló por el aire describiendo un amplio arco y aterrizó en el edredón con un sordo golpe.

Cuando apareció, Sietepuntos la miró, admirado.

—¡Lo has conseguido! —exclamó.

Una de las hojas del ventanuco estaba abierta de par en par por encima de sus cabezas. Bisbita trepó de nuevo al alféizar y lanzó una mirada de preocupación hacia el exterior. De Cabeza de Fuego no se veía ni rastro.

—¡Qué le vamos a hacer! —murmuró ella saltando encima de las blandas plumas—. ¡Ven, Sietepuntos! Vamos a llenar unas cuantas bolsas.

Cuando ambos alcanzaron el alféizar con la primera de las bolsas, llena hasta los topes, Cabeza de Fuego ya los esperaba abajo. A su lado tenía un camión grande de plástico, de color verde chillón, con un enorme volquete y un cordel atado a la cabina del conductor para arrastrarlo.

—Bueno ¿qué me decís? —Cabeza de Fuego resplandecía de gozo. Casi reventaba de orgullo.

—¿De dónde has sacado ese trasto? —inquirió Bisbita.

—Pertenece al niño de la segunda caravana —contestó Cabeza de fuego—. Pero nunca juega con él, de modo que tampoco lo echará de menos.

—¡Confiemos en que así sea!

—Tirad la bolsa.

La bolsa atiborrada cayó con un zumbido y aterrizó justo en el camión de juguete.

—¡Diana! —Cabeza de Fuego rio y agarró el cordel—. Apresuraos con el próximo cargamento. Enseguida vuelvo.



El vistoso vehículo traqueteaba tras él y desapareció finalmente junto con Cabeza de Fuego detrás de la gran bañera.

—¿Y las gallinas? —preguntó Sietepuntos, inquieto.

—Se han marchado —afirmó Bisbita—. Venga, vamos a por la siguiente.

En cuanto arrojaban una bolsa desde el alféizar al camión de Cabeza de Fuego, Bisbita lanzaba una mirada preocupada hacia el cielo. Pero el sol no había alcanzado ni mucho menos su posición del mediodía.

—¿Cuántas llevamos? —preguntó Bisbita al de abajo.

—¡Seis! —contestó Cabeza de Fuego.

—Por el momento es suficiente, ¿no?

—¿Pero qué dices? —Cabeza de Fuego alzó hacia ella una mirada de asombro—. Si aún falta mucho para el mediodía.

—Da igual, tengo un mal presentimiento. Creo que llenaremos una bolsa más y nos largaremos enseguida.

Cabeza de Fuego se encogió de hombros.

—Como quieras. A mí me parece una estupidez. Pero haced lo que os apetezca.

—¿Tú qué opinas, Sietepuntos?

El duende rechoncho contrajo nerviosamente las orejas.

—Una bolsa más y a continuación salir disparados de aquí.

—De acuerdo.

Saltaron sobre la cama por última vez y de allí, al suelo. Tras cruzar a toda mecha la habitación de la piel de oso, irrumpieron en el cuarto de las provisiones y subieron a los estantes. Desde allí tiraron unos cuantos paquetes de galletas, varias tabletas de chocolate y una bolsa de cacahuetes y empezaron a embutir todo en la bolsa a la velocidad del rayo.

Cuando oyeron fuera el ruido del motor, se quedaron petrificados. Sietepuntos comenzó a gemir de pánico y se acurrucó en el suelo. Unos pasos pesados se aproximaban a la cabaña.

—¡Deprisa! —Bisbita tiró del lloroso Sietepuntos para ponerlo en pie—. ¡Corre!

Salieron disparados del almacén, pasaron junto a la piel de oso y se encaminaron hacia la puerta del dormitorio. Oyeron girar la llave en la cerradura y el silbido de Cabeza de Fuego llamándolos desde fuera. Justo cuando cruzaban, lanzados, la puerta abierta, Sietepuntos resbaló y cayó al suelo, profiriendo un grito agudo.

—¡Mi pierna, mi pierna! —gimió.

Bisbita lanzó una mirada de desesperación hacia la ventana abierta. En ella apareció el rostro horrorizado de Cabeza de Fuego.

—¡Daos prisa! —lo oyeron jadear.

Tras ellos, la pesada puerta de la cabaña se abrió con un sonoro crujido.

Presa de la desesperación, Bisbita cogió por debajo de los brazos al quejumbroso Sietepuntos y lo arrastró hasta un armarito emplazado detrás de la puerta del dormitorio. Tenía unas patas tan cortas que ella y Sietepuntos podían yacer tumbados debajo. El perro no podría meter por allí ni siquiera el hocico. Bisbita volvió a saludar al horrorizado Cabeza de Fuego, empujó por delante al duende gordinflón y después ella misma se deslizó boca abajo en la protectora oscuridad.

Apenas habían desaparecido sus pies, el perro del Pardo entró en tromba en la habitación y empezó a olfatear el suelo como un poseso.

Cabeza de Fuego lanzó una mirada desesperada al gigantesco animal. Después, con las piernas temblorosas, volvió a deslizarse pared abajo y regresó tan deprisa como pudo al lindero del bosque.

A sus espaldas, Brutus asomó su cabeza negra por la ventana y le ladró furioso mientras se alejaba.

# 10

*En el que dos de nuestros amigos duendes se encuentran en una situación desesperada*



Los roncos ladridos del perro atronaban los oídos de Bisbita. Después oyó un golpe sordo y el ruido de patas aproximándose poco a poco. Sietepuntos se había arrastrado hasta pegarse a la pared, donde se apretaba contra el rodapié. Clavó los ojos dilatados por el terror en la enorme pata que intentaba introducirse por debajo del armario. El perro no paraba de escarbar. Sin embargo sus toscas garras no llegaban hasta los pequeños duendes, que se apretujaban temblando, sin atreverse a respirar siquiera.



—¡Brutus, aparta de ahí! —ordenó el Pardo—. Tenemos otras preocupaciones que los malditos ratones —sus pesadas botas se encontraban ahora justo delante del armario—. Me gustaría saber quién ha estado aquí dentro —lo oyeron despotricar.

Mascullando maldiciones, cerró la ventana y abandonó la habitación a zancadas. El perro apretó por última vez su hocico húmedo debajo del armario antes de seguir a su amo.

Unas cuantas temerosas respiraciones después, el Pardo descubrió la bolsa medio llena en su

almacén.

—¡Malditos cerdos!

Bisbita y Sietepuntos dieron un respingo. Sietepuntos volvió a echarse a llorar en voz baja, pero Bisbita le tapó la boca con la mano.

—¿Tienes idea de quién ha podido ser? —preguntó alguien.

Bisbita contuvo la respiración. Esa no era la voz del Pardo. Allí había alguien más. ¡Lo que faltaba!

—No, no tengo ni idea —oyó decir al Pardo—. En esta región dejada de la mano de Dios, nunca hay nadie. Seguramente habrá sido algún merodeador que deseaba abastecerse para el invierno. Un vagabundo o alguien parecido.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó el otro.

—¿Y qué quieres que haga? —replicó el Pardo entre un montón de juramentos—. Sea como sea, llévate ahora mismo todo esto. Me alegraré de verlo desaparecer.

Bisbita aguzó el oído. ¿Qué es lo que estaba diciendo?

—Bueno, lo que está claro es que ahora recibirás menos dinero por todo esto.

—¿Qué quieres decir?

—Al fin y al cabo han robado bastantes cosas.

—Vale, vale —gruñó el Pardo—. ¡Lo que me faltaba! Muy generoso por tu parte.

—Los negocios son los negocios —repuso el otro entre carcajadas—. ¿Quieres que lo llevemos todo a mi coche ahora mismo?

—Será lo mejor.

Alguien abrió la puerta de entrada y luego durante un rato Bisbita y Sietepuntos sólo oyeron pasos alejándose y volviendo una y otra vez. Las pisadas eran tan ruidosas que Bisbita se atrevió a apartar la mano de la boca de Sietepuntos y susurrarle unas palabras al oído.

—Sietepuntos, tú has observado al Pardo. ¿Cuándo volverá a salir de la casa durante un rato?

Sietepuntos sollozó e intentó pensar. No era fácil. El miedo ofuscaba su mente.

—¿Cuándo, Sietepuntos? —Bisbita lo sacudió—. ¡Vamos, piensa! ¡Deprisa! Mientras todavía estén dando zapatazos por ahí.

—Él... —Sietepuntos inspiró profundamente—, él siempre sale por la noche a hacer otra ronda. Ya sabes. A vigilar las caravanas.

Bisbita asintió.

—Y seguro que hoy lo hará a conciencia —susurró ella—, pensando que por aquí merodean ladrones.

—Pues nosotros no saldremos —gimoteó desesperado Sietepuntos—. ¡Ha cerrado la ventana!

—Tendremos que romperla —replicó Bisbita en voz baja intentando ocultar el miedo de su voz.

—¿Romperla? —Sietepuntos se incorporó aterrado, golpeándose la cabeza contra la parte baja del armario.

—¡Ten cuidado, idiota! —le recriminó Bisbita en voz baja echando chispas—. ¡Romper, sí! Has oído perfectamente. Y después saltar fuera.



—Pero... —el pelaje de Sietepuntos se erizó en todas las direcciones—, pero si es de cristal.

—Claro que es de cristal. ¿Creías acaso que la rompería si fuese de piedra?

Sietepuntos la miró como si hubiera perdido la razón.

—Nos cortará la piel. Y nos partiremos la crisma...

—Y además nos puede atrapar el perro, y entonces todo habrá terminado. Lo sé, lo sé. —

Bisbita aguzó los oídos, pero los pies seguían pateando de un lado a otro.

—¿Es nuestra única posibilidad, Sietepuntos! ¿O acaso esperas que él deje abierta la puerta de la cabaña cuando salga?

Sietepuntos negó con la cabeza.

—No —musitó con voz ronca—, casi siempre la cierra al salir.

—¿Lo ves? ¡Es nuestra única posibilidad! —repitió Bisbita.

—Pero mi pierna...

—O conseguimos llegar a la ventana o nos pudriremos debajo de este armario.

—¿Y Cabeza de Fuego? ¿No podría él...?

—Cabeza de Fuego tampoco puede ayudarnos en esta situación. La puerta es demasiado pesada para él y no puede abrir la ventana desde fuera. Entonces, ¿de acuerdo? —Sietepuntos miró desesperado hacia el suelo del armario, que se encontraba justo encima de su nariz.

—De acuerdo —susurró al fin—, de acuerdo, maldita sea.

—Así me gusta. —Bisbita suspiró, aliviada—. Ahora sólo nos queda esperar.

Las horas siguientes fueron las más espantosas de su larga vida de duendes. Sólo podían permanecer tumbados, esperando a que por fin cayera la noche. El tiempo transcurría con lentitud. Oyeron cómo el otro hombre se despedía del Pardo. Después, en cierto momento, llegó a su nariz olor a panceta asada, y escucharon como el Pardo y su perro porfiaban por zamparse ruidosamente la cena.

Transcurrió un tiempo que se les hizo interminable cuando al fin la luz del día dejó de penetrar por debajo del armario. Pero el Pardo seguía caminando inquieto por la otra habitación. Su perro acudía al cuarto oscuro haciendo ruido con las patas para olfatear y arañar alrededor del armario. En esas ocasiones, en su escondrijo a los dos duendes casi se les paraba el corazón. Luego por fin oyeron chapoteo del agua, los pies desnudos del Pardo pasaron delante de ellos y la enorme cama chirrió al acostarse. Brutus se tumbó delante, gruñendo, y chasqueó la lengua sonoramente. Al final sólo los ronquidos del Pardo y el tictac de su despertador inundaban la oscura habitación.

¡Si al menos hubieran podido hablar entre ellos! Pero tenían que permanecer tumbados en silencio, minuto tras minuto, hora tras hora. Ni siquiera podían dormirse, para no desperdiciar los escasos minutos en los que el Pardo cerraría la casa con llave.

A pesar de todo se durmieron.

El horrible estruendo del timbre del despertador los despertó con tanta rudeza como al Pardo. Se incorporaron, asustados, y se dieron un coscorrón tremendo en la cabeza, lo que les recordó en el acto dónde se encontraban.

Oyeron al Pardo maldecir y calzarse las botas, y luego al perro y a él dirigiéndose a la puerta de entrada. Se deslizaron en silencio hasta las patas delanteras del armario y aguzaron los oídos.

El Pardo abrió la puerta de la calle. En el mismo momento en que la cerraba tras él, Sietepuntos y Bisbita salieron disparados de debajo del armario, corrieron hacia la cama y treparon por ella. A Sietepuntos le dolía muchísimo la pierna, pero apretó los dientes y se abrió paso denodadamente por el blando edredón hasta llegar a la pared. Tras subir hasta el alféizar de la ventana, se encontraron delante del cristal.

—¿Cómo piensas romperlo? —musitó Sietepuntos, sin aliento.

—Empujaremos el tiesto contra él. ¡Vamos!

Agarraron juntos el pesado tiesto situado sobre el alféizar y golpearon con todas sus fuerzas el borde contra el cristal. Este saltó en pedazos con estrépito. Bisbita retiró de una patada unas esquirlas altas, salió por el agujero abierto y saltó abajo sin vacilar. Sietepuntos oyó aproximarse unos pasos apresurados. Eso le hizo olvidar su miedo a los cristales y a la altura. Apretando las mandíbulas, atravesó el agujero de bordes afilados, cerró los ojos y saltó. Se estrelló con dureza contra el suelo, entre tallos de hierba tiesos por la helada y piedras duras. Alguien lo puso en pie tirando de su brazo.

—Vamos, Sietepuntos —le susurró Bisbita al oído—. Acompáñame, lo conseguiremos.

Se tambaleó detrás de ella, preso del estupor. El lindero del bosque parecía a una distancia infinita. Los ladridos del perro rompieron el silencio nocturno, y la voz iracunda del Pardo mascullaba continuas maldiciones en medio de la noche.

Una sombra se deslizó hacia ellos, agarrando por el brazo a Sietepuntos.

—Vamos, te ayudaré.

—Cabeza de Fuego —suspiró su amigo, aliviado.

—Claro, hombre —repuso el aludido en voz baja—, ¿quién iba a ser si no?

Poco después los tres alcanzaron la protección de los árboles. Sietepuntos intentó tumbarse enseguida en cualquier sitio debajo de los helechos y dormirse. Pero Bisbita y Cabeza de Fuego se lo llevaron de noche a través del bosque hasta que llegaron a su casa. Tras cruzar tambaleándose la estrecha entrada, se desplomaron exhaustos sobre las hojas blandas.

—¡Cómo me alegro de teneros aquí de nuevo! —Cabeza de Fuego se sentó, mirándolos radiante.

—Ahora ante todo dormid, yo saldré a echar un vistazo para comprobar si el Pardo ha vuelto a acostarse. Si es así, me encargaré de traer el botín.

Bisbita se incorporó y lo miró preocupada.

—¿Dónde está?

—En un árbol hueco en el lindero del bosque. Bien escondido. No quise perder de vista la cabaña del Pardo mientras vosotros estuvisteis dentro. Por eso no me he llevado nada todavía.

—Te ayudaré.

—Bobadas. Tú, a dormir. —Cabeza de Fuego se levantó y guiñó un ojo a Bisbita—. Yo tengo mi camión.

Y al instante, desapareció. Bisbita hizo ademán de correr tras él, pero después volvió a reclinarsse en las blandas hojas junto a Sietepuntos, que roncaba como un bendito, y se quedó dormida en el acto.

# 11

*Que termina con un final feliz y atiborrado*



Cuando Bisbita se despertó, le zumbaba la cabeza. Se palpó el cráneo con exquisito cuidado. En el medio, justo entre las orejas, un chichón de considerable tamaño, recordatorio doloroso del armario del Pardo, abombaba su pelaje liso. Bisbita, suspirando, se sentó y atisbo a su alrededor. Sietepuntos seguía roncando en el lugar donde lo habían tumbado. Y Cabeza de Fuego por lo visto se había pasado la noche trabajando. A su alrededor se apilaban cajas de galletas, tabletas de chocolate y el resto de lo que habían birlado en casa del Pardo.

Bisbita se abrió paso entre tantas exquisiteces y salió al exterior. El camión de juguete estaba bien oculto debajo de un montón de hojas entre las ramas del árbol muerto. Y dos pies negros se balanceaban justo delante de su nariz.

—¿Qué, has descansado bien? —Cabeza de Fuego, sentado en una rama gorda por encima de ella, le sonreía.

Bisbita trepó y se sentó a su lado.

El tiempo era similar al de la jornada anterior, un soleado y *claro día* de invierno.

—Seguro que sí. Nosotros, mi camión y yo, nos hemos pasado la noche trabajando.

Bisbita sonrió.

—¿Tú qué opinas? —miró, inquisitiva, al duende pelirrojo—. ¿Crees que tendremos bastante para pasar el invierno?

—En circunstancias normales, sí —contestó Cabeza de Fuego, rascándose detrás de sus largas orejas—. Pero el invierno es traicionero. Uno nunca sabe bien lo largo y frío que será. No estaría mal que volviéramos en algún momento a por otro cargamento.

Bisbita negó con la cabeza.

—Olvídalo —replicó—. El Pardo lo vendió todo ayer.



—Que vendió a alguien todas sus provisiones. Y se las llevaron enseguida. Sietepuntos y yo oímos cómo las transportaban poco a poco hasta el coche.

—¡Oh, no! —Cabeza de Fuego dio un puñetazo furioso en la rama sobre la que se sentaban—. ¡Qué mala suerte!

—Pues yo me alegro muchísimo —replicó Bisbita—. No sé si habría tenido valor para entrar de nuevo allí. Así pues, no nos queda más remedio que arreglárnoslas con lo que tenemos.

—La piel nos bailará encima de los huesos cuando llegue la primavera —suspiró Cabeza de Fuego.

—Sí, Sietepuntos sobre todo sufrirá mucho. —Bisbita sonrió sardónica—. Ah, por cierto, se ha hecho daño en una pierna. Convendría que le echaras un vistazo, tú entiendes un poco de esas cosas.

—Lo haré. —Cabeza de Fuego asintió—. Y después celebraremos nuestro botín con un desayuno opíparo.

Cuando entraron agachándose en la cueva, Sietepuntos se quitaba el sueño frotándose los ojos. Les sonrió, cansado.

—Buenos días, héroe —saludó Cabeza de Fuego—. ¿Qué tal tienes la pierna? ¿Quieres que la examine ahora o después de desayunar?

Sietepuntos se palpó, cauteloso, la pierna izquierda. Al tocar el tobillo, dio un respingo. Estaba muy hinchado y le dolía mucho.

—Creo que me he torcido el tobillo —anunció—. Pero... creo que resistiré sin problemas hasta después del desayuno —añadió relamiéndose los labios peludos con su lengua pequeña y puntiaguda.

Fue un desayuno maravilloso: tres clases de galletas y un trozo de chocolate para cada uno. Después, Cabeza de Fuego vendó la articulación hinchada con fuertes bandas de tela que trajo especialmente de su casa. Hecho esto, repartieron en tres grandes montones su botín nocturno y calcularon lo que les tocaría cada día si el invierno tenía la duración habitual. Comprobaron aliviados que sus preocupaciones por las provisiones invernales habían llegado a su fin. No sería un invierno muy abundante, pero desde luego no se morirían de hambre.

—¡Tengo una idea! —exclamó Bisbita—. ¿Qué os parecería pasar juntos el invierno aquí, en la cueva de Sietepuntos? Por las noches podríamos acurrucarnos bien juntitos para combatir el frío. Además, nos evitaríamos distribuir las provisiones por nuestras madrigueras. Y las largas noches de invierno seguro que serán mucho más divertidas si cada uno de nosotros no está solo en su hogar. ¿Qué me dices, Sietepuntos?

Este esbozó una sonrisa deslumbrante.

—¡Oh, me parecería genial! —exclamó entusiasmado—. De todos modos este sitio es demasiado amplio para uno. Y siempre me aburro terriblemente cuando estoy solo, sobre todo después de oscurecer.

—¡Entonces, decidido! —sentenció Cabeza de Fuego—. Mañana mismo traeré mis cosas y atrancaré mi casa hasta la primavera.

—Yo también traeré mi calcetín de dormir —dijo Bisbita.

Total, que la noche siguiente durmieron tres duendes en la cueva de Sietepuntos, y la siguiente, y muchas más. Fuera aumentaba el frío, pero la vieja madriguera de conejos situada bajo las ramas del árbol caído era cálida y confortable. Y sus tres moradores no tenían otra cosa que hacer salvo comer, dormir, rascarse, reír, contar cuentos y prepararse para pasar un invierno que no sería peor que los anteriores y quizá incluso un poco mejor.

# Segunda Parte



# 1

## *En el que llega definitivamente el invierno y con él un huésped sorprendente*



Una mañana, cuando Cabeza de Fuego asomó su nariz negra por la madriguera de Sietepuntos, gruesos y blandos copos de nieve volaron hacia él. Durante la noche el mundo se había vuelto blanco. Hasta las ramas más diminutas estaban envueltas en algodón centelleante,

helado. Las amarillas hierbas invernales se doblaban hacia el suelo bajo su carga blanca, y la copa desnuda y muerta del árbol se erguía hacia el cielo gris por encima de su cabeza como un palacio de hielo.

—¡Ha nevado! —gritó Cabeza de Fuego dentro de la cueva, y se puso a patear enloquecido la nieve blanda y fría con sus pies negros. La capa blanca aún no era muy gruesa: sólo sus pies desaparecían en ella. Pero casi se podía observar su crecimiento, tan grandes eran los copos que caían del cielo repleto de nieve.

—¡Hurraaa! —gritó Cabeza de Fuego tirándose cuan largo era.

Tras levantarse de un salto, sacudió los tallos de los helechos muertos y dejó que la lluvia de nieve lo convirtiera como por arte de magia en un duende blanco.

—¡Brrrr, nieve! —Sietepuntos miraba, malhumorado, el cielo gris desde la abertura de su cueva—. Y ahí arriba todavía queda un montón de esa sustancia horrible esperando caer. ¡Puaj, qué rabia!

—¡Me encaaaaanta la nieve! —gritó Cabeza de Fuego corriendo alocado entre las hierbas nevadas—. Está fría y mojada, pero me encanta.

—Sobre gustos no hay nada escrito —gruñó Sietepuntos—. Yo prefiero volver a tumbarme entre las hojas y no volver a salir hasta que se haya derretido —y al momento su cabeza gorda desapareció.

A cambio apareció la de Bisbita.

—¡Nieve! —exclamó con el rostro resplandeciente de alegría.

Olfateó con placer el fresco y húmedo aire invernal. Después cogió un puñado de nieve y lo lamió entusiasmada.

—Hmmm —dijo, terminó de deslizarse fuera de la cueva y comenzó a pasear con veneración por la zona de la alfombra blanca que Cabeza de Fuego no había pisoteado todavía.

Entretanto el duende negro se había quedado sin resuello de tanto corretear enloquecido y se apoyó jadeando en un árbol.

—¿Sabes una cosa? —dijo—. Me apetecería pasarme por mi vieja casa a echar un vistazo. A lo mejor ya se ha helado el arroyo y podemos deslizarnos por encima. ¿Te parece bien?

—¿No crees que puede ser peligroso? —preguntó Bisbita—. Ya sabes... por los zorros y todo eso. Cuando todo está tan blanco te ven con una facilidad tremenda.

—¡Bah! —Cabeza de Fuego esbozó un ademán de desdén—. Los zorros acechan ahora cerca de los gallineros... Bueno, suponiendo que todavía quede alguno. Llevo una eternidad sin ver ninguno. Quizá nos encontremos a algunos paseando por los caminos, pero al fin y al cabo siempre se los oye y ve a tiempo... dado el estrépito que suelen armar. Bueno, qué ¿me acompañas o no?

—De acuerdo —asintió Bisbita—. Espera un segundo... Se lo diré a Sietepuntos —corrió de vuelta a la cueva—. ¡Eh, Sietepuntos! —gritó—. Vamos a emprender una excursioncita a la cueva de Cabeza de Fuego. ¿Quieres venir?

Unos gruñidos somnolientos brotaron del interior por toda respuesta.

—No os preocupéis, id solos. Yo me quedo.

—De acuerdo, entonces hasta luego.

—Nunca en mi vida he conocido a un duende tan dormilón y tragaldabas como él —rio Cabeza de Fuego.

Bisbita sonrió.

—Yo tampoco.

—Espera —dijo Cabeza de Fuego—, recogeré mi camión y luego podremos irnos —salió disparado hacia el sitio donde tenía escondido su tesoro y tiró de él, sacándolo de debajo de la nieve, hojas y ramas—. Listo —añadió sonriendo—, en marcha.

Echaron a andar. La cueva de Cabeza de Fuego estaba a un buen trecho de distancia del hogar de Sietepuntos. Pero el mundo parecía tan hermoso esa mañana que no sentían ni frío en sus pies ni cansancio en sus piernas.

—En realidad todos los inviernos son iguales —reconoció Bisbita mirando boquiabierta las nevadas copas de los árboles—, pero siempre me parece maravilloso.

—Lo mismo me ocurre a mí —admitió Cabeza de Fuego—. El único problema es que como estás todo el rato mirando hacia arriba, a las ramas nevadas, tropiezas sin parar.

—Cierto —asintió Bisbita riendo—. Y si la nieve cae en abundancia, hay que extremar las precauciones para no hundirse en ella por completo.

—Para evitarlo, yo siempre me ato una corteza de árbol debajo de los pies —informó Cabeza de Fuego—, se lo copié a un humano.

—¡Qué buena idea! Mira, ahí delante está el puente.

—¿Viene alguien por el camino?

Bisbita, tras atisbar a derecha y a izquierda, sacudió la cabeza.

—No.

Subieron veloces al puente nevado y contemplaron el arroyo. Las orillas estaban heladas, pero



por el centro del lecho del río aún fluía el agua entre las piedras.

—¡Qué pena! —se lamentó Cabeza de Fuego—. Ven, bajemos a mi cueva.

Entretanto había dejado de nevar. El bosque estaba inmóvil y silencioso. Sólo se oía el chapoteo del arroyo.

—Parecemos liebres de las nieves —dijo Bisbita cuando llegaron debajo del puente y se retiró la nieve del pelaje pardo a palmadas.

Cabeza de Fuego se limitó a sacudirse enérgicamente un par de veces. Después comenzó a sacar la paja con la que había taponado la entrada de su cueva.

—Qué raro —murmuró—, juraría que había metido mucha más paja. En fin... —introdujo la cabeza por el oscuro agujero, y retrocedió bruscamente, como si le hubiera atacado una serpiente venenosa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bisbita preocupada.

—Hay alguien dentro.

—¿Una rata?

Cabeza de Fuego negó con la cabeza.

—No, creo que es un duende —y volvió a deslizar con cuidado la cabeza dentro del agujero.

Bisbita, impaciente, intentó echar una ojeada al visitante desconocido, pero en la oscuridad de la cueva no acertó a distinguir nada.

—Está durmiendo —le cuchicheó finalmente Cabeza de Fuego.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Bisbita, observando con inquietud la entrada de la cueva.

Cabeza de Fuego se encogió de hombros.

—Despertarlo, ¿qué si no? Y preguntarle, o preguntarla, porque a lo mejor es una chica, qué ha venido a hacer a mi cueva. Tú espera aquí —y desapareció en el interior de su madriguera.

Bisbita se agachó y lo siguió con la vista. Pero no pudo distinguir gran cosa. Cabeza de Fuego se inclinaba sobre una figura que yacía inmóvil. Bisbita vio de manera borrosa unas orejas afiladas, pelaje hirsuto, brazos y piernas peludos; sí, se trataba de un duende, sin ningún género de dudas.

Cabeza de Fuego sacudió suavemente por el hombro al huésped no invitado.

—¡Eh, despierta! —le oyó decir Bisbita—. ¡Despierta de una vez! ¿Qué estás haciendo aquí?

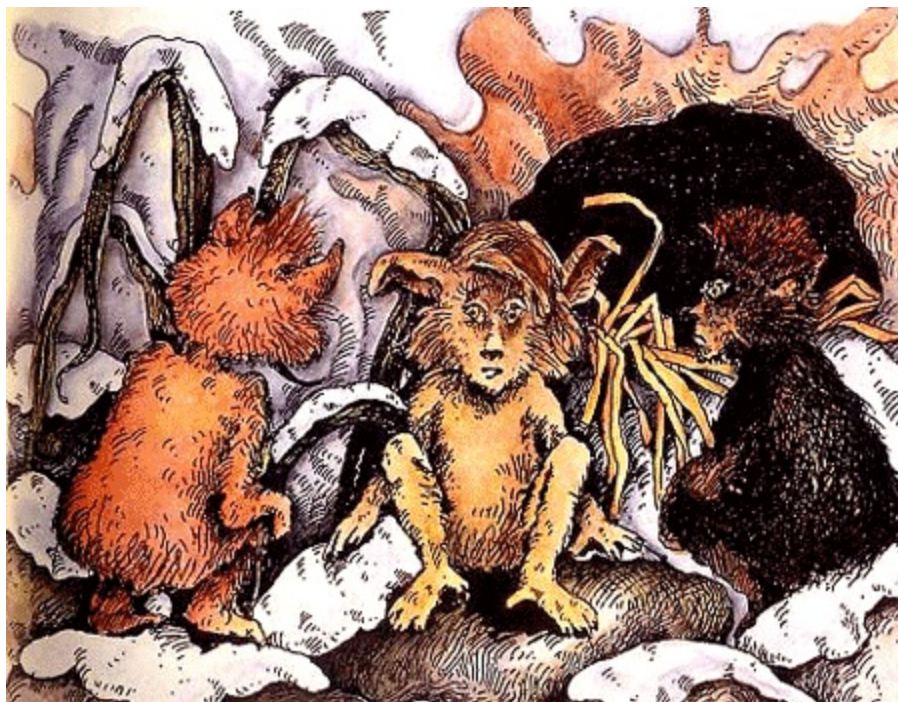
La figura se incorporó aturdida por el sueño y miró sorprendida a Cabeza de Fuego. Luego murmuró algo incomprensible y se puso de pie, tambaleándose. Cabeza de Fuego la sostuvo y la ayudó a salir de la angosta cueva. Cuando la clara luz del día cayó sobre ambos, el acompañante de Cabeza de Fuego se protegió la cara con las manos y se dejó caer sobre una de las piedras que bordeaban la orilla del arroyo. Después de un buen rato bajó las manos y Bisbita y Cabeza de Fuego lo miraron mudos de asombro.

—¡Libélula Azul! —balbuceó Bisbita—. Pero... pero ¿qué estás haciendo en casa de Cabeza de Fuego? —asustada, paseó su mirada por el pelaje apagado y enmarañado del otro—. Tienes un aspecto horrible —añadió, acariciando preocupada su cabeza de color arena. Sobresaltada, reparó en que Libélula Azul temblaba.

—¡Por todos los cielos! —exclamó Cabeza de Fuego escudriñando inquieto los ojos

enrojecidos de Libélula Azul—. ¿Qué te ha sucedido?

—Salí a ver mundo —les contó Libélula Azul con tono cansado—. Partí hace una semana porque, sencillamente, ya no sabía qué hacer. No fui capaz de reunir provisiones para el invierno. Pero —sonrió débilmente—, vosotros también os habréis enfrentado al mismo problema este invierno.



—Desde luego —gruñó Cabeza de Fuego—. ¿Te marchaste con Cola de Milano?

Libélula Azul asintió y se apoyó, extenuado, contra el talud nevado.

—Pero nos separamos muy pronto. No conseguimos ponernos de acuerdo en cuál era el camino correcto.

—No me lo tomes a mal —dijo Cabeza de Fuego—, pero no tienes pinta de haberlo encontrado tú.

—Desde luego que no. —Libélula Azul suspiró—. Vagué perdido, me peleé con unas cornejas y un perro asilvestrado y al final me dije a mí mismo: si tienes que morirte de hambre, Libélula Azul, que sea al menos en casa. Así que di media vuelta y caminé en la dirección que pensaba que conducía hasta mi madriguera.

—¿Y después? —preguntó Bisbita, que estaba en ascuas.

—Al principio tuve suerte y conseguí birlar a unos trabajadores forestales uno de sus paquetes de desayuno. ¡Qué feliz me sentí! Sólo que por desgracia esa estupenda comida nunca fue a parar a mi estómago.

—¿Por qué? ¿Qué te sucedió?

Libélula Azul cerró los ojos un instante.

—Me disponía a guarecerme entre los arbustos con mi botín —prosiguió en voz baja—, cuando de repente se me echaron encima... ¡duendes como nosotros! Diez, veinte, cualquiera sabe. Me arrancaron el paquete de las manos, me agarraron, me sacudieron y me hicieron caer de rodillas. Uno de ellos, plantándose ante mí muy abierto de piernas, me espetó con voz suave y

amenazadora: «Muchas gracias por tu generosa dádiva». Después me cogieron por el pescuezo y entre feroces carcajadas me empujaron por una empinada ladera. Luego ya no sé cómo logré llegar hasta aquí. De algún modo conseguí arrastrarme siempre hacia el norte, hasta que de pronto me encontré encima de este puente. Entonces recordé que Cabeza de Fuego vivía debajo de un puente igual y bajé hasta aquí —agachó la cabeza y enmudeció.

Cabeza de Fuego y Bisbita se limitaban a mirarlo con incredulidad.

Cabeza de Fuego fue el primero en recuperar el habla.

—¡Nunca en mi vida había escuchado una historia tan asquerosa! —balbuceó, mientras sus ojos desprendían un fuego verdoso—. En los muchos años que llevo viviendo en este bosque he tenido que pelearme con cazadores ansiosos por apretar el gatillo, zorros hambrientos y gatos vagabundos. He tenido que ponerme a salvo de niños que pretendían llevarme a sus casas como animal de peluche... pero duendes que asalten a otros y los empujen pendiente abajo... ¡qué asco! —Cabeza de Fuego se estremeció de furia—. Eso no me ha sucedido jamás. Alguna pelea que otra, sí. Pero quitarle a alguien la comida y dejarlo tirado en el bosque para que muera de hambre... Podría —se le quebró la voz de furia—, ¡podría explotar de rabia!

—¡Y además tantos contra uno! —gruñó Bisbita pasando su brazo por los flacos hombros de Libélula Azul con ademán consolador—. ¿No tienes idea de quiénes eran?

Libélula Azul sacudió, fatigado, la cabeza.

Bisbita se mordía las garras, pensativa.

—No me gusta nada este asunto —murmuró—. Lo que se dice nada —sacudió la cabeza—. Pero de momento, tendremos que olvidarnos de ellos. Apuesto a que Libélula Azul está a punto de desmayarse de hambre, ¿a que sí?

—Ya casi se me ha olvidado comer —se lamentó Libélula Azul. Y después dirigió a Bisbita una mirada incrédula—. ¿Pretendes decir acaso que tenéis comida?

Bisbita asintió.

—Sea lo que sea, algo te tocará —le comunicó Cabeza de Fuego, levantándose—. ¿Qué opinas? ¿Podrás caminar durante el largo trayecto? Tenemos todas nuestras provisiones en casa de Sietepuntos.

—Lo intentaré —contestó Libélula Azul incorporándose.

—¿Sabes una cosa? —Cabeza de Fuego le hizo un guiño—. Se me acaba de ocurrir una idea genial. ¡Te llevaremos en coche!

Libélula Azul lo miró sin comprender.

—Créeme, te lo aseguro. —Cabeza de Fuego sonrió satisfecho—. En cuanto tape mi cueva nos pondremos en marcha.

*En el que juegan una mala pasada al pobre Sietepuntos y los días de calma y saciedad finalizan bruscamente*



Poco después, Cabeza de Fuego y Bisbita colocaban encima del camión al extenuado y maltrecho Libélula Azul. Tras enroscarse en el volquete, se durmió al momento.

—Cabeza de Fuego, estoy muy preocupada —susurró Bisbita.

El cielo sobre ellos estaba casi tan blanco como la nieve y el sol era un tenue resplandor detrás de las nubes.

—Sí, lo sé —contestó Cabeza de Fuego en voz baja—. Te gustaría tanto como a mí saber dónde se han metido esos despreciables individuos.

—¡Exacto! —confirmó Bisbita—. A partir de ahora tendremos que tener los ojos bien abiertos.

—Sí —suspiró Cabeza de Fuego—, y una boca más nos obligará seguramente a pasar hambre unos días.

—Es inevitable. —Bisbita se encogió de hombros—. Tendremos que confiar en que la primavera se adelante o en hallar algún botín inesperado.

—¿Quién sabe? A lo mejor Cola de Milano regresa pronto —intervino Cabeza de Fuego— cargado con un montón de bocadillos y de galletas. Aunque al pensar en la terrorífica historia de Libélula Azul, sólo deseo que regrese sano y salvo.

Continuaron el camino en silencio. Comenzó a nevar nuevamente. El dormido Libélula Azul pronto quedó cubierto por una fina capa de nieve, y también Bisbita y Cabeza de Fuego tuvieron gorros de nieve sobre sus cabezas en un abrir y cerrar de ojos. Arrastrar el camión era una tarea cada vez más fatigosa.

Estaban cerca de su destino, cuando Bisbita se paró de repente.

—¿Qué es eso? —preguntó mirando fijamente el suelo nevado—. ¿Ves eso, Cabeza de Fuego? Incluso bajo la nieve recién caída se veía con claridad que allí habían pisado muchos pies hacía algún tiempo... pies de duende.

—¡Maldición! —masculló Cabeza de Fuego.

Allí delante estaba el árbol muerto que albergaba la madriguera de Sietepuntos. Y el ancho rastro pisoteado que la nieve iba ocultando lentamente conducía justo hasta allí.

—¡Deprisa! —gritó Cabeza de Fuego dejando caer en la nieve la cuerda del camión de juguete.

Pero Bisbita ya había echado a correr. Cuando llegó a la copa del árbol, vio para espanto suyo que muchas de las ramas muertas estaban partidas y rotas. Despotricando, se deslizó entre las ramas para dirigirse a la entrada de la cueva.

—¡Sietepuntos! —gritó—. ¡Eh, Sietepuntos!

Tras ella llegó, jadeando, Cabeza de Fuego.

—¿Dónde está? ¿Se encuentra bien?

—No lo sé. —Bisbita irrumpió de un salto en la cueva y escudriñó a su alrededor.

La cueva estaba vacía. Todas sus provisiones habían desaparecido.

—¡Oh, no! —gimoteó Cabeza de Fuego.

De uno de los numerosos pasadizos laterales llegaron unos gruñidos amortiguados. Corrieron hacia allí. Sietepuntos yacía en la oscuridad atado como una larva de mariposa e intentaba desesperadamente escupir una hoja arrugada que le habían metido en la boca a modo de mordaza.



—¡Sietepuntos! —Bisbita sacó la mordaza al duende regordete con dedos temblorosos, mientras Cabeza de Fuego sin más preámbulos le rompía las ligaduras a mordiscos.

—¡Ay, lo siento mucho! —sollozó Sietepuntos—. Se lo han llevado todo. ¡Pero es que eran muchos!

—Está bien —lo consoló Bisbita—, tranquilízate.

—¿Tranquilizarme? —clamó Sietepuntos—. ¿Cómo voy a tranquilizarme? Ahora nos moriremos de hambre, maldita miseria.

—¡Aquí no se va a morir de hambre nadie! —bramó iracundo Cabeza de Fuego, temblando de rabia—. Recuperaremos hasta la última galleta, te lo prometo, hasta la última tableta de chocolate. ¡Esos canallas no se quedarán ni un bocado!

—¿Y cómo piensas conseguirlo? —preguntó Sietepuntos, incorporándose.

—Aún no lo sé —contestó Cabeza de Fuego—, pero lo recuperaremos todo.

—Sí, lo haremos —gruñó Bisbita enfadada—. ¡Y después quiero descansar por fin en este maldito invierno!

En silencio, salieron uno tras otro de su hogar expoliado al aire libre. Entretanto, caía una

nieve tan espesa que no se veía ni a un paso de distancia.

—Maldición —renegó Bisbita—, dentro de unos minutos sus huellas habrán desaparecido por completo. ¿Cuánto tiempo hace que se fueron, Sietepuntos?

—Un buen rato —respondió Sietepuntos sorbiéndose los mocos—. Creí que iba a pudrirme, de tanto tiempo como pasé tirado en la oscuridad.

—En ese caso carece de sentido seguirlos —comentó Cabeza de Fuego con expresión sombría. De repente, se dio una palmada en la frente—. ¡Ay, madre!, nos hemos olvidado por completo de Libélula Azul. Volved a la cueva, yo lo traeré —y un instante después desapareció entre los remolinos de nieve.

—¿Libélula Azul? —Sietepuntos miró confundido a Bisbita—. ¿Cómo es eso? Creí que había desaparecido.

—Es una larga historia —contestó su amiga—. ¿Qué te parece si te la cuento dentro de la cueva?

Poco tiempo después los cuatro se sentaban, cariacontecidos, en la cueva vacía.

—¿Y cómo pudieron llevárselo todo? —preguntó Bisbita.

—Traían unos sacos enormes —explicó Sietepuntos.

—Claro, y no te dirían amablemente quiénes eran, ¿verdad?

—Por supuesto que no. —Sietepuntos suspiró—. Se limitaban a vociferar y hacer chistes malvados a mi costa. Y celebraban a gritos lo buenos tipos que eran.

Cabeza de Fuego soltó un profundo gruñido.

—Sé que en los últimos años nosotros también hemos cometido algún que otro robo juntos. Pero, maldita sea, una cosa es birlar un poco a los humanos, que están a punto de explotar de tanto comer. Al fin y al cabo ellos llevan años esquilmando el bosque y no nos dejan ni siquiera unas míseras bayas para vivir. Pero robárselo todo a tus propios congéneres para que luego perezcan de hambre, es lo más perverso que he visto jamás.

—No te alteres —le recomendó Bisbita—. Es inútil. Mejor piensa dónde podrían haber transportado nuestras provisiones. Tenemos que recuperarlas rápidamente o muy pronto el hambre nos impedirá salir de la madriguera —se volvió de nuevo al duende rechoncho—. Sietepuntos, ¿comentaron algo sobre a la distancia que hay hasta su guarida? ¿O adónde tenían que transportar su botín?

Sietepuntos frunció su ceño peludo y reflexionó. De pronto su rostro se iluminó.

—Sí, ahora lo recuerdo —contestó mirando a los otros muy excitado—. Correteaban como locos por la cueva, contando chistes estúpidos, y entonces uno de ellos se enfadó como una bestia y...

—¿Era un tipo delgado? —lo interrumpió Libélula Azul—. ¿Con el pelaje blanco como la nieve y diminutas manchas negras en la barriga?

—¡Sí, exacto! —Sietepuntos lo miró, asombrado—. Con una voz extrañamente suave.

—Tiene que ser el mismo del que os he hablado —informó Libélula Azul muy alterado—. El mismo que capitaneaba la banda que me asaltó a mí.

—Ese parece ser el jefe —gruñó Cabeza de Fuego—. Es típico. Esas bandas idiotas siempre

tienen un jefe.

—Bueno, con eso queda definitivamente demostrado que se trata de la misma banda —aseguró Bisbita—. Es casi tranquilizador que no vaguen por aquí dos hordas iguales. Dime, Sietepuntos, ¿qué dijo ese jefe?

—Les echó un rapapolvo. Dijo que se dejaran de majaderías y metieran todo en los sacos para poder llegar a su guarida antes de anochecer.

—Aaaah —dijo Cabeza de Fuego—, ahora sí que se pone interesante la cosa. ¿Dijo ese indeseable algo más?

Sietepuntos frunció el ceño.

—¡Sí! Que si seguía nevando así les costaría mucho subir la pendiente con esos sacos tan pesados.

—¡Muy interesante! —Cabeza de Fuego se volvió hacia Libélula Azul—. ¿Tienes idea en qué dirección está el lugar donde te asaltaron?

—Debió ser al sur —contestó Libélula Azul.

—Bueno, no está mal. —Cabeza de Fuego esbozó una sonrisa triunfal—, con ello ya tenemos una pista. Eso sí que he podido observarlo en sus huellas: proceden del sur y han vuelto al sur. Eso nos proporciona una dirección, aunque sea vaga —se levantó y comenzó a recorrer la cueva de arriba abajo—. ¿Qué más sabemos? Que su madriguera está a tal distancia de aquí que les permite llegar con su pesada carga antes de anochecer. Sietepuntos, ¿es verdad que se presentaron aquí poco después de habernos ido nosotros?

Sietepuntos asintió.

—Creo que no llevabais ni media hora fuera. Yo aún no había vuelto a dormirme.

—Eso significa que su guarida debe de estar de aquí a seis o siete horas como máximo. Y seguro que todavía podemos descontar algo, porque a fin de cuentas transportan mucha carga.

—Yo nunca he ido tan lejos —dijo Bisbita—. Ninguno de nosotros ha llegado nunca tan al sur.

—Yo sí —dijo Libélula Azul—, pero no me complace recordarlo.

—¿Cómo es aquello? —le preguntó Sietepuntos, preocupado.

—El bosque es mucho más espeso que aquí —contó Libélula Azul—, los árboles más altos y corpulentos, y en algunos lugares la maleza entre ellos es casi impenetrable. En un par de ocasiones me vi obligado a cambiar de dirección, pues el suelo estaba tan cenagoso que tuve miedo de hundirme. Y por todas partesapestaba a lechuzas y a zorros.

—¿Atravesaste también territorios muy montañosos? —preguntó Cabeza de Fuego.

Libélula Azul sacudió la cabeza.

—No, no me acuerdo de eso.

—Tal vez tengan su guarida en la cima de una colina —comentó Cabeza de Fuego meditabundo—. Porque su jefe habló de una pendiente.

—Podría ser —apuntó Bisbita—, pero también podría haberse referido a una colina cualquiera o a una cuesta empinada.

—Podría, podría... —gruñó Cabeza de Fuego—, no seas tan pesimista.

Sietepuntos carraspeó.

—Se me ha ocurrido una idea —dijo con voz insegura—, pero no sé...

—¿Cuál? —quiso saber Bisbita.

—Creo que deberíamos pedir consejo a Milvecesbella —opinó Sietepuntos—. Ella viajó mucho cuando se fue a hacer su aprendizaje. A lo mejor ella sabe dónde hay colinas al sur, o una guarida que permita a un tropel de duendes esconderse.

—¡Es una idea genial, Sietepuntos! —exclamó Cabeza de Fuego.

El duende regordete sonrió y se acarició el pelaje con timidez.

—¿Y dónde vive ahora Milvecesbella?

—Encima de un árbol, igual que yo —respondió Bisbita—. En un nido de ardillas abandonado, a poco más de una hora de camino de aquí. ¿Qué os parece si le hago una visita hoy mismo? Podría estar de regreso mañana temprano.

—¿Piensas ir sola? —preguntó Sietepuntos.

—Claro. Así tú podrás reponerte del asalto, y mientras estoy fuera Cabeza de Fuego conseguirá una ración de comida extra para el desfallecido Libélula Azul.

—No sé dónde voy a conseguirla —rezongó Cabeza de Fuego.

—Donde los humanos alimentan a los patos. Ya sabes. Allí siempre se encuentran unos mendrugos de pan.

—De acuerdo —refunfuñó Cabeza de Fuego—. No me apetece nada, pero lo haré. Mientras, estos dos —lanzó una mirada sombría a Sietepuntos y a Libélula Azul— pueden quedarse aquí tumbados a la bartola como dos vagazos.

—¡No te sulfures tanto! —Bisbita se puso de pie sonriendo—. Me pondré en camino ahora mismo —corrió hacia la entrada de la cueva y miró fuera—. Sigue nevando —afirmó—. Llegaré a casa de Milvecesbella convertida en una mujer de nieve.



# 3

*En el que la anciana Milvecesbella tiene algo que contar a Bisbita*



Nevaba y nevaba. Los copos habían disminuido de tamaño, pero en cambio eran más espesos. Bisbita llevaba casi dos horas andando. Con ese tiempo su marcha era mucho más lenta de lo esperado. Su pelaje pardo había desaparecido ya bajo una verdadera costra de

nieve en la espalda y la cabeza. Se paraba continuamente para sacudirse del pelo los copos helados que se le adherían cada vez más. Debajo de los pies se había atado dos grandes trozos de corteza de árbol, tal como le había aconsejado Cabeza de Fuego. Gracias a eso había conseguido llegar tan lejos. A pesar de todo, tenía las piernas cansadas y se le iba la vista a causa de la blancura deslumbrante que la rodeaba.

Anocheía. Bisbita apretó el paso. Por lo que recordaba, el nido de Milvecesbella estaba en un haya vieja y gigantesca. Pero hacía mucho, mucho tiempo que Bisbita no recorría aquellos parajes. Y la nieve y la oscuridad creciente hacían que todos los árboles pareciesen iguales.

A pesar de todo, tenía la sensación de que debía ser en algún lugar de aquella zona.

—Detrás del haya había un árbol hendido por un rayo —murmuró Bisbita—. Tendría que poder verlo —se detuvo y escudriñó atentamente a su alrededor.

Y en efecto, ¡allí estaba! Soltó un suspiro de alivio. A pocos metros a su derecha un haya gigantesca se alzaba al cielo, y tras ella había otra, más pequeña, cuyo tronco estaba hendido casi hasta el suelo.

Bisbita corrió a toda prisa por el nevado suelo del bosque hasta que el poderoso tronco se alzó al cielo justo delante de ella. Muy arriba vio el gran nido redondo suspendido en la copa del árbol.



—Ay, será una escalada muy larga.

Se quitó de los pies los trozos de corteza y los clavó en la nieve, junto al tronco. Después clavó las garras en la corteza plateada y comenzó a trepar por la madera lisa.

Después de la larga caminata sus piernas no estaban precisamente indemnes, y los copos arremolinándose no facilitaban la ascensión. Por suerte sólo tuvo que trepar un corto trecho por la copa del árbol. Jadeando, iba colgándose de rama en rama en dirección al nido. En un par de ocasiones se oyó un chasquido peligroso. Pero ninguna de las ramas llegó a partirse.

La abertura redonda del nido de Milvecesbella estaba cuidadosamente taponada.

«¡Se ha ido!», pensó horrorizada Bisbita. La rama de la que estaba colgada oscilaba al viento. Lanzó una mirada nerviosa a las profundidades y oyó como si escarbaran dentro del nido de ardillas.

—¿Milvecesbella? —gritó, arañando con sus finas garras la pared del nido—. ¿Estás ahí?

Los arañazos del nido se tornaron más ruidosos, y un segundo después una mano pequeña y delgada apartó a un lado las hojas que cerraban la entrada del nido. Una cabeza de duende estrecha y gris asomó por la abertura y miró asombrada a Bisbita con sus enormes ojos negros.

—¿Eres tú, Bisbita? —preguntó la anciana duende con cara de incredulidad—. Vamos, entra deprisa, que ahí fuera te vas a quedar helada.

Bisbita, agotada, se introdujo por el estrecho agujero y se dejó caer sobre las blandas y cálidas plumas de ave con las que Milvecesbella había cubierto su vivienda.

—Creía que no estabas —dijo Bisbita—. Por lo cerrada que tenías la entrada.

—Siempre lo hago con este tiempo —explicó Milvecesbella—. Cuando eres tan vieja como yo, enseguida tienes frío.

Metió la mano en las plumas que tenía detrás, sacó una avellana y se la ofreció a Bisbita.

—¿Quieres? Seguro que después de la larga caminata estarás hambrienta.

—¿Tienes suficiente comida? —preguntó Bisbita, mirando con ansia la avellana.

—No necesito mucho —sonrió Milvecesbella—. A mi edad ya no se tiene mucho apetito. Además tengo buenos amigos: una urraca que de vez en cuando birla a los humanos algo para mí, y una ardilla que siempre me cede parte de sus provisiones. Además conozco un poco las hierbas y raíces, así que casi siempre consigo pasar regularmente el invierno. Y a vosotros, ¿qué tal os van

las cosas? ¿Tenéis problemas con las provisiones invernales? ¿Por esa razón has venido a visitarme con este tiempo?

—Más o menos. —Bisbita asintió—, pero es una larga historia. No sé por dónde empezar. Milvecesbella sonrió.

—Lo mejor será que empieces por el principio. Hace mucho que no sé nada de vosotros.

—De acuerdo. —Bisbita se sentó y comenzó a roer su avellana—. Empezaré por el principio de todo. Ya sabes que hace diez años nosotros podíamos vivir muy bien de lo que los humanos tiraban en sus *picnics* o en el camping. Sin embargo, desde hace varios inviernos eso de pronto dejó de ser suficiente. Intentamos recolectar setas y bayas, pero los humanos ya se las habían llevado. Así que empezamos a robar aquí y allá parte de su comida. Tenían tanta... Bastaba con mirar sus gordas panzas, mientras a nosotros, por el contrario, nos bailaba el pellejo sobre los huesos.

—Sí, sí, muchos de nosotros ya sólo pueden sobrevivir así —asintió Milvecesbella con tristeza.

Bisbita prosiguió su relato.

—Durante los últimos años los humanos sólo han venido al bosque a recoger setas y bayas. El camping cada vez está más vacío. La lluvia aleja a los excursionistas con sus cestas llenas hasta los topes, así que este invierno apenas teníamos provisiones. Estábamos desesperados. Porque además apenas entendemos ya un poco de raíces y plantas.

—Eso tampoco sirve de mucho —la interrumpió Milvecesbella—. Yo sólo encuentro comestibles con mucho esfuerzo. La mayoría de las plantas han desaparecido. ¡Y sin dejar rastro! O están enfermas y son incomibles. —Milvecesbella suspiró—. Es duro. Sobre todo para vosotros, los jóvenes. Pero no sé cómo ayudaros.

—Mi historia todavía no ha acabado —dijo Bisbita—. Hace unas semanas estábamos seguros de habernos salvado. Cabeza de Fuego, Sietepuntos y yo habíamos birlado de la cabaña del vigilante del camping víveres de sobra para pasar el invierno. Pero después... —Bisbita agachó la cabeza—, hoy por la mañana nos lo han robado todo.

—¿Robado? —preguntó Milvecesbella incrédula—. ¿Quién? ¿Un zorro?

Bisbita sacudió la cabeza.

—No. Unos duendes.

—¿Duendes? —Milvecesbella miró atónita a Bisbita.

—Sí. Lo habíamos llevado todo a la madriguera de Sietepuntos. Mientras Cabeza de Fuego y yo estábamos fuera, asaltaron a Sietepuntos, lo ataron y se lo llevaron todo.

—¡Es una historia espantosa! —dijo Milvecesbella—. ¿Qué vais a hacer ahora?

—Por eso estoy aquí —explicó Bisbita—. Sabemos que esos duendes han venido de la zona sur del bosque. Además sospechamos que su escondite está situado en una zona de colinas, a unas seis horas de distancia de la madriguera de Sietepuntos. Por desgracia no sabemos nada más. Pero a Sietepuntos se le ha ocurrido que a lo mejor tú visitaste esa región cuando emprendiste tu viaje de aprendizaje, y sabes algo que pueda servirnos de ayuda. ¡Eres nuestra última esperanza!

—Hmmm. —Milvecesbella se quedó mirando ensimismada—. Yo estuve entonces en la parte

meridional del bosque —reconoció—, pero no me encontré con duendes que asaltasen y desvalijasen a otros. Aunque... —vaciló y frunció el ceño—, aunque ya entonces corrían rumores de un gran escondite de duendes al que, según contaban, era mejor no acercarse. Los rumores decían que allí cerca ya habían desaparecido duendes. Algunos incluso afirmaban que la horda que vivía en ese escondrijo los había vendido a los humanos. Otros decían que los duendes secuestrados tenían que trabajar allí como esclavos. —Milvecesbella sacudió tristemente la cabeza—. Por aquel entonces yo consideré todo eso simples cuentos de miedo, pero quién sabe, hay tanta maldad en el mundo... Así pues, ¿por qué no iba a haber algo de verdad en esas historias?

—¿Oíste decir dónde se encontraba exactamente ese escondrijo? —preguntó Bisbita muy nerviosa.

—Nadie lo sabía a ciencia cierta. Siempre se decía que estaba situado allí donde el bosque se vuelve muy pantanoso, sobre una colina de laderas muy empinadas.

—Tiene que ser ahí —susurró Bisbita—. ¿Dónde están esos pantanos?

Milvecesbella reflexionó un momento.

—¿Sigue viviendo Cabeza de Fuego a orillas de ese pequeño arroyo?

Bisbita asintió.

—Sí. ¿Por qué lo dices?

—Si seguís ese arroyo hacia el sur, tarde o temprano llegaréis a una zona del bosque llena de charcas, pantanos y árboles muertos. En realidad es una zona preciosa. En verano produce las flores más maravillosas y libélulas multicolores bailan sobre el agua. Pero para nosotros, los duendes, es muy peligroso, claro está. Si tenéis que ir allí, alegraos de que sea invierno y el barro y las zonas pantanosas estén helados. En cuanto lleguéis a ese territorio, debéis dirigirlos al suroeste. Entonces al cabo de algún tiempo, hallaréis unas colinas. Si ese escondrijo de siniestra fama existe de verdad, ha de encontrarse allí.

—¿Sabes por casualidad qué aspecto tiene el escondrijo? —preguntó Bisbita.

Milvecesbella movió de un lado a otro su cabeza gris con aire meditabundo.

—Aguarda —rogó—, déjame que piense. Sí. Había algo —la anciana duende cerró los ojos—. No es una madriguera normal y corriente. Una conejera o algo así. Ahora recuerdo... —abrió sus ojos negros como la noche y miró a Bisbita—. Es algo parecido a una ruina. Una casa humana quemada, de la que sólo se ven unos cuantos muros carbonizados. Y allí abajo dicen que habita esa horda. Así me lo contaron entonces.

—Oh, Milvecesbella —dijo Bisbita entusiasmada—. ¿Cómo agradecértelo? Ahora sabemos dónde buscar. Y los encontraremos, tan cierto como que estoy aquí. Y lo traeremos todo de vuelta y este invierno no nos moriremos de hambre.

Milvecesbella sonrió.

—Me alegro de haber servido de ayuda. Si fuera más joven, quizá incluso os acompañaría. Pero así —esbozó una sonrisa irónica—, con estos huesos viejos y cansados no os sería de mucha ayuda, créeme.

—Nos has ayudado más de lo que esperábamos —replicó Bisbita radiante—. Si fuera posible

me iría ahora mismo a contárselo todo a los demás.

—Será mejor que lo olvides —le aconsejó Milvecesbella lanzando una breve mirada hacia fuera, antes de volver a taponar el agujero—. Ahora te comerás una avellana, te acostarás en las plumas y dormirás un poco. Y cuando salga el sol emprenderás el camino de regreso. ¿Qué te parece?

—Creo que es mucho más razonable. —Bisbita suspiró y empezó a roer su segunda avellana. Después, con la barriga llena, se hundió en las mullidas plumas y se quedó dormida al instante.

# 4

## *En el que nuestros tres amigos duendes emprenden un peligroso viaje con la tripa vacía*



Veinticuatro horas después, Bisbita, Sietepuntos y Cabeza de Fuego partieron al rayar el alba. Libélula Azul se quedó en la madriguera de Sietepuntos con unos trozos de pan como alimento. Estaba todavía demasiado agotado para serles de gran utilidad en su empresa. Fue muy difícil convencerlo, pero al final lo

reconoció.

Milvecesbella, al despedirse, había dado a Bisbita unas avellanas como ración de emergencia.

—No conviene lanzarse a una aventura tan peligrosa con el estómago vacío —le advirtió.

Además los tres amigos llevaban el camión de Cabeza de Fuego, unos sacos vacíos, una cuerda y unas cortezas de pan seco, un equipo bastante lamentable, pero ¿qué podían hacer? Sencillamente, era todo cuanto tenían.

Era una mañana oscura, neblinosa, y los tres caminaban pesadamente por la nieve de un humor muy sombrío. La noche anterior había parado de nevar, y por la noche la helada había convertido los blandos copos en una costra de nieve dura. Cuando llegaron al puente bajo el que Cabeza de Fuego tenía su cueva, se detuvieron. El arroyuelo estaba casi helado, a sus oídos llegó el chapoteo y gorgoteo del agua por debajo del hielo.

—Ay ¿no sería maravilloso que ahí abajo en mi casa nos esperase un espléndido desayuno? —preguntó Cabeza de Fuego con un suspiro.

—¡Bah, déjalo ya! —replicó Sietepuntos, mirando al sur, atemorizado.

Allí el bosque se alzaba oscuro y desnudo entre gélidos jirones de niebla.

—¡Vamos! —exclamó Bisbita—. Es hora de proseguir nuestro camino.

Continuaron su marcha silenciosa por la nieve con trozos de corteza de árbol atados a los pies. Bisbita iba en cabeza. La seguía Sietepuntos y cerraba la marcha Cabeza de Fuego con el camión verde chillón. Andaban siempre muy cerca del talud de la orilla, para no perder de vista al arroyo en medio de la espesa niebla. Este serpenteaba hacia el sur, oculto bajo el hielo y la nieve, entre las piedras heladas y la hierba nevada... cada vez más lejos hacia el sur.

Muy pronto los duendes se encontraron en una parte del bosque que jamás habían hollado. Todo era desconocido: los sonidos, los olores, los árboles y los arbustos. La maleza se volvía cada vez más espesa y los árboles caídos les cortaban el paso. Muchas veces simplemente no podían

pasar, y tenían que dar rodeos que les hacían perder mucho tiempo. Entre los árboles, el suelo estaba sembrado de ramas caídas que la nieve había convertido en obstáculos insuperables.

Llevaban ya tres horas de marcha cuando pasaron junto a una zorrera que parecía deshabitada. Bisbita olfateó con mucho cuidado los alrededores y finalmente introdujo su nariz en la oscura entrada.

—Lleva meses abandonada —afirmó—. ¿Qué os parece si nos tomamos un pequeño descanso?

—Excelente idea —dijo Sietepuntos, frotándose las piernas fatigadas.

Cabeza de Fuego cogió del camión las cortezas de pan envueltas, y se sentaron con ellas en la espaciosa cueva, situándose de modo que pudieran divisar el bosque desde la entrada.

—Bueno, ¿qué os parece este paraje? —preguntó Cabeza de Fuego partiendo una corteza de pan en tres trozos iguales.

—A mí me resulta inquietante —respondió Bisbita mirando malhumorada hacia el exterior—. Todo parece muerto. No se oyen las cornejas. Tampoco se ven ciervos, ni conejos. Nada.

—Sólo tres duendes hambrientos. —Sietepuntos suspiró y comenzó a roer con amargura el pan seco—. Para consolarnos ¿no podríamos comer una de las avellanas de Milvecsbella?

Bisbita sacudió la cabeza con gesto decidido.

—No, querido. Por el momento, están a buen recaudo.

Mascaron las cortezas, duras como piedras, embargados por la tristeza. Ni a Cabeza de Fuego se le ocurrió un chiste.

Cuando reemprendieron la marcha, la niebla se había levantado, pero no se veía el sol, y el mundo era gris, blanco y negro.

En una ocasión se ocultaron en la maleza porque una marta corría rauda por la nieve, pero aparte de eso, todo a su alrededor permaneció silencioso y yerto.

Después, muy lentamente el bosque cambió y comenzaron a abrirse con más frecuencia superficies llanas y nevadas entre los árboles. En verano seguro que eran terrenos pantanosos y traicioneros, pero ahora parecían casi praderas heladas. Los tres veían aumentar el número de arroyuelos, tan gélidos como el que seguían. Y veían cada vez más árboles a los que se notaba que llevaban años muertos.

—Parece que hemos alcanzado la zona pantanosa del bosque —comunicó Bisbita, deteniéndose—. Así que ahora hemos de torcer hacia el suroeste.

El arroyo que seguían desde hacía tanto tiempo describía una amplia curva. Bisbita miró al cielo, inquieta. Pero estaba tan gris y encapotado que no permitía vislumbrar la posición del sol en esos momentos.

—Ahí delante parece que el paisaje se vuelve más ondulado —dijo ella al fin.

—¿Dónde? —Cabeza de Fuego entornó los ojos—. No veo nada. Pero te creo. Y si hemos caminado todo el tiempo en dirección al sur, debería estar al suroeste. ¿Tú qué opinas, Sietepuntos?

El aludido se encogió de hombros y miró, inseguro, a su alrededor.

—Ni idea. A mí no me preguntéis. Con los malditos puntos cardinales siempre me confundo.

—No se hable más. Adelante. —Bisbita se volvió muy decidida hacia el lugar donde suponía

que se hallaba su objetivo.

Los demás la siguieron en silencio y cruzaron, cautelosos, el arroyo que los había conducido hasta allí. Tras resbalar y patinar por el hielo liso, con esfuerzo, treparon por el pedregoso talud.

—Deberíamos colocar aquí alguna señal —sugirió Cabeza de Fuego—, algo que nos permita reconocer de nuevo este lugar y el arroyo.

—Magnífica idea —asintió Bisbita—. Pero ¿qué?

—Lo mejor será que grabemos algo en ese árbol —señaló un sauce que crecía justo en el talud de la orilla.

—¿Qué?

Cabeza de Fuego se rascó la barriga vacía.

—¿Qué os parece una D de dulces?

—O de duendes —repuso Sietepuntos, sonriendo—. Me gusta la D.

—De acuerdo —dijo Bisbita—. ¿Por qué no?

Cabeza de Fuego, utilizando una de sus garras afiladas, grabó con esfuerzo una enorme D en la corteza del árbol. Después retrocedió unos pasos y, entornando los ojos, contempló su obra con mirada crítica.

—Es muy fácil de ver para unos ojos de duende —afirmó satisfecho—. Continuemos.

Ahora que el arroyo había dejado de indicarles el camino, era difícil mantener la dirección, pero Bisbita avanzaba en cabeza sin vacilar. Las zonas pantanosas desnudas y nevadas eran mucho más fáciles de atravesar que la tupida maleza. Ninguno de ellos sabía el tiempo que llevaban caminando cuando al fin una colina apareció ante sus ojos. Era muy empinada. Por lo que podía verse bajo la gruesa capa de nieve, sus laderas apenas tenían vegetación. Sin embargo, arriba, en la cima, se apiñaba una gran cantidad de árboles desgarrados y esqueléticos.

—A lo mejor es esta —aventuró Cabeza de Fuego en voz baja, como si temiera que lo escuchasen—. Desde luego, es empinada.

—Sí que lo es, sí. —Sietepuntos suspiró—. Cuando nos torturemos subiendo por esa nieve, podrá vernos cualquiera. El camión, sobre todo, parecerá una señal luminosa.

Cabeza de Fuego lo miró, irritado.

—Ni una palabra en contra de mi camión, te lo ruego. Nos prestará un buen servicio en su momento. Espolvorearé un poco de nieve por encima de él y nosotros también debemos revolcarnos un poco en la nieve para no llamar tanto la atención.

Con la nieve pegada al cuerpo y moteados de blanco emprendieron la fatigosa ascensión. Fue la parte más dura del viaje. Llegaron arriba sin aliento.

—¡Qué espanto! —exclamó furioso Cabeza de Fuego—. ¡Yo no he nacido para alpinista!

—¡Chiiist! —siseó Bisbita mirando nerviosa a su alrededor. Sus grandes orejas se contraían de un lado a otro—. Si esta es la colina, seguro que esos tipos habrán colocado centinelas en algún sitio.

Pero por más que acecharon y vigilaron, no descubrieron nada. También allí arriba reinaba el silencio. Casi les parecía que eran los últimos seres vivos del mundo.

—Propongo que escondas tu camión aquí —sugirió Bisbita—. Cuando lo necesitemos,



regresaremos a por él.

—De acuerdo.

Cabeza de Fuego arrastró su camión hasta un lugar impenetrable entre la maleza y oculto por la nevada. Tuvo que esforzarse mucho para meter bien adentro el voluminoso vehículo. Pero al fin lo consiguió. Del juguete ya no se veía ni rastro.

—Listo —dijo Cabeza de Fuego—. Y ahora, ¿qué?

—A buscar esas ruinas.

Escudriñaron atentamente alrededor, pero en esa colina no había ninguna casa de humanos quemada. Ahora tenían que escoger entre una colina que se alzaba en el bosque a un buen trecho de allí y otra próxima a la que se encontraban.

—Optemos primero por la de al lado —propuso Sietepuntos—. Las dos parecen hostiles.

Bisbita y Cabeza de Fuego se mostraron de acuerdo. Decidieron dejar el camión en su escondite y, tras meter las avellanas y el pan sobrante en un saco, emprendieron el descenso. Aprovechaban cada accidente del terreno para ocultarse. Pero no había muchos, ni allí ni en la ladera de la colina vecina.

Esta vez, los tres llegaron tan agotados a la cima que les temblaban las piernas.

—Antes de nada necesito sentarme —farfulló Cabeza de Fuego apoyándose en una piedra grande con la respiración jadeante.

Bisbita y Sietepuntos se acomodaron a su lado. Tardaron un poco en recuperar el aliento.



—¡Ay! —se lamentó Sietepuntos—, ¡qué palizón! Y con unos simples trozos de pan seco en la barriga. Es un milagro que no haya caído muerto hace rato.

—Calla —susurró Bisbita, atisbando por detrás de la piedra.

Allí arriba el paisaje era igual que el de la primera colina. Inquieta, dejó vagar sus ojos por los numerosos troncos los árboles. De pronto, se inclinó hacia delante.

—¡Ahí! —dijo en voz baja—. Creo que esta vez hemos tenido suerte. ¡Ahí arriba hay algo!

—¿Dónde? —los otros dos, presos del nerviosismo, otearon en la dirección que señalaba el dedo peludo de Bisbita.

—Yo no veo nada —gruñó Cabeza de Fuego.

—Yo, tampoco —confirmó Sietepuntos.

—Pero yo, sí. —Bisbita se levantó con agilidad y les hizo seña de que la siguieran.

Se deslizaron agachados tras los troncos de los árboles hasta detenerse detrás de un montón de nieve arremolinada.

—¿Lo veis?

Sietepuntos y Cabeza de Fuego atisbaron con esfuerzo por encima del borde del montón de nieve.

—Ahí delante. Detrás del roble contrahecho. Unas ruinas, justo como dijo Milvecsbella.

—¡Sí! —exclamó Cabeza de Fuego muy excitado—. ¡Ahora yo también lo veo! ¡Restos de una casa de humanos!

—Creo que hay centinelas —susurró Sietepuntos—. Ahí arriba, encima de los muros.

—Cierto —cuchicheó Bisbita—. Lo mejor será que busquemos primero un cobijo lo más cercano posible para poder discutir tranquilamente el modo de entrar ahí.

Cabeza de Fuego y Sietepuntos asintieron en silencio. Los tres lanzaron una última ojeada al peligroso destino de su viaje. Después desaparecieron entre la espesura.

# 5

*En el que Cabeza de Fuego propone algo que a Sietepuntos no le gusta ni pizca*



A pocos metros de distancia del escondrijo de los duendes se toparon con una madriguera de conejo vacía.

—Hasta los conejos parecen haber desaparecido de aquí —dijo Cabeza de Fuego mientras examinaba con atención la enorme cueva

principal.

—Es igual que mi casa —comentó Sietepuntos, nostálgico.

—Veamos cuántas salidas tiene la conejera —sugirió Bisbita—. Sólo debemos dejar abierta una salida de emergencia.

—Yo lo comprobaré. —Cabeza de Fuego salió disparado—. Cuatro salidas —anunció—. He tapado dos con nieve.

—Bien. —Bisbita, más tranquila, se acuclilló en el suelo—. Entonces pensemos en el modo de entrar en esa maldita guarida de ladrones.

—¡No es problema! —exclamó Cabeza de Fuego, que se tumbó en el suelo de la cueva y se desperezó suspirando—. ¡En absoluto!

Sietepuntos enarcó las cejas, pasmado, y miró a Bisbita.

Esta se encogió de hombros y preguntó a Cabeza de Fuego:

—¿Qué quieres decir? ¿Se te ha ocurrido alguna idea?

—Sí. —Cabeza de Fuego cruzó las piernas sonriendo con indiferencia—. Tengo un plan.

—Ah ¿y desde cuándo?

—Bueno, al fin y al cabo llevamos mucho tiempo arrastrando los pies por estos parajes. Así que he tenido tiempo de sobra de darle vueltas al coco, ¿no te parece?

Bisbita sacudió, irritada, la cabeza.

—Eres un fanfarrón. Vamos, suelta de una vez lo que has pensado.

—De acuerdo. —Cabeza de Fuego respiró hondo—. Primero: después de todo lo que he oído de esos duendes, seguro que no están siempre todos reunidos ahí abajo, en su sótano, sino que saldrán a menudo en tropel para saquear. ¿Me equivoco?

Bisbita y Sietepuntos asintieron.

—Es de suponer —dijo Bisbita.

—Bien. —Cabeza de Fuego sonrió satisfecho—. Segundo: de todos nosotros, sólo Sietepuntos ha visto a esa banda hasta ahora. ¿Cierto?

Los otros dos asintieron de nuevo.

—Entonces es sencillísimo: Bisbita y yo esperaremos a que una parte de la horda regrese esta noche de una incursión, nos mezclaremos entre ellos y de ese modo entraremos en su guarida. Y una vez allí intentaremos averiguar dónde han escondido nuestras provisiones.

Bisbita soltó un silbido entre dientes.

—Muy arriesgado, pero no está mal. Nada mal.

Sietepuntos miraba a Cabeza de Fuego, consternado.

—¿A esa locura llamas plan? —balbuceó.

—¿Por qué lo dices? —Cabeza de Fuego se incorporó—. ¿Es que esos tipos son distintos a nosotros? ¿Son azules o amarillos, o simples hombres y mujeres duende? ¿Tienen tres ojos? ¿O alguna otra señal especial?

Sietepuntos sacudía obstinado la cabeza.

—Pues entonces. ¿Cómo van a darse cuenta de que no somos de la partida? Apuesto a que continuamente se les suman duendes nuevos, mientras que otros se marchan.

—¿Y si no es así? —preguntó Sietepuntos con expresión dubitativa.

Cabeza de Fuego se encogió de hombros.

—Entonces habremos tenido mala suerte.

—¡Si os descubren os matarán!

—¡A mí nadie me mata tan fácilmente! —Cabeza de Fuego sonrió.

Sietepuntos movía, preocupado, su gorda cabeza.

—No me gusta el plan, y sobre todo, ¿qué voy a hacer yo durante todo ese tiempo?

—Traer el camión hasta aquí, por ejemplo. Y vigilar a los centinelas de los muros.

—¡Estupendo! —exclamó Sietepuntos, malhumorado—. ¿Cómo piensas sacar nuestras cosas de ahí dentro, eh?

Cabeza de Fuego se encogió de hombros.

—Aún no lo sé. Todo a su debido tiempo. Primero hay que inspeccionar el terreno. Yo diría que mañana, a primerísima hora, Bisbita y yo volveremos a deslizarnos hasta aquí. Ya veremos qué hemos averiguado para entonces.

Sietepuntos lo miró dubitativo y Bisbita frunció el ceño.

—¡Vamos, no me miréis con esas caras tan lúgubres! —dijo Cabeza de Fuego, malhumorado—. Aunque tengamos que pasar a escondidas cada galleta por separado delante de los guardianes, lo recuperaremos todo y dentro de unos días volveremos a estar saciados y satisfechos en casa de Sietepuntos. ¡Ya lo veréis!

—¡Que así sea! —rezongó Sietepuntos—. Porque creo que consideras a los miembros de esa banda más tontos de lo que son.

—Yo tampoco tengo buenos presagios —reconoció Bisbita—, pero al fin y al cabo sabíamos de antemano que el asunto era peligroso —se levantó y estiró sus cansados miembros—. En ese caso, en cuanto oscurezca nos acercaremos a las ruinas con mucho sigilo. Luego esperaremos el

regreso de ese tropel de saqueadores y entraremos con ellos. ¡Ojalá tengamos suerte!

—Creo que tienes razón —admitió Cabeza de Fuego.

—¡Oh, maldita sea! —Sietepuntos esbozó una mueca lastimosa—. No sé por qué me siento mal. Si por el miedo a que todo salga mal o por el hambre.

Cabeza de Fuego y Bisbita soltaron una carcajada.

—Yo sé por qué acaba de decir eso —dijo Bisbita—. ¿Tú también, Cabeza de Fuego?

—Claro que sí. —Cabeza de Fuego sonreía—. Nuestro amigo quiere las avellanas de Milvecesbella. ¿Qué tendría que pasar para que este deje de pensar en la comida?

Sietepuntos dirigió a sus dos amigos una furibunda mirada.

—Sois tontos. Y tenéis el estómago en los pies, igual que yo.

—Cierto —admitió Bisbita abriendo el saco de las escasas provisiones—. Venga, comamos sin pensar demasiado en lo que nos proponemos hacer.

En cuanto la oscuridad se abatió sobre la colina, se pusieron en marcha. Con el corazón desbocado se aproximaron a los altos y nevados restos del muro. Ofrecían un aspecto inquietante: parecían dientes de piedra brotando de la tierra. En los dos trozos de muro más altos se sentaban dos centinelas duendes, bamboleando sus piernas con indiferencia sobre el abismo.

—No parecen muy preocupados —susurró Bisbita.

—¡Tanto mejor! —contestó Cabeza de Fuego también en susurros.

Cuando ya sólo los separaban de las ruinas unos cuantos árboles, se tumbaron boca abajo en la nieve y avanzaron a rastras un trecho más. Por suerte ya no reinaba el mismo silencio que durante el día. Se había levantado un poderoso viento que agitaba ruidosamente las ramas desnudas. Pequeños aludes de nieve caían, rumorosos, de las copas de los árboles, y en el suelo el viento impulsaba la nieve como si fuera humo blanco.

—¡Cuidado! —cuchicheó Bisbita—. Un guardián mira hacia aquí.

Los tres sentían un frío espantoso, pero apretaron los dientes y aguzaron los oídos en la dirección del viento. Esperaban el sonido de muchos pies. Pero el tiempo pasaba, los centinelas sobre los muros derrumbados cambiaron la guardia y nada se movía.

Cuando Bisbita pensaba que ya no aguantaría ni un minuto más tumbada, de repente el bosque oscuro se llenó con el estruendo de numerosas voces y de pies caminando pesada y descuidadamente.

—¡Ya vienen! —cuchicheó Cabeza de Fuego.

—¿Por dónde?

—Vienen directos hacia nosotros.

Bisbita se incorporó con cautela y se arrodilló, muy agachada, en la nieve.

—¡Lárgate, Sietepuntos! —susurró.

Sietepuntos se alejó reptando como una pequeña serpiente regordeta.

Las voces y los pasos se volvieron más ruidosos.

—Nos levantaremos de un salto cuando los tengamos encima —susurró Cabeza de Fuego.

—Nos expondremos a una lluvia de pisotones —advirtió Bisbita.

Los dos contuvieron el aliento y tensaron los músculos. El estruendo se aproximaba cada vez

más. De pronto se encontraron rodeados por un sinnúmero de cuerpos delgados y peludos. Algunos arrastraban sacos llenos hasta los topes, otros caminaban a su lado libres de carga. Cuando el estrépito se aproximó, Cabeza de Fuego y Bisbita se levantaron deslizándose junto a un delgado tronquito de árbol y veloces como el viento se introdujeron entre la horda vociferante. Nadie se dio cuenta. El griterío a su alrededor prosiguió, y la turba se dirigió sin vacilar hacia las ruinas.

Por un momento, Cabeza de Fuego perdió de vista a Bisbita, pero esta captó luego una sonrisa suya. Habían acordado fingir que no se conocían. Les parecía más seguro. El oscuro anillo de los muros estaba cada vez más cercano. Después, la salvaje tropa se introdujo por un amplio agujero que antaño debió de ser la puerta de entrada y accedieron al interior de los muros. Sobre ellos pendía el cielo nocturno oscuro y sin estrellas. Los duendes empujaron a Bisbita hacia un enorme agujero cuadrado situado en el centro de las ruinas y que parecía bostezar amenazador hacia ellos. Ella intentó lanzar una rápida ojeada a la zona superior de las ruinas. Parecían completamente vacías... excepto el enorme montón de basura apilado en un rincón y que desprendía un hedor repugnante. Después la empujaron al borde del oscuro agujero. Largas cuerdas se balanceaban desde allí hasta abajo. Numerosos duendes se descolgaban ya por ellas.

—¡Venga, date prisa! —le gritó al oído una voz ronca, y alguien le propinó un empujón.

Bisbita, sorprendida, agarró una de las gruesas sogas y descendió hacia las profundidades.

# 6

*Que desciende hasta la tenebrosa guarida de los ladrones, auténtico  
hervidero de siniestras figuras*



El vasto espacio que se abrió debajo de Bisbita estaba escasamente iluminado por unas pocas velas titilantes. Tenía una altura de diez duendes como mínimo, una anchura de quince y más de veinte duendes de largo. «Es más grande que el cuarto de estar del Pardo»,

pensó Bisbita mientras seguía descolgándose a toda prisa para no llamar la atención.

Cuando llegaron abajo, se apartó hacia un lado y luego miró con disimulo a su alrededor. Nadie le prestaba atención. No era de extrañar, porque el sótano era un hervidero de duendes. Bisbita empezó a deambular entre los duendes vocingleros con cara malhumorada y aburrida.

El frío suelo de cemento estaba cubierto por un montón de sucias mantas de lana. Bisbita descubrió incluso unos colchones como los que utilizan los humanos, y almohadas agujereadas por las que asomaban plumas blancas. «Al parecer esta es la cueva dormitorio», pensó. Apestaba a algo que conocía del camping, pero no caía en la cuenta de lo que era.

A su alrededor, por las paredes de piedra, corrían gruesos tubos, al igual que arriba, por el techo. Todas las cuerdas, sacos y herramientas imaginables se bamboleaban colgando desde allí, y en uno de los tubos se apoyaba una escalera de mano, desvencijada y muy torcida.

En la parte más oscura del sótano, Bisbita divisó los restos carbonizados de una escalera. Antiguamente debía conducir hasta el agujero del techo. Ahora sólo subía un poco, como una rampa interrumpida. Algo largo, delgado, se bamboleaba suspendido de ella. Bisbita entornó los ojos, dio unos pasos hacia allí... y retrocedió espantada.



—¡Mira por dónde pisas! —gruñó alguien a sus espaldas, apartándola con un grosero empujón. Bisbita no le prestó atención. Contemplaba, fascinada, la escalera destruida. No cabía duda. Lo que se balanceaba hacia abajo era la cola de una rata. Y ya asomaba el hocico afilado por encima de la madera quemada. Una gruesa cadena oxidada, que evidentemente servía para atar la rata a la escalera, colgaba justo al lado.

Bisbita tenía el corazón en un puño. «¡Crían ratas!», pensó desesperada. Se obligó a sí misma a dejar de mirar hacia arriba y volvió la vista atrás. Seguían sin prestarle atención. Y tampoco parecían preocuparse de la rata.

«Tranquilízate», se animó Bisbita. «Ante todo, no te dejes llevar por el pánico. Al fin y al cabo esa bestia está encadenada».

Dio media vuelta con paso decidido y prosiguió su ronda de reconocimiento. ¡Tenía que averiguar dónde estaban las provisiones! Era evidente que allí no.



Al otro extremo del sótano descubrió la abertura de una puerta en la pared. Estaba completamente tapada con el alambre que usan los humanos para sus verjas y conejeras. Sólo en la parte inferior habían dejado una pequeña entrada, del tamaño justo de un par de duendes. Delante holgazaneaba un duende de mirada maligna con un tremendo garrote en la mano.

«Ajá», murmuró Bisbita. «Un centinela. Así que ahí dentro tiene que haber algo interesante».

Caminó como sin rumbo hacia la abertura de la puerta. En una rápida ojeada por delante del guardián, vio a unos duendes sacando cosas de unos sacos llenos a rebosar. Llevaban un trozo de alambre alrededor del cuello. Ella no pudo ver sus rostros.

Bisbita pasó lentamente junto a la puerta, hizo una ronda alrededor del sótano, describiendo un amplio arco alrededor de la escalera con la rata, y lanzó una segunda ojeada a la estancia vigilada. Allí se apilaban hasta el techo las exquisiteces más diversas. Sólo quedaba libre un estrecho pasillo, y algunos de los montones parecían a punto de desplomarse en cualquier momento.

—¿Qué miras con esa cara de boba, eh? —ladró el guardián.

Bisbita se sobresaltó.

—¿Cómo? Yo... —rebuscó desesperada en su mente para hallar la respuesta adecuada.

—¡Lo que tiene es hambre, idiota! —dijo una voz tras ella—. ¿Qué pensabas?

Era Cabeza de Fuego. Bisbita estuvo a punto de soltar una risa de alivio.

El guardián gruñó irritado:

—Tenéis que esperar como los demás, así que largaos. ¡Y deprisita!

—Vale, vale —dijo Cabeza de Fuego, arrastrando consigo a Bisbita—. Ten cuidado —musitó.

Bisbita se dio cuenta de que temblaba de los pies a la cabeza. Inspiró profundamente y se apoyó en el frío muro de piedra.

—Tienen una rata —musitó.

—¿Dónde?

—Arriba, en la escalera rota. Pero me parece que está encadenada.

—Lo que nos faltaba —gruñó Cabeza de Fuego lanzando una mirada nerviosa hacia la escalera—. La verdad es que esta tropa es un verdadero encanto.

—Bueno, al menos sabemos dónde están las provisiones —susurró Bisbita.

—Sí —añadió Cabeza de Fuego con expresión sombría—, ¡en una habitación vigilada! ¿Has visto por algún sitio una salida de emergencia?

Bisbita negó con la cabeza.

—Qué raro. Hasta el duende más inofensivo la tiene. ¿Y esta banda no? Bastaría con que alguien taponase ese agujero de ahí arriba para que quedaran atrapados como ratas. En fin —miró hacia atrás, inquieto—, ahora será mejor que volvamos a separarnos. ¡Mantén los ojos bien abiertos!

Y en un abrir y cerrar de ojos desapareció entre unos duendes que se insultaban como salvajes. Bisbita volvió a quedarse sola.

Por todas partes se veían los duendes más diversos, sentados y de pie, tumbados y andando, gordos y delgados, varones y mujeres, negros como Cabeza de Fuego, de color arena como Libélula Azul y Sietepuntos, y pardos como ella misma. El estruendo de tantas voces era casi

insoponible. Bisbita procuraba no alzar la vista hacia la escalera ni hacia la puerta vigilada. ¿Cómo iban a sacar de matute algo de allí?

De pronto se percató de que uno de los duendes se dirigía hacia la escalera carbonizada y subía por ella con toda tranquilidad. Tenía un pelaje brillante, blanco como la nieve, con diminutas manchas negras en la tripa, y estaba muy delgado. Bisbita frunció el ceño. ¿De qué le resultaba conocido? ¡Pues claro! Ese tenía que ser el jefe del que habían hablado Libélula Azul y Sietepuntos.

Tras subir con indolencia el último escalón, se situó junto a la rata. La cadena rechinó cuando el roedor alzó la cabeza. El duende albino apoyó uno de sus pies justo entre sus orejas.

—¡Silencio! —gritó a la vociferante multitud.

Bisbita se sobresaltó. Su voz era inquietante, suave como el terciopelo y amenazadora. También los otros duendes se habían sobresaltado. De repente se hizo un silencio sepulcral.

El jefe sonrió con amabilidad, pero sus ojos miraban furiosos a su horda.

—¡Creo que va siendo hora de celebrar nuestro botín de hoy! —gritó.

Se alzó un coro de alaridos de aprobación.

Bisbita, conteniendo el aliento, observó cómo el delgado duende soltaba la pesada cadena de su anclaje y montaba con agilidad a lomos de la rata. Era una rata de alcantarilla vigorosa y grande, una de las mayores que Bisbita había visto jamás. Contempló con incredulidad cómo el animal se levantaba con el flaco individuo sobre su lomo y bajaba las escaleras de un par de saltos. Los duendes congregados se apartaron formando una amplia calle y el duende albino, con una sonrisa maléfica, cabalgó por el centro.

Al llegar a un colchón muy grueso, completamente cubierto de cojines, se detuvo y desmontó. La rata se tumbó delante del colchón y el duende jefe sujetó su cadena a una argolla de hierro fijada en el suelo. Después se sentó cómodamente en los cojines y colocó sus pies sobre el lomo de la rata. Bisbita reparó entonces en sus garras: eran extraordinariamente largas y relucían como dagas plateadas a la luz de las velas. La rata se sobresaltó cuando le acarició la piel con ellas.

—Traed la comida —ordenó con su extraña voz.

El guardián de la puerta del almacén de las provisiones se apartó y unos duendes introdujeron en el enorme sótano galletas, chocolate, pan, salchichas y muchas cosas más. En cuanto depositaron todo sobre el suelo en el centro del sótano, los demás duendes se abalanzaron, ávidos, sobre la comida. Pero los que habían traído la comida se apoyaron en la pared del sótano y permanecieron inmóviles, aunque sus ojos hambrientos se clavaban en las opíparas viandas.

Todos ellos tenían ese extraño alambre alrededor del cuello, igual que los que vaciaban los sacos en el almacén de las provisiones. ¿O eran los mismos? Bisbita los observó con atención, mientras se llenaba la boca a manos llenas como los demás. Ahora podía contemplar con toda claridad sus rostros. Bisbita dejó vagar sus ojos de uno a otro.

Cuando llegó al último de la triste fila, estuvo a punto de atragantársele la comida en la garganta. ¡Era Cola de Milano, el amigo de Libélula Azul!



# 7

*Que trata sobre todo de basura y de una lata*



Cola de Milano estaba mucho más delgado de lo que recordaba Bisbita. Su pelaje rojizo estaba sucio y enmarañado, pero era Cola de Milano, sin ningún género de dudas.

Bisbita se obligó a no seguir mirándolo por más tiempo. ¡Así que los duendes con los alambres alrededor del cuello eran prisioneros! ¡Un pensamiento horrendo!

Alguien le dio un pellizco por detrás. Se volvió de golpe, asustada. Era Cabeza de Fuego.

—¿Has reconocido a Cola de Milano? —le preguntó en susurros.

Bisbita asintió.

—Intentaré acercarme a él, para que al menos sepa que estamos aquí. Tú intenta sustraer algo de comida para Sietepuntos, ¿vale?

—Así lo haré —susurró Bisbita.

Cabeza de Fuego desapareció entre la multitud que seguía masticando y chasqueando la lengua. Bisbita miró temerosa a su alrededor. Sin embargo, nadie parecía haber reparado en sus cuchicheos. Incluso el duende albino se dedicaba a engullir toda la comida de que era capaz. «Con lo que estos se zampan en una noche» pensó Bisbita con amargura, «podría sobrevivir el doble de duendes la mitad del invierno». Comenzó a meterse debajo del brazo trocitos de chocolate y de galleta con sumo cuidado. Después se dejó empujar como por casualidad hasta las cuerdas para escalar y allí ocultó su botín debajo de una gruesa manta de color verde oscuro.

En un tiempo brevísimo la gigantesca montaña de comida desapareció casi por completo. Sólo quedaron unos cuantos restos mordidos, paquetes de galletas desgarrados y envolturas de chocolate lamidas. Mientras los duendes, ahítos, eructaban y se agarraban sus orondas panzas, los prisioneros comenzaron a recoger los desperdicios para arrojarlos a una gran caja de cartón. Apenas estuvo llena, fue izada con dos ganchos por el agujero del techo. Arriba debían de vaciar su contenido en la gran montaña de basura, pues la caja descendió, pero vacía, y los prisioneros volvieron a llenarla de basura.

Bisbita, tumbada en la manta verde, contemplaba el trajín. Bajo su espalda notaba el montoncito de provisiones que había birlado para Sietepuntos. Cerró los ojos, eructó y gimió como los demás, mirando con disimulo bajo sus párpados entornados hacia Cola de Milano.

Observó cómo en ese momento se le acercaba por la espalda Cabeza de Fuego. Nadie más

pareció darse cuenta de que empujó deliberadamente al prisionero y aprovechó la ocasión para musitar algo a su oído. Después, Cabeza de Fuego volvió a desaparecer como un relámpago en medio de un tropel de duendes vociferantes. Cola de Milano, sin embargo, se quedó ahí parado, como si lo hubiera alcanzado un rayo.

Bisbita reparó horrorizada en que el duende albino miraba hacia el prisionero. Pero Cola de Milano había recuperado el control y regresaba al almacén en compañía de los demás. Bisbita soltó un suspiro de alivio y escuchó el barullo de voces a su alrededor. Desde la comida su estruendo se había atenuado, lo que le permitía distinguir voces aisladas. A su izquierda unos duendes discutían a grito pelado quién de ellos podía comer más. A su espalda se oían ronquidos, eructos y palabrotas. Y a su derecha, dos duendes conversaban sobre el próximo golpe. Bisbita aguzó los oídos. Eso podría interesarles.

—¡Maldita sea mi estampa! —despotricó uno—. Mañana, nos toca otra vez. Mis pies no lo agradecerán.

—Pues quédate aquí —rezongó el otro.

—Nooo, eso me parece demasiado aburrido.

Prefiero la caminata y después un simpático y pequeño asalto a quedarme aquí tirado el día entero.

—Mañana será la mitad de malo —informó el segundo duende—. El jefe ha dicho que estaremos de vuelta a mediodía.

—Bueno, eso me tranquiliza.

Bisbita había oído suficiente. Levantándose, se deslizó con expresión aburrida entre los duendes hartos. Las velas, casi consumidas, titilaban inquietas y proyectaban grandes sombras en las paredes. Era muy difícil encontrar a Cabeza de Fuego entre el barullo de duendes. Al final lo divisó. Estaba sentado encima de un cojín cerca de la puerta del almacén y tenía los ojos cerrados. Sólo las orejas, que se contraían de manera convulsa, permitían distinguir que estaba despierto. Bisbita caminó despacio hacia él y, soltando un eructo, se dejó caer encima del cojín, a su lado. Cabeza de Fuego hizo como si no hubiese reparado en ella.

En ese mismo momento se oyeron unos golpes tremendos que salían del almacén y los prisioneros trajeron rodando una gran lata de cerveza. Ante esa visión, incluso los duendes más atiborrados volvieron a animarse y manifestaron su aprobación con gritos y aplausos. Todos hicieron sitio para dejar pasar la lata, que rodaba con estrépito. Los prisioneros detuvieron la lata en el centro de la estancia, justo delante del colchón del duende albino. Dos de ellos acudieron con un cuenco de madera que deslizaron delante de la lata. Los duendes, ávidos, se abrían paso a empujones hasta allí.

Bisbita supo entonces a qué apestaba toda la cueva. A cerveza. ¡Esos duendes bebían cerveza de humanos! Bisbita miró a su alrededor. Todo el mundo se había puesto de nuevo en pie. También Cabeza de Fuego se había levantado ya. Ella se incorporó a disgusto para situarse a su lado.

—¿Crees que tenemos que beber esa porquería? —le preguntó ella en voz baja. Sólo de pensarlo se ponía enferma.

Cabeza de Fuego sacudió la cabeza con un movimiento casi imperceptible.

—Úntate la espuma por los labios —le recomendó en voz baja—, para que piensen que has bebido.

Uno de los prisioneros intentaba abrir la argolla de la lata.

—¡Apresúrate, idiota! —le gritó alguien.

Cola de Milano acudió en su ayuda. La argolla se abrió y la cerveza espumeante salió disparada de la lata y se derramó sobre el cuenco. Algunos duendes colocaron enseguida la cabeza debajo del chorro, otros sorbían la cerveza de la escudilla. La espuma blanca se amontonó formando un gran charco en el suelo. Unos duendes se arrodillaron y empezaron a lamerlo.

A Bisbita se le revolvió el estómago. Pero se abrió paso con esfuerzo hasta llegar al cuenco y acercó su cara a la espuma pegajosa, siguiendo el consejo de Cabeza de Fuego. Por el rabillo del ojo observó que él hacía lo mismo.

Con el rostro pegajoso, regresó a la manta verde y se tendió en ella, exhausta. ¡Menuda nochecita! Se sentía mareada y mal. Miró con cautela al jefe albino. Sentado de nuevo en su colchón, se lamía la espuma de cerveza de los labios mientras dirigía una mirada de desprecio a los duendes borrachines y camorristas que tenía a sus pies. Al mismo tiempo no cesaba de deslizar sus afiladas garras por la piel de la rata. Durante un instante fugaz Bisbita creyó ver el odio y el miedo reflejados en los ojos del gran animal.

«Si no salgo ahora mismo al aire libre sucederá una desgracia», pensó. Sin dudar más, se levantó y trepó por una de las cuerdas. El jefe le dirigió una breve mirada exenta de interés.

*En el que Bisbita intenta aclarar sus ideas al aire fresco*

Bisbita inhaló con avidez el fresco aire nocturno. Su estómago dejó de dar volteretas en el acto y la niebla dentro de su cabeza se disipó. Miró hacia lo alto: sobre los muros ennegrecidos por el hollín el cielo estaba despejado. El viento había arrastrado las nubes. La delgada hoz de la luna reinaba, plateada,

en el cielo en medio de incontables estrellas. Bisbita comenzó a recorrer la casa muerta despacio. La nieve helada chirriaba suavemente bajo sus pies, y su aliento cálido flotaba en la oscuridad igual que el humo.

La gran caja de cartón seguía ante la montaña de basura del rincón. Uno de los prisioneros, un tipo bajito, distribuía agachado las últimas basuras sobre la montaña hedionda. Acababa su labor en el momento en que Bisbita se le acercó. Con mirada asustada, agarró la caja de cartón y caminó presuroso con ella hacia la entrada del sótano. Bisbita lo siguió, pensativa, con la mirada. No le apetecía regresar al sótano apestoso.

—¡Eh, tú! —gritó una voz ronca.

Bisbita dio un respingo. Debía ser uno de los centinelas. Echó la cabeza hacia atrás y divisó a una figura oscura sentada en el muro.

—¿Qué quieres? —preguntó intentando conferir a su voz un tono hostil.

—¿Han metido la cerveza ahí abajo?

Bisbita intentó distinguir el rostro del centinela. Pero estaba demasiado oscuro.

—¡Claro! —respondió malhumorada—. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Podrías traerme un poco?

—Cuando he subido hasta aquí ya se la habían bebido toda —mintió Bisbita. No le apetecía volver a bajar por ese tipo.

—¡Rediez! —maldijo el centinela—. Siempre igual. ¡Esta maldita guardia nocturna!

—¿Y eso por qué? —preguntó Bisbita aguzando el oído—. ¿Cuánto tiempo tienes que pasar ahí arriba?

—Toda la noche, por supuesto. Hasta la salida del sol. ¿Cómo es que no lo sabes? —la voz ronca adquirió de pronto un timbre de desconfianza—. ¿Es que nunca has montado guardia?

Bisbita tragó saliva. Rápidamente esbozó una sonrisa burlona.

—Pues no, todavía no —replicó—. Hasta ahora siempre he logrado escaquearme.

Sentía un nudo en la garganta. Ojalá no hubiera despertado las sospechas de ese tipo. Su respuesta, sin embargo, había tranquilizado al centinela.

—¡Muy lista! —gruñó este muerto de envidia.

—¡Así soy yo! —dijo Bisbita con indolencia y se volvió—. ¡Que pases buena noche! —le gritó antes de reanudar su camino.

Oyó al centinela maldecir enfurecido por haberse perdido la cerveza. Suspirando, se sentó en la nieve a la sombra del muro y comenzó a pensar. La perspectiva de pasar otras noches parecidas le provocaba escalofríos. Sin embargo, aún no tenía la menor idea de cómo sacar sus provisiones de aquella fortaleza. Y encima los prisioneros agravaban la situación. ¡No podían abandonarlos sin más en las garras de aquella jauría! Bisbita suspiró. ¡Ojalá lograsen hablar con los prisioneros! Pero ¿cómo? Nadie podía entablar conversación con ellos sin llamar la atención. Sólo el centinela del almacén se les acercaba. Movié la cabeza, sin saber qué hacer. «A lo mejor se le ocurre algo a Cabeza de Fuego», pensó, «o a Cola de Milano. O a Sietepuntos». Bisbita no pudo evitar una sonrisa. El bueno y viejo Sietepuntos. Seguro que esperaba impaciente su regreso. Y la comida que traerían con ellos.

Se levantó. Ya iba siendo hora de volver a bajar. Con paso cansino se dirigió a la entrada del sótano.

—¿Qué tal van las cosas por ahí abajo? —gritó alguien por encima de ella.

Bisbita dio un respingo, asustada. Era la voz ronca del centinela. ¿Qué demonios quería otra vez ese pesado?

Pero cuando se volvió, comprobó, sorprendida, que no se refería a ella. El centinela miraba en otra dirección. Muy inclinado hacia adelante, atisbaba hacia el lindero del bosque.

—Todo bien por aquí —contestó una voz amortiguada desde el exterior de las ruinas—. Pero hace un frío de mil demonios. Y aún no he probado bocado. Me pregunto constantemente por qué tenemos que estar siempre de guardia. ¡Si de todos modos nadie se atreve a acercarse a nosotros!

—¡No te falta razón! —gruñó el que estaba encima del muro—. Todos se mueren de miedo. Pero el jefe lo quiere así.

—Sí, por desgracia —gruñó el de abajo. Después volvió a hacerse el silencio.

Bisbita continuó caminando ensimismada. Así que fuera habían apostado otro centinela. ¿Porqué?

—¡Qué raro! —murmuró—. Tengo que contárselo a Cabeza de Fuego.

Al borde del oscuro agujero notó que abajo reinaba un silencio sepulcral. Se descolgó despacio por una de las largas cuerdas. Cabeza de Fuego, tumbado sobre la manta verde bajo la que ella había ocultado la comida, fingía dormir. Pero cuando llegó abajo, le hizo un guiño discreto. Los duendes yacían perezosamente por todas partes sobre mantas y cojines. La lata de cerveza vacía seguía tirada y también el cuenco de madera. Cuando los prisioneros se disponían a retirar ambas cosas, el jefe se incorporó en su colchón e hizo una seña impaciente al guardián apostado ante el almacén de provisiones.

—¡Eh, tú! —rugió—. Encierra de una vez a los prisioneros. Me ponen nervioso. Ya retirarán mañana todos esos trastos.



Bisbita comprobó que estaba completamente despierto sin el menor indicio de borrachera.

El guardián arreó con su garrote a los cansados prisioneros hasta conducirlos al rincón más oscuro y húmedo del sótano, muy lejos del almacén de provisiones. Allí había unas cuantas jaulas de madera viejas, como las que utilizan los humanos para los conejos. En ellas cabía justo un duende de pie. El guardián empujó a cada prisionero a una de las jaulas, cerrándolas luego por fuera con un cerrojo. La tela metálica con la que estaban revestidas tenía una malla tan estrecha que ningún duende podía pasar la mano por ella y abrir el pestillo. Y además era demasiado gruesa para morderla.

Bisbita vio, malhumorada, cómo el guardián revisaba de nuevo todos los cerrojos y retrocedía hasta la puerta del almacén. También el duende albino había observado con suma atención, y sólo cuando los prisioneros estuvieron enjaulados volvió a reclinarsse en su colchón.

Bisbita yacía en silencio junto a Cabeza de Fuego. Temblaba de cólera. No podía dejar de pensar en el pobre Cola de Milano y en los demás, encerrados en sus angostas jaulas mohosas.

Los duendes situados junto a ellos soltaban tales ronquidos que Bisbita se arriesgó a decir algo al oído de Cabeza de Fuego.

—La banda planea efectuar mañana un nuevo asalto. ¿Qué te parece si los acompañamos a ver a Sietepuntos?

Cabeza de Fuego hizo como si se volviera hacia ella en sueños.

—De acuerdo —susurró.

—Ah, por cierto, hay otro centinela más apostado —cuchicheó Bisbita—, en algún lugar del lindero del bosque, ante el muro. Me pregunto con qué finalidad. ¿Qué opinas tú?

—Me lo imaginaba —murmuró Cabeza de Fuego, somnoliento.

—¿Que te lo imaginabas? —susurró Bisbita sorprendida.

—Sí —gruñó Cabeza de Fuego, bostezando. Se giró hacia el otro lado y poco después roncaba tan ruidosamente como los demás.

Bisbita, por el contrario, apenas pudo pegar ojo en toda la noche.

# 9

*En el que el duende albino comete un grave error y Cabeza de Fuego demuestra que es un magnífico actor*



—¡Arriba, haraganes, en marcha!

Bisbita y Cabeza de Fuego se despertaron sobresaltados y recordaron en el acto dónde se encontraban. A escasos pasos de ellos, el jefe albino miraba impaciente a su alrededor. Tenía el pelaje

sedoso ligeramente erizado y los brazos en jarras apoyando sus manos de largas garras en las caderas.

—¿Cuánto tiempo he de esperar aún? —rugió.

Bisbita reparó aliviada en que no se refería a ella, sino a los dos duendes de al lado.

—Hoy vigilaréis vosotros el almacén. Y encargaos de que los prisioneros despejen un estante para el botín que traeremos. ¿Entendido?

—¿Otra vez nosotros? ¿Por qué? —se quejó uno de ellos, pero sin atreverse a mirar a los ojos al duende albino, sino con la cabeza servilmente agachada.

—¿Por qué no? —preguntó a su vez el jefe con su voz suave y amenazadora.

—Ya nos ha tocado dos veces esta semana, jefe.

—Es cierto —acudió el otro en ayuda de su amigo—. Dos. Y nos gustaría volver a participar en un asalto.

El albino meditó unos instantes. Después asintió.

—¡Está bien! —sus ojos claros vagaron inquisitivos y para espanto de Bisbita se posaron en ella y en Cabeza de Fuego—. ¡Vosotros! —ronroneó el duende albino, señalándolos con una de sus garras refulgentes—. ¿Sois nuevos, verdad?

Cabeza de Fuego y Bisbita asintieron.

—¿Qué os parecería quedaros aquí de guardia?

—¿Delante del almacén? —preguntó Cabeza de Fuego, que no daba crédito a su buena suerte.

—¡Exacto! —asintió el duende albino—. ¿Habéis escuchado mi otra orden?

—¡Sí... jefe! —contestó Bisbita evitando mirar sus ojos claros—. Los prisioneros tienen que despejar un estante.

—Exacto —el jefe sonrió satisfecho—. Los garrotes están junto al almacén. Haced que despejen bastante sitio. Tengo la impresión de que hoy conseguiremos abundante botín —y

volviéndose con una sonrisa malvada, rugió haciendo una seña—, ¡vámonos!

Casi todos los duendes se levantaron de sus colchones y se apiñaron junto a él. El duende albino se encaminó con paso ágil hacia la cuerda y trepó por ella. La horda lo siguió, y momentos después la cueva se quedó casi vacía.

Sólo unos quince duendes seguían repanchigados en sus mantas. Algunos se levantaron medio dormidos y treparon entre bostezos. El resto se quedó acostado e inició un nuevo concierto de ronquidos.

—¡Qué suerte! —dijo Cabeza de Fuego a Bisbita, cuchicheando—. Ahora podremos hablar tranquilamente con Cola de Milano y todos los demás. Lástima que se hayan quedado tantos, pues de lo contrario podríamos largarnos ahora mismo.

—Espacio, espacio —musitó Bisbita mientras se dirigían al almacén—. Tenemos tiempo hasta mediodía para pensar algo. Quién sabe... Hablemos primero con los prisioneros.

—Todavía hay un problema —dijo Cabeza de Fuego—. ¿Qué hacemos con Sietepuntos?

—¡Cielos! —gimió Bisbita—. Con los nervios me había olvidado por completo de él. ¡Estará preocupadísimo!

—Eso me temo. —Cabeza de Fuego asintió—. ¿Pero qué vamos a hacer? —cogió uno de los pesados garrotes situados junto a la entrada del almacén—. Tú quédate aquí y pon una cara lo más furiosa posible. Yo iré a por los prisioneros —sonrió—. ¡Se quedarán pasmados de asombro!

Silbando, se dirigió hacia las conejeras.

Cola de Milano y los demás prisioneros ya estaban despiertos y lo miraban a través de la tela metálica.

—¡Hatajo de gandules! —rugió plantándose ante las jaulas con las piernas abiertas—. ¡A trabajar! Voy a abrir los cerrojos, pero nada de tonterías o tendré que presentaros a este amiguito —y agitó el pesado garrote con fingida indiferencia.

Los prisioneros fueron saliendo uno tras otro de las jaulas de madera con las piernas entumecidas. Cola de Milano dijo unas palabras en voz muy baja a sus compañeros de infortunio. El asombro y la incredulidad se extendieron por sus rostros.

—¡Manos a la obra! —vociferó Cabeza de Fuego tan alto que los duendes que aún seguían roncando encima de sus mantas se incorporaron asustados.

Con gesto furioso condujo a los prisioneros hacia el almacén. Bisbita hizo un guiño discreto a Cola de Milano cuando pasó a su lado. Después se colocó ante la entrada enrejada con expresión siniestra. Cabeza de Fuego, entre insultos y maldiciones, siguió a los prisioneros al interior.

—¡Hay que despejar inmediatamente este estante! —gritó—. ¡Y deprisita!

Cola de Milano se volvió y sonrió a Cabeza de Fuego.

—¿No crees que exageras un poco? —susurró.

—Ni pizca —contestó Cabeza de Fuego en voz baja—, a fin de cuentas pretendemos convencer a los de ahí fuera. Venid —condujo al pequeño grupo ante unas estanterías enormes situadas en la pared del fondo de la estancia—. Aquí podemos hablar más alto —dijo—. Me llamo Cabeza de Fuego, ¿cómo os llamáis vosotros?

—Medioluto —dijo un duende bajito, de pelaje moteado en blanco y negro, sonriendo con

timidez a Cabeza de Fuego.

—Yo me llamo Limonera —dijo una mujer duende grande y gorda, de piel rojiza como un zorro.

—Mi nombre es Reymozo —le sonrió un duende delgado de color arena—. Y este pequeñajo pardo se llama Lobito.

Lobito hizo una pequeña reverencia muy graciosa.

—Es un honor —dijo Cabeza de Fuego—. ¿Seríais tan amables de meter mucho ruido en las estanterías mientras hablamos? Para que los de ahí fuera piensen que os estáis desollando las manos de trabajar.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí Bisbita y tú? —preguntó Cola de Milano tirando del estante unas cajas de galletas—. ¡Todavía no puedo creer que estéis aquí!

Cabeza de Fuego denegó con un ademán.

—Es una historia muy larga. La banda nos robó todas nuestras provisiones para el invierno y queremos recuperarlas. El resto os lo contaré otro día.

—¡Olvídalo! —Cola de Milano sacudió tristemente la cabeza—. Lo mejor será que os larguéis en cuanto tengáis ocasión. Antes de que el duende albino descubra que hay algo raro. Ese tipo es peor que un zorro hambriento.

Los otros prisioneros asintieron con una inclinación de cabeza.

—A veces he pensado huir —anunció Medioluto—, pero no existe la menor posibilidad, y menos en invierno. Con la tripa vacía no llegas muy lejos. Y si te atrapan —se estremeció—, te hacen cosas espantosas.

Cabeza de Fuego los miraba con incredulidad.

—No lo diréis en serio —dijo—. Vosotros sois cinco, nosotros con Sietepuntos tres...

—¿También está aquí Sietepuntos? —lo interrumpió Cola de Milano.

Cabeza de Fuego asintió.

—Sí. Se mantiene oculto en el bosque. Así que juntos somos ocho. Algo podrán hacer ocho duendes. ¿O preferís acaso quedaros aquí?

—¡Claro que no! —exclamó Limonera.



—¡Pues entonces! —Cabeza de Fuego escuchó unos momentos. No se oía nada inquietante—. Tapaos un poco las orejas —les rogó, respirando hondo—. ¿Qué demonios estás haciendo? —berreó—. ¡Déjalo ahora mismo ahí! —después sonrió satisfecho y se volvió de nuevo hacia los prisioneros—. Resumiendo, vosotros queréis marcharos de aquí y nosotros recuperar nuestras provisiones. Nosotros os ayudaremos y vosotros nos ayudaréis, ¿conformes?

—Pero ¿cómo? —preguntó Reymozo mirando dubitativo a Cabeza de Fuego.

—Eso lo decidiremos todos juntos —contestó Cabeza de Fuego—. Se me han ocurrido algunas ideas. ¿Sabéis dónde tiene esta banda la salida de emergencia? Porque seguro que tienen una, ¿verdad?

—Claro —respondió Cola de Milano—, sígueme.

Se abrieron paso entre algunas estanterías repletas hasta llegar ante una trampilla de hierro en el suelo.

—Ahí debajo está la salida de emergencia —informó Cola de Milano.

—¿Ahí debajo? Pues el sitio no parece muy acogedor que digamos.

Cola de Milano sonrió.

—Eso debió de ser en su día un desagüe. Ahora debajo de la trampilla hay una fosa en la que apenas cabe un duende de pie. Y desde ahí sale un pasadizo que conduce al exterior, delante de los muros de las ruinas. El duende albino lo hizo excavar hace mucho tiempo. Los prisioneros tenemos que arreglarlo de vez en cuando, por ejemplo después de fuertes lluvias. Por eso lo conocemos.

—¡Sabía que existía! —Cabeza de Fuego estaba radiante—. Sobre todo desde que Bisbita me contó anoche lo del otro centinela.

—Sí —afirmó Cola de Milano—, la salida del pasadizo está oculta detrás de la maleza y de unos tremendos pedruscos, y cerca de ella siempre monta guardia un centinela.

—Y la trampilla ¿también se puede cerrar con llave por dentro? —preguntó Cabeza de Fuego, arrodillándose junto al portillo. Tenía una cerradura normal y corriente, como la de una puerta de

los humanos.

—Por lo que yo sé, sí —dijo Cola de Milano.

—Bien —repuso Cabeza de Fuego—. ¿Y dónde está la llave? ¡Pero no me digas que la tiene el Albino!

Cola de Milano sacudió la cabeza.

—Peor aún. ¡La llave está debajo de la rata!

# 10

*En el que Sietepuntos prepara unas cuantas sorpresas y la situación vuelve a estar que arde*



Cabeza de Fuego volvió a salir del almacén y regresó al lado de Bisbita con expresión muy sombría.

—¿Qué ocurre? —le preguntó su amiga en voz baja.

En ese momento unos duendes empezaron a pelearse en los colchones, mientras los demás los miraban complacidos.

—Tenemos un problema —gruñó Cabeza de Fuego.

Detrás, en el almacén, los prisioneros armaban mucho ruido. Ahora estaban vaciando de verdad un estante.

—Cola de Milano me ha enseñado la salida de emergencia —susurró Cabeza de Fuego.

—¿Está ahí dentro? —los ojos de Bisbita relampaguearon—. Pues entonces...

—Está cerrada con llave —la interrumpió Cabeza de Fuego.

—Era de esperar —cuchicheó Bisbita—. ¿Y quién tiene la llave?

—¡Ahí está el problema! —susurró Cabeza de Fuego, tirando furioso al suelo el pesado garrote—. La llave está debajo de la rata.

—¿Cómo? —Bisbita miró horrorizada al duende negro.

—Ya te he dicho que había un problema —dijo Cabeza de Fuego mientras regresaba al almacén—. ¿Es que no podéis ir más deprisa? —le oyó gritar Bisbita.

Reapareció con cara de pocos amigos y se apoyó en la reja.

—No se me ocurre una solución a este problema —murmuró desesperado en voz baja.

En la cueva los duendes seguían distraídos con la riña y no les prestaban atención. Ellos, abstraídos, se devanaban los sesos pensando. Aún quedaba mucho para el mediodía. Pero el valioso tiempo hasta el regreso de la banda iba transcurriendo... y a ellos no se les ocurría nada. ¿Volvería a tener próximamente una oportunidad igual? Los prisioneros no estaban encerrados. Ellos montaban guardia delante del almacén de las provisiones. Y la mayor parte de la banda junto con su peligroso jefe estaba lejos, muy lejos. No obstante, sin la llave de la salida de emergencia no tenían la menor posibilidad de marcharse ante las narices de los demás duendes... Aún eran demasiados para eso. ¡Era para volverse loco! Cabeza de Fuego miraba, furioso, a la gigantesca rata. Todas sus esperanzas fracasaban con ella.

Arriba, en la entrada del sótano, pasaba algo. Un duende gordo y desgreñado con el pelaje oscuro se descolgó por una de las cuerdas. Saltó al suelo de un golpe y miró curioso a su alrededor.

Bisbita lo miró con incredulidad y susurró excitada:

—¡Cabeza de Fuego!

—Sí, ¿qué pasa? —malhumorado, se sobresaltó y abandonó sus sombríos pensamientos.

—¡Sietepuntos está ahí!

—¿Cómo?

—¡Viene hacia aquí!

El duende gordinflón caminaba indolente hacia ellos. Observó con disimulo a los duendes que se peleaban. Estos se habían vuelto aún más escandalosos y los que al principio se habían limitado a mirar ahora también intervenían en la gresca.

Sietepuntos se apoyó contra la pared justo al lado del almacén de provisiones, y simuló que contemplaba interesado la pelea. Cuando tuvo la certeza de que nadie miraba hacia allí, se volvió hacia sus dos amigos.

—¿Cómo va todo? —inquirió guiñándoles el ojo—, menudo trabajo bonito os han endosado. Y a mí me dejáis fuera, muñéndome de hambre en esa madriguera de conejos. Sencillamente, no he podido aguantar más la soledad... y el hambre —sus miradas vagaron inquietas de vuelta hacia los escandalosos ladrones—. Esos seguro que pueden volverse muy desagradables, ¿me equivoco?

—Sietepuntos —dijo Bisbita con un hilo de voz—, ¿te has vuelto loco? ¿Qué has hecho con tu pelaje?

—Me he revolcado en la porquería a conciencia. —Sietepuntos soltó una risita nerviosa—. ¿Ha quedado genial, verdad? ¡Así seguro que no reparan en mí!

—¿Y cómo has logrado pasar por delante de los centinelas? —preguntó Cabeza de Fuego, incrédulo.

—Oh. —Sietepuntos se encogió de hombros—, *no* ha sido nada difícil. Al ver que se iba la banda, comprobé que vosotros no salíais con ellos. Eso no me gustó. Tras esperar un rato, fui cojeando hasta los muros y les conté a los centinelas que me había torcido el pie y que no podía participar en el maravilloso asalto. Fingí mucha tristeza... y se lo tragaron.

—¡Recórcholis! —exclamó Cabeza de Fuego en voz baja, contemplando asombrado a su rollizo amigo—. ¡No te creía tan listo!

—Psé. —Sietepuntos sonrió con timidez—, es que sólo soy tan listo cuando estoy hambriento. Aunque de momento preferiría ocultarme en algún rincón seguro.

—Atiende —susurró Bisbita—, cuando yo diga «ahora», sal corriendo a la habitación de detrás de nosotros —dijo mirando a los duendes peleones, que se dedicaban a sacudirse puñetazos en la nariz—. ¡Ahora! —siseó Bisbita, y Sietepuntos desapareció detrás de la malla metálica.

Nadie se había dado cuenta. La rata contrajo las orejas y los miró.

—Bien —dijo Cabeza de Fuego—, entonces volveré a interpretar el papel de severo carcelero —dio media vuelta y entró en el almacén—. ¡Cuánta desidia! —gritó—. ¿Cómo es posible que aún no hayáis terminado?



Sietepuntos, sentado entre Cola de Milano y los demás, se dejaba palmear sus gruesos hombros mientras explicaba cómo había ido a parar a aquel horrible lugar su amigo Cola de Milano.

Cabeza de Fuego se sentó con ellos.

—¿Tenéis ya un plan? —preguntó Sietepuntos dejando resbalar sus ojos nostálgicos por todas las cajas y latas que se apilaban hasta el techo.

—Creí que tenía uno —gruñó Cabeza de Fuego—. Pero por desgracia hay un inconveniente. Yo...

—¡Cuidado! —cuchicheó desde fuera Bisbita.

Los prisioneros, levantándose de un salto, empezaron a apilar como fieras cajas y latas sobre el suelo. Cabeza de Fuego saltó al pasillo principal y agitó su garrote, vociferando:

—¡Ahí enfrente! Así no acabaréis nunca. ¡Cuando vuelva el jefe os vais a enterar!

Sietepuntos seguía sentado en el suelo, patidifuso, pero desapareció enseguida detrás de montañas de latas de conservas recién apiladas.

—¿Qué miráis con esa cara de bobos? —Cabeza de Fuego oyó la voz iracunda de Bisbita—. ¡Largo de aquí ahora mismo!

—¿Qué te pasa? —tres duendes de aspecto salvaje se situaron junto a Bisbita delante del almacén e intentaron mirar hacia el interior. Pero todo lo que vieron fue prisioneros que parecían extenuados vaciando un estante.

—Sólo queríamos preguntar si podrías darnos alguna fruslería —comunicó el mayor de todos enseñando sus dientes afilados—. Unas galletas, un poco de chocolate...

—¡No pienso daros nada! —rugió Cabeza de Fuego—. ¡Largaos con viento fresco!

—Bueno, bueno, por preguntar que no quede. Al fin y al cabo nos hemos deslomado a trabajar para conseguir todo lo de ahí dentro. ¿Me equivoco, compañeros?

Los otros dos asintieron, furiosos.

—¡Fuera de aquí! —gruñó Cabeza de Fuego—. ¡Fuera de aquí ahora mismo!

—Vamos, no te pongas así —ronroneó el que tenía enfrente—. El jefe no tiene por qué enterarse.

—¡Vaya si se enterará! —bufó Cabeza de Fuego—. De eso podéis estar seguros. ¿O te has creído que estamos de broma? ¿Cómo te llamas?

—Ahora presta atención —dijo el otro acercándose mucho a Cabeza de Fuego—. Hasta ahora nos hemos mostrado simpáticos y amables. Pero también podemos comportarnos de otra manera, ¿comprendes?

—¡Claro que comprendo! —Cabeza de Fuego exhibió una sonrisa maligna—. Y yo espero que tú comprendas esto —levantó su pesado garrote y Bisbita enseñó sus dientes afilados como agujas—. Marchaos de aquí por pies o vais a llevaros el disgusto más grande de toda vuestra vida.

Los tres duendes retrocedieron a toda prisa.

—Se ve que eres un tipo duro —comentó el que llevaba la voz cantante—. Pero nosotros somos tres, y aquí hay además otros muchos que no harían ascos a unas cuantas galletas extra. ¿No queréis pensároslo mejor?

Bisbita empuñó también su garrote. Era un objeto tan pesado que casi no podía levantarlo. Pero ojalá no se dieran cuenta esos tipejos. Se plantó ante ellos con aire amenazador.

—¡Ahora sí que me habéis hinchado las narices del todo! —rugió Cabeza de Fuego dando un paso adelante.

Entonces los tres duendes comenzaron a sonreír y a darse codazos entre sí.

—Olvidad el asunto —dijo el grande—. Vosotros dos estáis en orden. Habéis superado el test.

—¿El test? —Cabeza de Fuego tragó saliva—. ¿Pero de qué test hablas, maldita sea? ¿Qué significa esto?

—Bueno —dijo el otro entre las risitas de sus dos acompañantes—, el jefe encarga siempre a alguien que vigile a los centinelas durante su ausencia. No se fía de nadie ¿comprendes? Pero, como ya he dicho, habéis superado la prueba. En realidad no debería contároslo, pero ¿qué más da? —se encogió de hombros con indiferencia—. Me habéis caído simpáticos. Y por lo que se refiere a los prisioneros...

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó Cabeza de Fuego observando a los otros con hostilidad, mientras sentía un nudo en la garganta.

—No seas tan duro con ellos. Todavía los necesitamos. ¿Está claro?

—Sí. —Cabeza de Fuego asintió.

—Pues que te diviertas —replicó el duende con una risita burlona.

Y tras hacer una seña a los otros dos, desaparecieron al poco rato arriba, por el agujero del sótano.

—¡Buf! —gimió Bisbita—. ¡Nos hemos librado por los pelos!

—¡Ya lo creo! —replicó Cabeza de Fuego, respirando hondo—. Voy a entrar otra vez —regresó al almacén con las rodillas temblorosas—. Ya podéis parar, se han marchado —anunció.

Con un suspiro de alivio los prisioneros se desplomaron sobre los estantes. Sietepuntos salió con cuidado de detrás del montón de latas de conservas.

—¿Va todo bien? —preguntó, preocupado.

Cabeza de Fuego asintió.

Durante unos instantes permanecieron en silencio.

—Hemos perdido un tiempo precioso —dijo al fin Cabeza de Fuego—. Hay que seguir. Tenemos que encontrar una solución. Creí que podríamos largarnos de algún modo por la salida de emergencia —le explicó a Sietepuntos—, pero tenemos un problema.

—¿Cuál? —preguntó Sietepuntos.

—La salida de emergencia está cerrada con llave —explicó Limonera—, y la llave está debajo de la gorda barriga de una rata encadenada. Pertenece al duende albino.

Sietepuntos frunció el ceño y se le erizó el pelaje.

—¿Una rata? —preguntó—. ¿Ese es el problema?

—¿Acaso no te parece suficiente? —preguntó con impaciencia Cabeza de Fuego—. Tú te asustas hasta de las gallinas.

—De las gallinas, sí. —Sietepuntos lanzó una mirada de enojo a Cabeza de Fuego—. Pero no de las ratas... salvo que estén medio muertas de hambre.

Todos lo miraron atónitos.

—¿Está medio muerta de hambre esa rata? —preguntó Sietepuntos.

—No —contestó Reymozo *con* expresión de absoluto desconcierto—. El jefe en persona la alimenta todas las mañanas. Le da más comida que a nosotros.

—Y está encadenada, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Eso no les gusta riada a las ratas —dijo Sietepuntos, sacudiendo la cabeza meditabundo—. Pero nada de nada —se rascó la tripa vacía y suspiró. Después fue de uno a otro con expresión de fiera determinación—. De acuerdo, traeré la llave. ¿Cómo está sujeta la rata? ¿Lo sabe alguien?

—Con una cadena de perro que cuelga de una argolla de hierro colocada arriba en la escalera —contestó Cola de Milano—. El otro extremo está sujeto al collar de la rata con un mosquetón.

—Bien. —Sietepuntos asintió—. ¿Qué ocurrirá cuando tengamos la llave?

Cabeza de Fuego clavaba sus ojos en el duende gordo, como si este hubiera perdido el juicio.

—¡Estás loco, Sietepuntos! ¡Es una rata!

—Si digo que traeré la llave es que traeré la llave —repuso Sietepuntos enfadado—. Ahora es mejor que nos digas cómo piensas continuar cuando dispongamos de ella.

Cabeza de Fuego abrió y cerró la boca un par de veces, sin decir palabra. Al final carraspeó y expuso su idea.

# 11

*En el que el duende pequeño y rechoncho desempeña un papel estelar*



Por desgracia quedaba todavía un largo camino para convertir la idea de Cabeza de Fuego en un plan como es debido.

Mientras en la cueva dormitorio los duendes se cansaban de pelear y volvían a meterse entre las mantas y Bisbita montaba

pacientemente guardia delante del almacén, dentro, entre las estanterías repletas, se tramó la fuga más audaz que jamás habían emprendido los duendes. El regreso de la horda de bandidos se aproximaba. Ya apenas quedaban unas horas, y había que pensar muy bien todos los detalles. Cualquier fallo podía convertirlos en prisioneros de por vida.

Finalmente el plan quedó ultimado.

—Será una empresa muy peligrosa —suspiró Cola de Milano.

—¿No sería preferible esperar unos días? —preguntó Medioluto—. ¡De repente todo transcurre tan deprisa!

—¿Sabes cuándo nos volverán a asignar una guardia a Bisbita y a mí? —inquirió Cabeza de Fuego sacudiendo la cabeza—. No. Jamás volveremos a tener una suerte así. O lo conseguimos hoy, o nunca.

Todos callaron angustiados.

—¡Venga, venga! —exclamó Cabeza de Fuego incorporándose de un salto—. Aún no es mediodía, de modo que nos sobra tiempo. Ahora me reuniré con Bisbita e iniciaremos la primera parte de nuestro plan. Entretanto, vosotros meteréis en sacos tantas provisiones como podamos cargar, y lo colocaréis todo delante de la trampilla.

—Mucha suerte —le deseó en voz baja Cola de Milano.

—La necesitaré —dijo Cabeza de Fuego dirigiéndose a la salida—. ¡Más deprisa! —vociferó—. Como no terminéis pronto os echaré de aperitivo a la rata —salió a zancadas del almacén con expresión malhumorada—. ¡Comenzamos! —le dijo en voz baja a Bisbita y después, aporreando con toda su fuerza la pared del sótano con el garrote, gritó—: ¡Arriba! ¡Fuera de las mantas, deprisa!

Bisbita le dirigió una mirada de incredulidad.

—¡Vamos, salid todos! —insistió Cabeza de Fuego con tono grosero.

Los duendes se levantaron, perplejos.

—Eh, ¿a qué viene esto? —gruñó uno lanzando una mirada iracunda a Cabeza de Fuego—. ¿Estás loco o qué?

—¡No te pongas impertinente! —Cabeza de Fuego dio amenazador unos pasos hacia él—. Tengo orden del jefe de que los prisioneros limpien esta pocilga antes de su regreso. Así que marchaos arriba y tumbaos al sol.

—¡Menuda tabarra! —refunfuñó uno.

—Pues yo no he oído nada sobre esa orden —intervino otro, desconfiado.

—De acuerdo. —Cabeza de Fuego sonrió, enfurecido—. En ese caso no limpiaremos. Ya le contarás tú al jefe por qué esto sigue pareciendo una cochiguera.

—¡Vale, vale! —el duende miró enfadado a Cabeza de Fuego—. No te sulfures, que ya nos vamos.

Rezongando y despotricando, el tropel de duendes trepó por la cuerda hacia arriba.

—Al que durante la próxima hora se le ocurra asomar tan sólo la punta de la nariz —amenazó Cabeza de Fuego—, se pondrá a fregar también, ¿entendido? ¡Necesitaremos todavía muchísima ayuda!

Ante semejante perspectiva, los duendes treparon al doble de velocidad. En un abrir y cerrar de ojos desapareció el último sin dejar rastro. La cueva estaba vacía.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Cabeza de Fuego—. En toda mi vida había gritado tanto como aquí.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Bisbita, impaciente—. ¿Qué os proponéis?

—Nos largamos.

—¿Hoy? ¿Ahora mismo?

Cabeza de Fuego asintió.

—La primera parte de nuestro plan ha salido a pedir de boca. Ahora viene la segunda.

—¿Se han ido? —preguntó Cola de Milano saliendo con cuidado de detrás de la tela metálica.

—Sí —contestó Cabeza de Fuego—, más deprisa de lo que pensaba.

Cola de Milano miró con incredulidad las mantas vacías.

—Parece que funciona de verdad —musitó—, voy a informar a los demás ahora mismo.

Bisbita seguía mirando el gran agujero del techo. Pero ciertamente no se veía ni la punta de una nariz.

—A pesar de todo no debemos perder de vista lo de ahí arriba —dijo ella. Y volviéndose a Cabeza de Fuego, añadió—: ¿Cuál es la segunda parte?

—Sietepuntos irá a buscar la llave.

Bisbita, estupefacta, miró de hito en hito a Cabeza de Fuego. Pero antes de que pudiera decir nada, Sietepuntos estaba detrás de ellos.

—Lo has hecho muy bien —felicizó a Cabeza de Fuego palmeándole la espalda—. ¡Ahora me toca a mí!

Bisbita lo sujetó del brazo.

—Escucha, Sietepuntos...

En ese momento apareció arriba, en la entrada, un duende greñudo. Sietepuntos se agachó a la

velocidad del rayo detrás de la espalda de Bisbita.

—¿Acaso no me he explicado bien? —bramó Cabeza de Fuego.

—¡No gastes saliva! Soy yo —el duende que los había puesto a prueba antes atisbaba, curioso, hacia abajo—. Me han dicho que tenéis que hacer limpiar a los prisioneros. El jefe no me dijo nada de eso.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —contestó a voces Cabeza de Fuego—. A él no le gusta repetir las cosas. ¡Deberías saberlo!

El duende de arriba vaciló. Después esbozó una sonrisa.

—¡Es cierto! —exclamó—. Tienes razón, no le gusta nada. Pero —se inclinó hacia delante— recuerda lo que te he dicho. No trates con demasiada dureza a los prisioneros. Hace mucho tiempo que no los teníamos tan buenos.

—Claro —dijo Cabeza de Fuego—. Pero ahora, márchate. ¿O tendré que contarle al jefe que te gusta jugar a ser jefe durante su ausencia?

—Eres duro de pelar —gruñó el duende de arriba—. No te preocupes, no me dejaré ver durante un buen rato. No me interesa un pimiento observar a alguien limpiando. ¡Más bien me pone enfermo!

Y al momento su oscura cabeza desapareció.

—No soportaré esto mucho más tiempo —suspiró Bisbita.

Sietepuntos se incorporó con cautela.

—Creía que me había visto. Bueno, pasemos a la segunda parte. Cruzad los dedos para que la rata no esté tan hambrienta como yo.

Yantes de que Bisbita pudiera impedírselo, se fue con paso decidido hacia la escalera destruida.

¿Era de verdad Sietepuntos, el que se asustaba de las gallinas? Bisbita intentó seguirlo, pero Cabeza de Fuego la detuvo.

—No puedo explicártelo —dijo en voz baja—, pero creo que sabe lo que hace.

Sietepuntos estaba ya muy cerca de la escalera. La rata alzó sorprendida la cabeza y miró con curiosidad al duende rechoncho con sus ojos oscuros. Era la primera vez durante su largo cautiverio que alguien que no fuera el duende albino se acercaba a ella. Contrajo nerviosa la punta del hocico y sus largos bigotes vibraron. Cuando Sietepuntos comenzó a subir los escalones, se volvió. La pesada cadena tintineó y su rabo azotó, inquieto, la madera carbonizada.

Sietepuntos continuó su ascensión, peldaño tras peldaño, sin vacilar.

Bisbita y Cabeza de Fuego parecían petrificados y apenas se atrevían a respirar. En el penúltimo escalón, Sietepuntos se detuvo. Inspiró profundamente y miró cara a cara a la rata.

—Hola —dijo en tono bajo, pero firme.

La rata se quedó rígida, contemplando al duendecillo desgreñado.

—Como es lógico, no puedes entender mis palabras —dijo Sietepuntos, carraspeando—, pero estoy seguro de que me entiendes.

La rata aguzó las orejas y clavó los ojos en Sietepuntos.

—Vosotras, las ratas, sois muy inteligentes, lo sé de sobra —prosiguió—. En una ocasión tuve

que relacionarme con una de vosotras. Desde entonces sé que sois distintas de lo que afirman los duendes. Sobre todo las ratas sois inteligentes, muy inteligentes.

La rata movió su cabeza en dirección a Sietepuntos, y la cadena raspó el suelo. Cabeza de Fuego y Bisbita dieron un respingo, pero Sietepuntos permanecía muy tranquilo.

—Voy a hacerte una oferta —le dijo, señalando la cadena con su mano peluda—. Voy a liberarte, y podrás ir donde se te antoje. Pero antes me darás la llave que está debajo de tu barriga.

En la cueva reinaba un silencio sepulcral. Desde arriba llegaban voces de duende amortiguadas, pero en el oscuro sótano no se oía ni el vuelo de una mosca.

—Bueno, ¿qué me dices? —preguntó Sietepuntos subiendo muy despacio el último escalón. Ahora estaba justo delante de la rata. Rodeando la pesada cadena con sus manos, añadió—: ¿Deseas librarte de ella?

La rata se alzó despacio sobre sus patas. Bajo su gorda panza apareció una llave. Sin pensárselo dos veces, Sietepuntos se agachó y la recogió. La rata no hizo el menor movimiento. Pero no perdía de vista al duende ni un segundo.



Sietepuntos volvió a incorporarse. Sólo vaciló un instante. Después se aproximó a la rata. Su cadena, como había dicho Cola de Milano, estaba sujeta al collar con un mosquetón. La desnuda cola de la rata comenzó a contraerse de un lado a otro. Sietepuntos, haciendo acopio de todo su valor, separó el cierre de resorte y separó el pesado gancho del collar. Después soltó la cadena, que cayó al suelo con un fuerte tintineo... y la rata quedó libre.

Se miraron durante un instante interminable. Después la rata se sacudió y bajó las escaleras de un par de saltos. Sietepuntos la siguió con la llave.

—¡La ha soltado! —gimió Cabeza de Fuego apretándose contra la malla que tenía detrás.  
—¿Y qué esperabas? —siseó Bisbita sin quitar ojo de encima a la rata—. ¿Creías que iba a entregar la llave a cambio de unas cuantas caricias?

La rata estaba en mitad del sótano. Olfateando, alzó el afilado hocico. El triunfo relampagueó en sus ojos. Después lanzó una larga mirada cargada de odio hacia el lugar donde por las noches reinaba el duende albino.

Intranquila, Bisbita miró arriba, al agujero del sótano.

Si ahora alguien miraba hacia abajo, todo estaría perdido. Pero las voces de Cabeza de Fuego habían surtido efecto. Arriba no se movía nada. Sólo se escuchaban unas carcajadas amortiguadas.

Sietepuntos marchó derecho al almacén. La rata se volvió despacio y trotó tras él. Bisbita y Cabeza de Fuego no daban crédito a sus ojos. Cuando Sietepuntos se detuvo finalmente ante ellos, la rata estaba justo a su espalda. Deslizándose su hocico afilado junto a Sietepuntos, escudriñó a los otros dos con sus ojos redondos.

—¡Nosotros hemos terminado! —llegó del almacén la voz queda de Cola de Milano—. ¿Qué hay de Sietepuntos? —asomó la cabeza por la puerta y al ver a la rata, retrocedió de un salto, horrorizado.

—Debéis moveros todos con calma y muy despacio —dijo Sietepuntos acariciando con cautela el pelo gris parduzco de la rata—. Haced como si os diera igual. O se pondrá nerviosa.

Los demás asintieron en silencio.

—¿Tiene que entrar también ella en el almacén? —preguntó Cabeza de Fuego aturdido.

—Pues claro —contestó Sietepuntos—, y también en el pasadizo. ¿O crees que puede subir trepando por la cuerda?

Cabeza de Fuego tragó saliva.

—Yo diría que voy a abrir ahora la trampilla de la salida de emergencia —advirtió Sietepuntos entrando en el almacén. La rata lo siguió.

—¡Permaneced muy tranquilos! —recomendó Sietepuntos en voz baja a los prisioneros, que se apiñaban en un rincón, aterrados—. Ya veis que es inofensiva. Sólo desea salir de aquí... igual que nosotros.

La rata miró interesada a cada uno y olfateó placenteramente el aire. Cabeza de Fuego condujo a Sietepuntos hasta la trampilla de hierro. El duende gordo se agachó junto a ella y con dedos temblorosos deslizó la llave en la cerradura. Se oyó un suave clic. Sietepuntos sonrió aliviado y abrió la trampilla. Una fosa oscura se abrió como un bostezo ante ellos.

—Comprueba si también encaja desde dentro —dijo Cabeza de Fuego.

Sietepuntos metió la llave en la cerradura por el otro lado.

—No hay problema —afirmó.

—Maravilloso. —Cabeza de Fuego soltó un suspiro de alivio—. Entonces bajad ahora los sacos al pasadizo y escondedlos allí. Bisbita y yo pondremos en marcha la tercera parte. Sietepuntos, tú quédate aquí. Por hoy ya has hecho bastante y —señaló con disimulo a la rata— vigilarás a nuestra amiga, ¿verdad?

—Primero comeré algo —contestó Sietepuntos deslizándose los ojos inquisitivos por los estantes repletos—. Me lo he ganado.

Cabeza de Fuego lo miró sin habla.

—¿Piensas comer ahora? —balbuceó.

—Desde luego. —Sietepuntos tiró de una caja de galletas, mientras la rata lo observaba con interés—. ¿Por qué no? Es el momento justo para ello.

—No lo comprendo —gimió Cabeza de Fuego—. ¡Es que no me cabe en la cabeza!

Bisbita, riendo, agarró por el brazo al duende negro.



—Anda, acompáñame —dijo empujándolo hacia delante—, que va a empezar la tercera parte y antes tienes que explicármela.

# 12

*En el que se corre, se trepa, se grita y se maldice de principio a fin*



—Presta atención. —Cabeza de Fuego lanzó una mirada apresurada a la entrada del sótano, pero allí arriba nada se movía—. Lo haremos así: primero llevaremos a la salida de emergencia todas las cuerdas que cuelgan y andan tiradas por aquí. Después romperemos la

escalera de mano. Aquí abajo no debe quedar nada con lo que esos indeseables puedan trepar hasta la entrada del sótano.

—¡Ajá! —Bisbita asintió, aunque en realidad no entendía una palabra.

—En cuanto los demás hayan arrastrado hasta el pasadizo los sacos con las provisiones —prosiguió Cabeza de Fuego en voz baja—, comenzaremos. Ascenderemos por las cuerdas y gritaremos que los prisioneros se han rebelado y están destrozando las provisiones.

Bisbita comenzó a sonreír.

—Sagaz —susurró—. Muy sagaz.

Cabeza de Fuego sonrió, halagado.

—Ha sido idea mía. Pero, sigamos. Cuando hayamos vuelto completamente loca a la banda y todos se abalancen hacia el agujero, uno de nosotros volverá a bajar delante de toda la cuadrilla. ¿Quién de los dos es más rápido?

—¡Yo! —susurró Bisbita.

—¡Cierto! —reconoció Cabeza de Fuego—. Entonces tú bajarás por la cuerda, correrás ante la horda hacia el almacén, cruzarás entre las estanterías y te dirigirás hacia la trampilla. Luego, hop, te meterás de un salto en la fosa y Sietepuntos, zas, cerrará con llave la trampilla sobre vuestras cabezas. La banda se dirá «Demonios, es una trampa» y correrá hacia las cuerdas. Pero yo ya las habré subido.

Bisbita estaba radiante.

—¡Genial! —exclamó en susurros.

—¡Pues, manos a la obra!

Retiraron las cuerdas a la velocidad del viento y destrozaron la escalera de mano. No había transcurrido ni una hora desde que habían expulsado arriba a los duendes. Cada vez con más frecuencia, los ojos de Cabeza de Fuego se dirigían, preocupados, hacia arriba, pero nadie apareció. A juzgar por los sonidos que bajaban hasta sus oídos, la banda se estaba divirtiendo de lo

lindo y no perdía ni un minuto pensando en los prisioneros que limpiaban.

—Enseguida se les pasará la risa —dijo Cabeza de Fuego—. Voy a preguntar si los demás están preparados —regresó en un abrir y cerrar de ojos—. ¡Ya lo tienen todo dispuesto!

Bisbita asintió. Durante unos momentos se miraron en silencio.

—Ha llegado la hora —anunció Bisbita en voz baja—. Ojalá tengamos tanta suerte como antes.

—Bastante mala suerte hemos tenido ya este invierno —comentó Cabeza de Fuego.

—Es verdad. —Bisbita sonrió débilmente.

—¡Adelante! —les animó Cabeza de Fuego—. Ya lo verás, será un juego de niños.

Corrieron hacia las cuerdas bamboleantes y comenzaron a trepar por ellas. Cuando casi habían llegado arriba, empezaron a gritar.

—¡Socorro! —gritó Cabeza de Fuego.

—¡Auxilio! —chillaba Bisbita.

Salieron a la luz del día saltando fuera del oscuro agujero y corrieron hacia los atónitos bandidos. Todos estaban tumbados perezosamente al sol invernal, excepto los centinelas de guardia.

—¡Deprisa! —gritó Cabeza de Fuego, agitando los brazos como un poseso.

—¡Sí, apresuraos! —vociferó Bisbita horrorizada, girando los ojos en sus órbitas.

—¿Qué pasa? —los centinelas los miraban atónitos desde lo alto del muro.

—Tenéis que daros prisa —jadeó Cabeza de Fuego.

—¿Y eso por qué, demonios? —rugió impaciente uno de los centinelas.

Los otros duendes se apiñaban alrededor de Bisbita y Cabeza de Fuego, muy inquietos. Se produjo una ruidosa algarabía. Mil preguntas nerviosas flotaban en el aire.

—Los prisioneros... —balbuceó Bisbita.

Los centinelas saltaron desde el muro. Y en la gran abertura de la puerta del anillo fortificado apareció, muy agitado, el duende que montaba guardia en la salida de emergencia.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó.

—Los prisioneros nos han amenazado y se han rebelado —clamó Cabeza de Fuego.

—Nos han quitado los garrotes —vociferó Bisbita—, han volcado las estanterías y están destruyendo las provisiones. Tenéis que venir. ¡Deprisa!

Tras esas palabras, dio media vuelta y corrió de nuevo hacia el agujero del sótano. ¡Ahora todo dependía de ella!

Los latidos de su propio corazón atronaban sus oídos. Jadeando, bajó cimbreado por una de las cuerdas. Lanzó una ojeada arriba. Toda la horda la seguía. Pero se amontonaban y empujaban tanto, que sólo unos pocos colgaban de las cuerdas.

«Tanto mejor» pensó Bisbita. «¡Tomaos tiempo!».

Al llegar abajo, saltó al suelo y salió disparada hacia el almacén.

—¡Ahí dentro están! —gritó corriendo como nunca en su vida.

Los duendes ladrones la seguían armando barullo.

Al llegar al almacén, se introdujo a toda prisa entre las estanterías. A sus espaldas, los pasos

ruidosos resonaban a una distancia amenazadora. «¡No pueden adelantarme!», pensó Bisbita desesperada.

Ante sus ojos se encontraba la trampilla salvadora. Bisbita voló hacia ella. Resbaló, volvió a enderezarse y se deslizó dentro del oscuro orificio. Los demás ya habían alcanzado el pasadizo. Sólo Sietepuntos esperaba, protegido por la trampilla. Rápido como el rayo cerró la tapa de hierro por encima de ellos y giró la llave en la cerradura.

Permanecieron sentados en la oscuridad, sin aliento, muy juntos uno del otro. Se aproximaban pasos. A sus oídos llegaron salvajes insultos. Los salteadores, burlados, patearon la puerta de hierro hasta atronar las cabezas de Bisbita y de Sietepuntos que, desesperados, se taparon los oídos.

Al final el estruendo por encima de sus cabezas disminuyó. Se oían voces alteradas, pero luego los pasos se alejaron tan ruidosamente como habían venido.

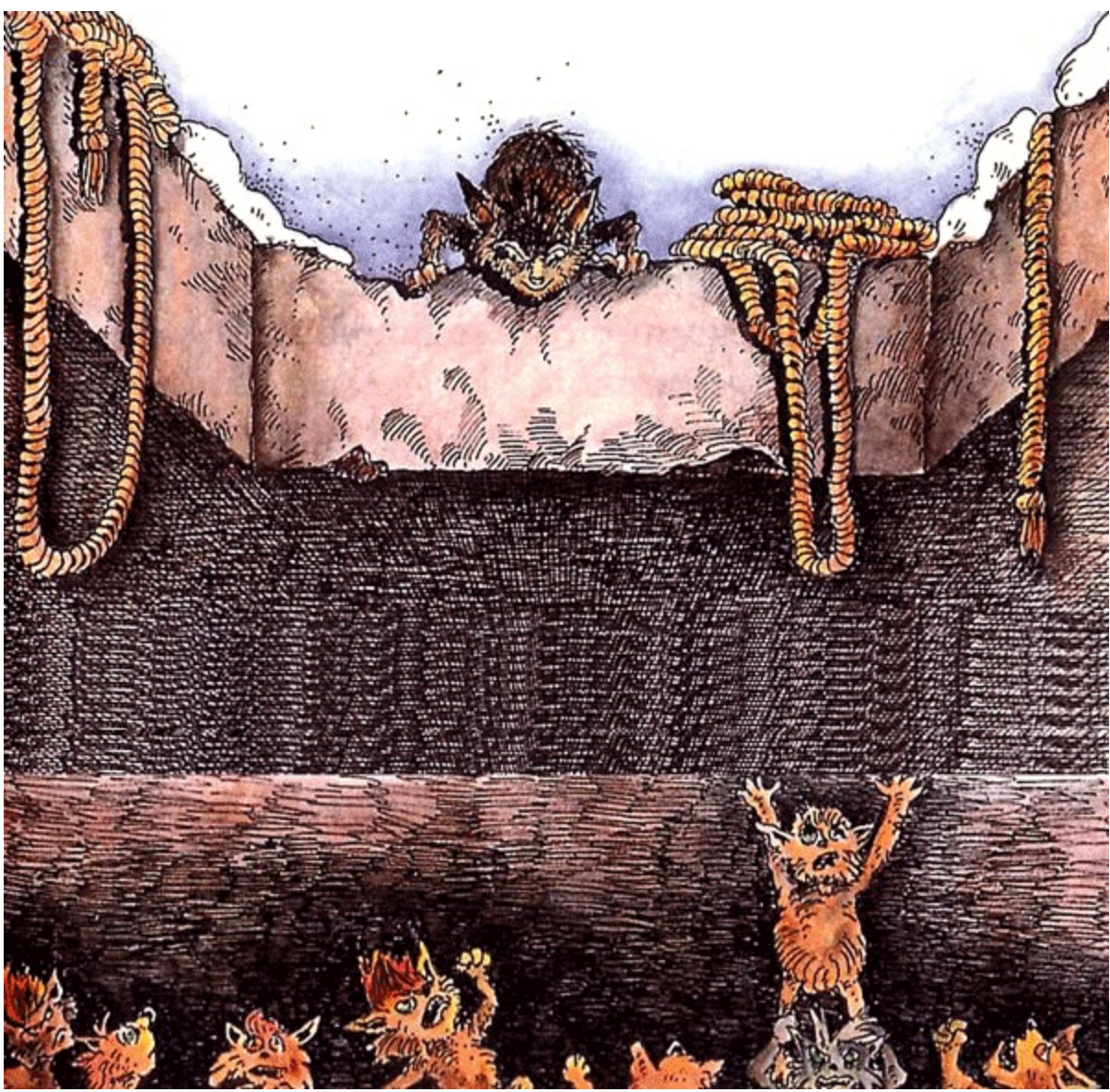
Bisbita soltó un sonoro suspiro de alivio.

—¿Habéis llevado todo al pasadizo? —preguntó en voz baja.

—Claro —respondió Sietepuntos—. Seguramente ya está todo fuera. ¡Anda, salgamos también nosotros!

—De acuerdo —accedió Bisbita, levantándose—. Ahora sólo nos resta esperar que a Cabeza de Fuego le haya salido todo bien.

Pero no habría debido preocuparse por ello. En cuanto el último duende bajó al suelo del sótano, Cabeza de Fuego empezó a izar las pesadas cuerdas. Al principio subió todas hasta una altura donde nadie pudiera alcanzarlas desde abajo. A continuación las sacó una tras otra por el agujero. Cuando los duendes regresaron como una tromba a su cueva dormitorio, ya era demasiado tarde. Por mucho que saltaron y se auparon unos sobre los hombros de otros para intentar alcanzar alguna cuerda, estas llevaban ya un buen rato balanceándose a demasiada altura sobre sus cabezas y por último desaparecieron del todo. A cambio apareció por el agujero del sótano el rostro risueño de Cabeza de Fuego.



—¡Bueno, listillos! —gritó hacia abajo—. ¡Espero que esto os sirva de lección y no volváis a interponeros en nuestro camino!

Los duendes le dedicaron una sarta de salvajes palabrotas mientras sacudían sus puños con gesto amenazador. Cabeza de Fuego los saludó, burlón. Los ladrones gritaron de furia hasta enronquecen Hirviendo de ira, corrían de un lado a otro entre las mantas en busca de la escalera y las cuerdas. Pero Bisbita y Cabeza de Fuego habían trabajado a fondo.

El duende negro lanzó una última mirada de satisfacción a la jauría vociferante. Después se volvió. Había que quitar las cuerdas para trepar. Pero eran demasiado largas y pesadas para llevárselas. Así que las arrastró sin más hacia el enorme montón de basura, cavó a toda prisa un agujero no muy profundo, las introdujo en él y volvió a esparcir por encima la fétida basura.

—¡Lástima no poder ver la cara de ese jefe tan requeteinteligente cuando regrese a casa! —Cabeza de Fuego suspiró y se limpió en la nieve las manos apestosas.

Después se apresuró hacia el agujero entre los muros derruidos, miró cauteloso a su alrededor y corrió hacia donde suponía el final de la salida de emergencia. Tal como había pensado estaba entre los primeros árboles, hábilmente escondida entre raíces de árbol, zarzas y grandes piedras.

Sacos llenos hasta los bordes se apilaban por todas partes en la nieve. ¡Lo habían conseguido!

¡Lo habían conseguido de verdad! Cabeza de Fuego lanzó una rápida ojeada hacia el sol. Acababa de abandonar su posición del mediodía. Aún no se oía ningún ruido inquietante procedente del bosque nevado. Sólo las voces iracundas de los duendes encerrados llegaban mitigadas hasta él. Ojalá les quedara tiempo suficiente para largarse de allí.

Entre las provisiones estaban los antiguos prisioneros con rostros resplandecientes de alegría sonriendo al sol. Reymozo y Lobito llevaban meses sin ver la luz del día. Limonera se revolcaba en la nieve para librarse del hedor del sótano. Cuando llegó Cabeza de Fuego, Sietepuntos y Bisbita salían encogidos del pasadizo... seguidos por la rata.

—¡Debemos marcharnos sin pérdida de tiempo! —exclamó Bisbita.

Cada uno cogió un saco, y se miraron indecisos.

—En fin, ha llegado el momento —dijo Medioluto.

Los demás agacharon la cabeza con timidez. Nadie sabía qué decir.

—Sí, ha llegado —confirmó Cabeza de Fuego, sonriendo—. Por desgracia no tenemos tiempo para celebraciones. Pero ¿quién sabe? A lo mejor volvemos a vernos algún día. Aunque espero que sea en algún lugar más agradable.

—Borrad bien vuestras huellas —recomendó Bisbita— y sobre todo no os dejéis atrapar nunca más.

—¡Tenlo por seguro! —dijeron todos sacudiendo la cabeza.

—Entonces, adiós...

Reymozo fue el primero en dar media vuelta, vacilante, y, tras saludar a todos con la mano, se abrió paso entre la maleza con su valiosa carga. Lobito lo siguió con sonrisa apocada, luego Limonera y para terminar Medioluto. Al final todos desaparecieron, casi como si nunca hubieran estado allí.

Atrás quedaron Cabeza de Fuego, Bisbita, Cola de Milano, Sietepuntos... y la rata.

Sietepuntos la miró asombrado.

—¿Tú no quieres marcharte? —le preguntó.

Los ojos oscuros lo miraban, serenos.

—Creo que quiere acompañarnos —opinó Sietepuntos, atónito.

—Pues a lo mejor no está nada mal —dijo Cabeza de Fuego—. ¿Crees que tirarías de mi camión? Espero que lo hayas traído hasta aquí.

—Aquí lo tienes.

Sietepuntos sacó el llamativo camión de debajo de la zarzamora nevada. Cargaron en él dos de los sacos a toda prisa. Los demás se los echaron a hombros. Con toda naturalidad, la rata cogió en la boca la cuerda del juguete y miró esperanzada a sus acompañantes.

—No doy crédito a lo que ven mis ojos —susurró Cabeza de Fuego, estupefacto.

—Quiere decir que debemos marcharnos —explicó Sietepuntos—, y tiene toda la razón.

La rata había desaparecido ya entre la maleza con el camión de Cabeza de Fuego. La siguieron presurosos. Sólo Bisbita se quedó todavía unos momentos y alzó la vista hacia los tenebrosos muros. Los gritos y juramentos de los duendes burlados llegaban todavía hasta el exterior. Bisbita sonrió satisfecha. Luego cogió una rama y borró todas las huellas.

# 13

*Que comienza con una tempestad y termina con una rata enfurecida*



—¿Ves algo? —preguntó Cabeza de Fuego.

Habían dejado atrás las dos colinas y se encontraban al borde de un claro nevado en medio de la zona pantanosa. Bisbita había trepado a un árbol alto y desde allí oteaba en todas direcciones.

—No, nada —gritó hacia abajo—. Pero con la tempestad es difícilísimo ver algo.

Hacía una hora que el sol había desaparecido detrás de grandes cúmulos de nubes que se apilaban a gran altura y cubrían todo el cielo. El viento aumentó su fuerza y comenzó a desplazarlas como si fueran espuma sucia. Todo el bosque estaba en movimiento. Ramas y hierbas se mecían de un lado a otro bajo su carga de nieve, y los árboles jóvenes doblaban al viento sus delgados troncos.

—Es inútil —gritó Bisbita. El fragor que la rodeaba aumentaba cada vez más. Descendió a toda prisa—. ¡Debemos continuar sin demora! —dijo echándose de nuevo sobre sus hombros el pesado saco—. Se avecina una tempestad, y de las que hacen época. ¡Tenemos que estar fuera del claro cuando estalle!

Prosiguieron su marcha. Pero a pesar de las prisas, los pesados sacos sólo les permitían avanzar lentamente. El sol encima de ellos parecía cada vez más amenazador, y los árboles protectores distaban todavía un buen trecho. Estaban expuestos al viento gélido que traspasaba su pelaje como si fuera un abrigo agujereado. Tenían las piernas y los pies cansados y desollados, pero continuaron. Tenían que detenerse una y otra vez para borrar sus huellas. Los duendes ladrones no debían enterarse jamás de *quién* los había burlado. Por fin alcanzaron los árboles. La rata fue la primera en desaparecer entre la maleza. Los duendes la siguieron apresuradamente dando trompicones.



Sietepuntos lanzó una mirada de preocupación a las sombrías nubes. Copos de nieve helados caían como diminutos pinchazos sobre ellos, tan espesos que pronto dejaron de ver sus propias manos delante de los ojos.

—¡Tenemos que encontrar un refugio! —gritó Cola de Milano.

En ese mismo momento la rata desapareció con el camión de Cabeza de Fuego debajo de unas raíces de árbol. Sin vacilar, los cuatro duendes se deslizaron tras ella.

—¡Qué estrecho es esto! —gruñó Bisbita.

Las raíces de árbol ocultaban una verdadera cueva, pero sólo podía cobijar a los cuatro duendes, la rata y todo su equipaje si todos se apretujaban bien entre sí. Acurrucados como sardinas en lata, atisbaron hacia fuera por entre las raíces nudosas. El bramido del viento aumentaba su fuerza. El árbol encima de ellos comenzó a gemir y a crujir.

—¡Maldita suerte! —despotricó Cabeza de Fuego... que se dio cuenta de pronto de que estaba estrechamente apretado contra la rata. Sus ojos estaban a muy poca distancia de los suyos y lo observaban interesados.

—Sietepuntos —gimió Cabeza de Fuego—, ¿estás seguro de que tu amiga está saciada?

—No te alteres —gruñó Sietepuntos, al que la tormenta asustaba bastante más—. No nos hará nada.

—Vale. —Cabeza de Fuego cerró los ojos, y la rata, aburrida, apartó la vista de él.

La tempestad desataba toda su furia por el bosque, sacudía y agitaba los árboles desnudos y hacía bailar la nieve ante ella. Los duendes y la rata, sentados muertos de frío en su escondite lleno de corrientes de aire, escuchaban el fragor del viento, recordando con nostalgia sus cuevas calientes y protegidas. En realidad pretendían estar en casa antes de que oscureciera. Pero la tempestad había aniquilado esa esperanza.



Cuando el bramido del viento y los quejidos de los árboles enmudecieron al fin, habían pasado una eternidad acurrucados bajo las raíces del árbol. Se abrieron paso con esfuerzo hasta el exterior entre la nieve recién caída. El sol había salido de nuevo de detrás de las nubes, pero estaba a punto de ocultarse tras las copas de los árboles. Gimiendo, los duendes estiraron sus miembros entumecidos.

—Mirad esto —dijo Bisbita.

Poderosos remolinos de nieve se alzaban como torres a su alrededor. Y al árbol bajo el que se habían acurrucado se le había partido una poderosa rama que se había hundido en la nieve junto con el ramaje.

—¿Cuánto tiempo nos quedará hasta el arroyo? —preguntó Cabeza de Fuego.

Bisbita se encogió de hombros.

—Una hora creo.

—¡Pues, en marcha! —Cabeza de Fuego levantó su saco de provisiones—. No quiero salir ileso de una aventura semejante para acabar devorado por un búho en una noche oscura.

En silencio caminaron pesadamente por la nieve recién caída. Pasaron con esfuerzo por encima de altos montones de nieve arremolinada y bajo ramas partidas. Al menos, con la nieve reciente borrar las huellas era un poco más fácil.

Casi habían llegado al arroyo cuando un torbellino de nieve muy alto les cerró el camino. Con esfuerzo tiraron de sus pesados sacos hasta arriba. Sólo la corteza de árbol que llevaban bajo los pies impedía que se hundieran en la nieve junto con su carga.

La rata parecía muy descansada, pues llegó arriba rápidamente junto con el camión cargado hasta los topes. Aunque una vez allí se detuvo de pronto como si hubiera echado raíces.

—¿Qué le pasa? —preguntó Bisbita.

Sietepuntos alzó la vista, asombrado, hacia la rata.

—No tengo ni idea —contestó.

—Chisst —cuchicheó Cola de Milano tumbándose boca abajo en la nieve—. ¡Oigo algo!

Los cuatro contuvieron la respiración y escucharon. A sus oídos llegaron las pisadas de muchos pies.

—¡No puede ser! —susurró Bisbita, horrorizada.

La rata soltó la cuerda del camión y enseñó sus largos dientes. Todo su cuerpo parecía temblar.

—¡Son ellos! —gimió Sietepuntos—. Seguro. ¡Si os fijáis en la rata, sabréis quién se acerca!

En ese mismo momento la rata profirió un estridente chillido y salió disparada bajando por el torbellino de nieve. Los cuatro duendes subieron a toda prisa hasta arriba y acecharon cautelosos por encima de la cumbre nevada.

A unos treinta cuerpos de duende delante de ellos se veía una horda de duendes, como petrificada, entre los árboles. El pelaje blanco de su jefe destacaba débilmente de la nieve en medio de la oscuridad. Con los ojos dilatados por el asombro miraban a la rata gigantesca que se abalanzaba contra ellos enseñando los dientes. La nieve se esparcía tras ella como una bandera de humo. Ya se encontraba a pocos pasos de los ladrones.

El duende albino la reconoció en el acto, y supo que iba a por él. Durante un instante se quedó

petrificado. Después giró como un remolino, se abrió paso entre sus huestes que continuaban sin saber qué hacer y corrió para salvar la vida. Cuando la rata pasó entre su gente, trepó como un rayo al tronco del árbol más cercano.

Los cuatro duendes observaron desde detrás del remolino de nieve cómo la rata frenaba bruscamente su carrera y se lanzaba rugiendo contra el tronco del árbol. Resoplando y regañando los dientes, se incorporó y miró hacia arriba. Tras ella, los ladrones se dispersaron en todas direcciones, dejando descuidadamente tirado en la nieve el escaso botín que portaban.

Su jefe, temblando y estremeciéndose, trepó a una gruesa rama. Con la cara deformada por el pánico, se acurrucó y miró fijamente a la rata, que seguía lanzándole bufidos.

—¿Por qué no trepa tras él? —preguntó Bisbita en voz baja.

—Debe de estar demasiado alto para ella —contestó Sietepuntos en susurros—. Además así es cómo él tiene menos posibilidades de escapar. Ella permanecerá ahí toda la noche. Y todo el día y la noche siguiente, si es necesario. Casi me da pena el pobre tipo.

—Sólo puede esperar a que ella se quede dormida tarde o temprano —murmuró Bisbita—, o sus días de duende vivo habrán llegado a su fin.

—Y entonces quizá no sepa nunca que nosotros hemos conseguido burlarle —dijo Cabeza de Fuego decepcionado.

—Si alguna vez regresa a sus ruinas, eso le dará igual —dijo Bisbita.

En silencio contemplaron un rato más a la rata y a su prisionero, que ahora era el duende albino.

—Vamos —dijo al fin Cola de Milano, levantándose—, continuemos nuestro camino. Quiero llegar a casa de una vez.

*En el que cinco duendes muertos de hambre pueden por fin atiborrarse  
y la historia tiene un final muy feliz*



Hasta muy entrada la noche no llegaron a la cueva de Sietepuntos. Ninguna fiera, ni tormenta de nieve, ni duende saqueador se cruzó en su camino. A pesar de todo, estaban más muertos que vivos cuando alcanzaron el árbol caído. Les dolían los hombros, brazos y espaldas

a causa de los pesados sacos. Además, encima habían tenido que arrastrar el camión cargado hasta los topes durante el resto del camino y se habían lastimado las manos de tirar de la cuerda. Ya no sentían sus piernas y pies, y tenían las orejas y narices casi heladas. ¡Pero al fin estaban en casa! ¡Lo habían conseguido!

—Hemos llegado —musitó Bisbita, incrédula, dejando resbalar el pesado saco de sus hombros heridos.

—¡Yujuuuu! —Cabeza de Fuego se tiró en la nieve cuan largo era.

Cola de Milano y Sietepuntos cayeron uno en brazos del otro, riendo.

—Me parecía imposible.

Cok de Milano dio un suspiro de felicidad.

—¡En realidad yo aún no me lo creo!

Se oyó un rumor debajo de la enorme corona del árbol, y un duende de color arena asomó asustado la cabeza fuera de la madriguera.

—¡No te asustes, Libélula Azul —gritó Bisbita entre risas—, que somos nosotros! ¡Estamos aquí de nuevo!

—¡Bisbita! —exclamó aliviado Libélula Azul saliendo deprisa de la cueva.

—¡Libélula Azul! —gritó Cola de Milano, sorprendido.

Durante un buen rato se saludaron y se abrazaron. La luna asomó su cara redonda entre las nubes negras, como si quisiera cotillear un poco.

—Vamos —dijo Bisbita por fin—, traslademos los sacos a la cueva antes de que se mojen nuestras valiosas provisiones.

—¿De modo que le habéis arrebatado el botín a la cuadrilla de ladrones? —preguntó Libélula Azul mirando con devoción los sacos llenos.

—Sí. —Cabeza de Fuego asintió, henchido de orgullo—. Seguramente no serán las latas y

cajas del Pardo, pero la cantidad debe de ser casi la misma.

Haciendo acopio de sus últimas fuerzas recogieron los sacos y los transportaron a la madriguera cálida y seca. Y Cabeza de Fuego incluso volvió a salir a pesar de sus miembros derregados y ocultó su queridísimo camión.

Luego prepararon un banquete. Al pobre Libélula Azul, que estaba medio muerto de hambre, casi se le saltaron los ojos de las órbitas al ver de repente tanta comida amontonada ante él.

—¿Tienes agua aquí, Libélula Azul? —preguntó Cola de Milano.

Libélula Azul asintió, sin apartar los ojos de la comida.

—Ahí al fondo, en el viejo frasco de mostaza —murmuró.

Cola de Milano esbozó una sonrisa de satisfacción y sacó una bolsita delgada de uno de los sacos.

—Entonces voy a preparar algo de beber —dijo, haciendo a los demás un guiño prometedor.

Tras morder una esquina de la bolsa, sacudió su contenido en el agua. Una lluvia de polvo rojo brotó de ella. El agua se tiñó y empezó a hervir y espumear como loca.



—¿Qué es eso? —Sietepuntos se acercó, picado por la curiosidad.

Los demás también abrieron los ojos como platos y se olvidaron de la comida por unos instantes.

—Se llama gaseosa. —Cola de Milano sonrió—. A veces tenemos que preparársela al duende albino. Coged esas tapas de botella de ahí y venid a probarlo. Pero deprisa, que esto no burbujea mucho rato.

—Mmmm, está de muerte —dijo Sietepuntos relamiéndose—. Casi tan rico como las frambuesas —sorbiendo ruidosamente, vació dos tapas llenas—. Bueno —dijo al fin, eructando—, ahora a comer.

—Sietepuntos, eres casi tan glotón como los duendes ladrones —suspiró Bisbita.

Y comieron y comieron y comieron. Bisbita y Cabeza de Fuego habían disfrutado del abundante festín en la guarida de los ladrones, pero los demás tenían la sensación de tener

suficiente comida por primera vez desde hacía semanas.

Cuando todos se hubieron saciado al fin, Libélula Azul comenzó a acribillarlos a preguntas. Quería enterarse punto por punto de todo lo que les había pasado.

Transcurrió la noche y comenzó un nuevo día. Pero en la madriguera de Sietepuntos aún no habían terminado de contar. Sólo cuando el día volvió a estar medio acabado y fuera comenzó a nevar, cinco duendes completamente felices y atiborrados se tumbaron en las hojas.

Al día siguiente entablaron una larga batalla de bolas de nieve. Y después... después decidieron que seguramente sería muy divertido pasar el invierno no los tres, sino los cinco juntos. Así que Cola de Milano y Libélula Azul llevaron también sus cosas a la madriguera de Sietepuntos.

Y ese invierno acabó siendo muy amable y tranquilo. ¡La verdad es que ya iba siendo hora!





CORNELIA CAROLINE FUNKE (Dorsten, Westfalia, 1958) es una escritora e ilustradora alemana de literatura infantil y juvenil, conocida principalmente por su trilogía del *Mundo de Tinta*.

Estudió en la Escuela de Diseño de Hamburgo y desarrolló su actividad profesional en los ámbitos de la pedagogía y la ilustración gráfica. En palabras de la propia autora, el aburrimiento que le provocaban los textos de las historias a las que tenía que dar vida en forma de ilustraciones la animó a escribir sus propios relatos. Fue así como, a los treinta y cinco años, vivió su bautismo como escritora.

La experiencia como ilustradora le resultó de gran utilidad en el inicio de su andadura literaria, ya que las historias que imaginaba se complementaban a la perfección con los dibujos que creaba. Así, después de variadas historias, en el año 2000 publicó *Herr der Diebe* (El señor de los ladrones), una obra juvenil que triunfó a nivel internacional y que sirvió como precedente al éxito que llegaría a obtener con su conocida serie. En el año 2003 se publicó *Tintenherz* (Corazón de tinta), libro que fue convertido a película el 2008, y lo siguieron *Tintenblut* (Sangre de tinta, 2005) y *Tintentod* (Muerte de tinta, 2007) para completar la trilogía.

El 2010 vio la llegada de la primera entrega de su nueva serie del *Mundo del Espejo*, la novela *Reckless. Steinernes Fleisch* (Reckless. Carne de piedra) y un par de años más tarde su continuación *Reckless. Lebendige Schatten* (Reckless. Sombras vivas, 2012). La tercera parte *Reckless. Teuflisches Silber* está programada para ser publicada en alemán en octubre del 2014.

En el ámbito personal, Cornelia se casó con Rolf Funke, en 1981, con quien tuvo dos hijos, pero

este falleció de cáncer en el 2006.